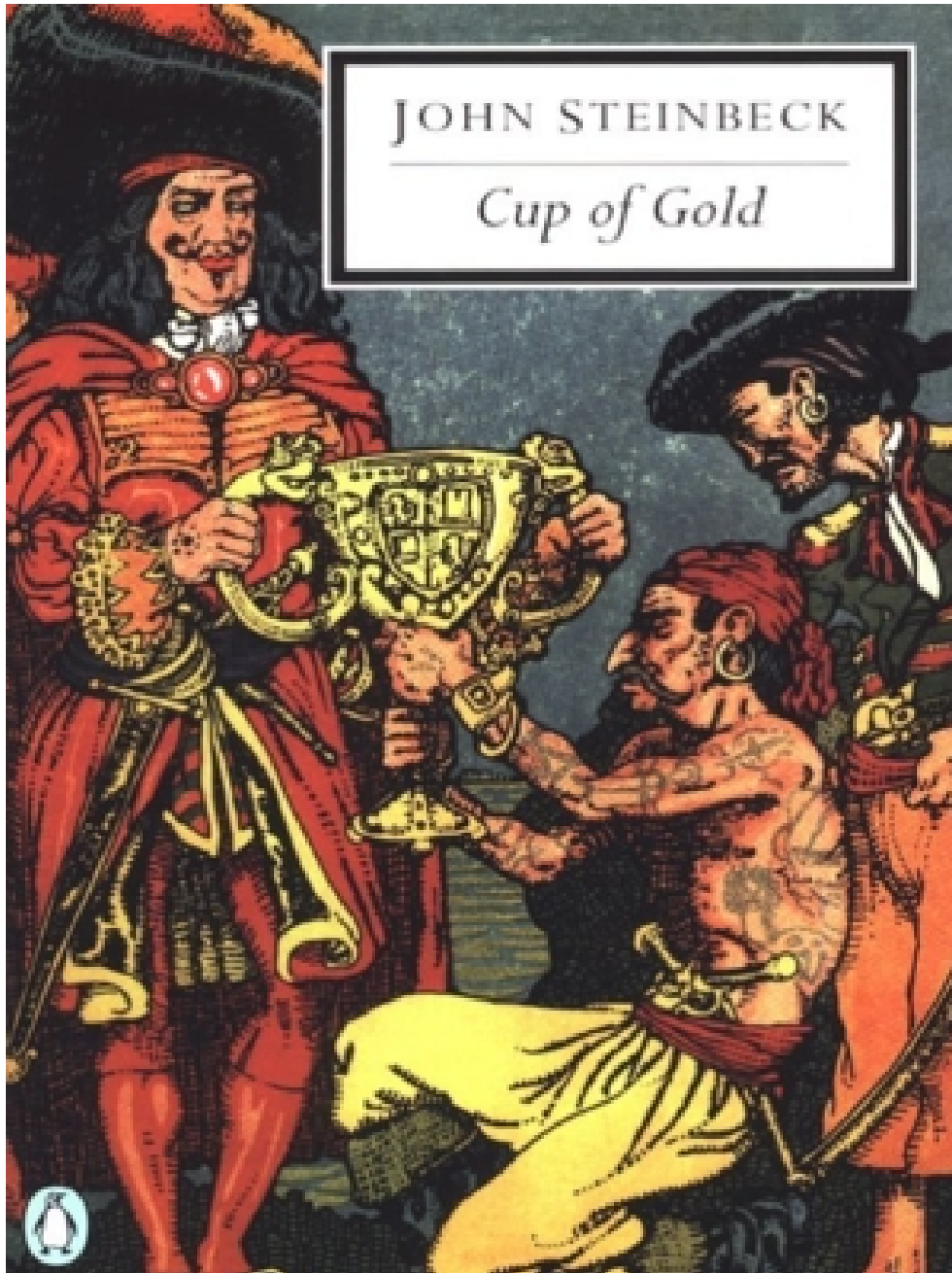


La Taza de Oro

John Steinbeck



JOHN STEINBECK

Cup of Gold

Steinbeck's first novel—the violent, exciting story of the infamous pirate Henry Morgan

Henry Morgan ruled the Spanish Main in the 1670s, ravaging the coasts of Cuba and America and striking terror wherever he went. His lust and his greed knew no bounds, and he was utterly consumed by two passions: to possess the mysterious woman known as La Santa Roja, the Red Saint, and to conquer Panama and wrest the "cup of gold" from Spanish hands.

Originally subtitled "A Life of Sir Henry Morgan, Buccaneer, with Occasional Reference to History," this lush, lyrical fantasy is Steinbeck's sole work of historical fiction.

WINNER OF THE NOBEL PRIZE FOR LITERATURE

The cover shows Mablon Blaine's original artwork for the dust jacket of the 1979 Robert M. McBride & Company edition of *Cup of Gold*.



A PENGUIN BOOK
Literature

U.K. £4.99
CAN. \$16.99
U.S.A. \$11.95

ISBN 0-14-018743-X



9 780140 187434

90000>

Novela Histórica Salvat

Diseño de cubierta: Ferran Cartes

Traducción: Ángel Pérez

Traducción cedida por Editorial Edhasa

Título original: Cup of Gold. A Life of Sir Henry Morgan, Ruccaneer, with Occasional Reference to
History

(c) 1995 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)

(c) John Steinbeck, 1929

(c) Renovado por John Steinbeck, 1957 (c) Edhasa, 1989

ISBN:84-345-9042-5 (Obra completa)

ISBN:84-345-9086-7 (Volumen 43)

Depósito Legal: B-15615-1995 Publicado por Salvat Editores, S.A., Barcelona

Impreso por CAYFOSA. Mayo 1995 Printed in Spain - Impreso en España

El viento llevaba toda la tarde filtrándose por los pequeños valles galeses, anunciando al mundo la llegada del invierno desde el polo; y el río llevaba el leve plañido de hielo nuevo. Era un día triste, un Día de lúgubre inquietud, de descontento. El suave viento parecía celebrar la pérdida de algo alegre con una tierna y delicada elegía.

Pero en los pastizales, los grandes caballos de carga pateaban nerviosos y los pajarillos pardos volaban en grupos de cuatro o cinco gorjeando de árbol en árbol por todo el campo, buscando y llamando reclutas para el viaje hacia el sur. Algunas cabras se encaramaban en lo alto de los riscos y se quedaban largo rato mirando con sus ojos amarillos a lo alto, olfateando el aire.

La tarde transcurrió despacio, como una lenta procesión hacia la noche; y, siguiendo los pasos a la noche, se alzó un viento agitado que susurraba entre los pastos secos y volaba gimiendo por los campos. La noche cayó como un manto negro y el Santo Invierno envió su nuncio a Gales.

Junto a la carretera que delineaba el valle, seguía una hendidura entre las colinas y salía al mundo, se alzaba una vieja casa de piedra y bálago. Los Morgan que la habían construido habían Apostado contra el tiempo y casi habían ganado.

Dentro, el fuego ardía en el hogar; una olla de hierro colgaba sobre las llamas y un horno de hierro negro se ocultaba en las ascuas que caían alrededor de las llamas.

La viva luz de las llamas relumbraba en las puntas de las largas lanzas de los armeros de las paredes; no se usaban desde hacía cien años, desde que Morgan vociferara entre las tropas de Glendower y temblara de furia ante las líneas inexpugnables de lolo Goch.

Los enormes cierres metálicos de un arcón que había en una esquina, absorbían la luz y resplandecían esplendorosamente. El arcón contenía papeles y pergaminos y pieles sin curtir, escritos en latín y en inglés y en la antigua lengua círlica: Morgan nació, Morgan se casó, Morgan nombrado caballero, Morgan ahorcado. Allí se guardaba la historia de la casa, vergonzante y gloriosa.

Pero la familia era pequeña ahora y no era muy probable que añadieran al arcón más datos que la simple crónica: Morgan nació...

Y murió.

Allí estaba el viejo Robert, por ejemplo, sentado en su butaca de alto respaldo, contemplando sonriente el fuego. Era la suya una sonrisa de perplejidad y de extraño desafío pasivo. Se diría que se proponía avergonzar al destino responsable de su existencia riéndose de él. Consideraba a menudo cansinamente su existencia, asediada por las pequeñas frustraciones que la escardecían como niños callejeros torturando a un tullido. Al viejo Robert le parecía extraño que él, que sabía mucho más que sus vecinos, que había meditado tan interminablemente, no fuera ni siquiera un buen labrador. Pensaba a veces que comprendía demasiadas cosas para hacer alguna vez bien alguna.

Y así, el viejo Robert bebía a sorbos la cerveza amarga de fabricación propia y sonreía al fuego. Sabía que su esposa estaría susurrando excusas por él y que los braceros de los campos se quitaban el sombrero para saludar a Morgan, no a Robert.

Ni siquiera consideraban incompetente a su anciana madre Gwenliana que temblaba ahora allí a su lado junto al fuego como si el viento que soplabá alrededor de la casa le diera frío. En las chozas de los aparceros sentían por ella cierto temor y un gran respeto.

Los días que se sentaba en el huerto a celebrar su sesión nigromántica veías siempre a algún campesino alto abrazando ruboroso el sombrero contra el pecho y escuchando la magia de Gwenliana.

Hacia ya muchos años que practicaba la clarividencia y se enorgullecía de ello. Y aunque la familia sabía que sus profecías eran simples conjeturas cuya sagacidad iba disminuyendo con los años, la escuchaban con respeto y temor simulado y le pedían que les dijera dónde podían hallar los objetos perdidos. Y cuando después de sus místicos recitados las tijeras no aparecían bajo la segunda tabla del cobertizo, simulaban encontrarlas de todas formas; pues, despojada del ropaje del augurio, Gwenliana habría sido sólo una anciana menuda y arrugada próxima a la muerte.

Este juego de aplaudir a una bobalicona era una dura carga para las creencias de Madre Morgan. Era una afrenta a su carácter, pues ella era una persona que, al parecer, había venido a este mundo para fustigar la necedad. Y consideraba puras sandeces todo lo que no tenía una relación clara con la iglesia ni con el precio de las cosas.

El viejo Robert había amado a su esposa tan bien y durante tanto tiempo que podía juzgarla con dureza sin que el hacerlo influyese en su afecto. Cuando regresó a casa aquella tarde, despotricando indignada por el precio de un par de zapatos que, de todas formas, no había querido comprar, él había pensado: "Su vida es como un libro lleno de sucesos prodigiosos. Se exalta extraordinariamente a diario por unos botones o por la boda de un vecino.

Creo que cuando se tope con la verdadera tragedia, la acumulación de minucias le impedirá verla. Quizá sea una suerte para ella -se dijo; y. luego-: No sé si le afectaría tanto la muerte del rey como la pérdida de uno de los cochinitos rojos de la marrana".

Madre Morgan estaba demasiado ocupada con el propio día para preocuparse por la necedad de las abstracciones. Alguien tenía que ser práctico en la familia o volaría el tejado... ¿y qué se podía esperar de una pandilla de soñadores como Robert y Gwenliana y su hijo Henry? Amaba a su marido con una extraña mezcla de piedad y desdén nacida de sus flaquezas y de su bondad.

Adoraba al joven Henry, su hijo, aunque, por supuesto, no podía confiar en que tuviera la menor idea de lo que era beneficioso para él o bueno para su salud. Y todos en la familia amaban a Madre Morgan y la temían y procuraban no interponerse en su camino.

Les había dado de comer y encendido el candil. El desayuno estaba al fuego. Ahora buscaba algo que remendar, como si no lo remendara todo en cuanto se rompía. Y mientras lo buscaba, se detuvo y miró fijamente al joven Henry. Era el tipo de mirada dura y cariñosa que dice: "No sé si no se acatarrará ahí echado en el suelo". Y Henry se agitó, preguntándose qué habría olvidado hacer aquella tarde. Pero ella cogió en seguida un paño y se puso a limpiar el polvo y el chico se tranquilizó.

Estaba echado, apoyado en un codo, con la mirada fija, perdida en el fuego, concentrado en sus pensamientos. La larga tarde gris abriéndose paso hacia aquella noche misteriosa había despertado en él los intensos anhelos cuyas semillas habían sido plantadas meses atrás. Era el deseo de algo indefinible. Quizá aquella misma fuerza que le agitaba a él fuera la que reunía a los pájaros en grupos de exploración y hacía a los animales olfatear el aire buscando el olor del invierno.

Aquella noche el joven Henry comprendía que había vivido quince años tediosos sin hacer ni una sola cosa importante. Y que si su madre hubiera sabido lo que pensaba, habría dicho:

"Está creciendo".

Y que su padre habría ratificado las palabras de ella:

"Sí, está creciendo".

Pero ninguno de los dos habría entendido al otro.

Si observabas su rostro, el joven Henry se parecía a su padre y a su madre casi por igual. Tenía los pómulos altos y marcados, el mentón firme, el labio superior pequeño y delgado como su madre.

Y también el labio inferior sensual y la nariz regular y los ojos sonadores, que eran rasgos del viejo Robert, así como el pelo tupido y fuerte aplastado en la cabeza en rizos como muelles negros. Pero mientras en el rostro de sir Robert había una indecisión absoluta, en el de Henry había una cuantía considerable de decisión siempre que pudiera encontrar algo respecto a lo cual decidir. Tres Morgan estaban ahora junto al fuego, Robert y Gwenliana y el joven Henry; el joven Henry parecía mirar más allá de las paredes, parecía... escrutar la noche en busca de espíritus.

Era una noche preternatural; uno de esos momentos en que pueden verse velas de ánimas brillando en el camino o en que te puedes tropezar con el espectro de una legión romana que camina a marchas forzadas a cobijarse en su ciudad de Caerleon antes de que descargue la tormenta. Y los pequeños seres deformes de las colinas debían de estar buscando madrigueras vacías de tejones donde guarecerse de la noche. El viento debía de perseguirlos gritando por los campos.

En la casa reinaba el silencio; sólo se oía el crepitar del fuego y el silbido del viento en el tejado. En la chimenea se abrió un leño y de la fisura se alzó una fina llama que se enroscó alrededor de la olla de hierro como una flor de fuego. Madre se acercó a la lumbre.

-Robert, nunca prestas atención al fuego. Tienes que escarbarlo de vez en cuando.

Era su método. Lo escarbaba cuando estaba muy vivo y cuando empezaba a apagarse atizaba energicamente las ascuas para que hiciera otra vez llama.

Se oyeron unas pisadas leves en el camino; quizá fuera el viento o esas cosas que caminan y que no se ven. Las pisadas se hicieron más fuertes; luego, se detuvieron a la puerta principal y se oyó una llamada tímida.

-¡Adelante!-gritó Robert.

La puerta se abrió despacio y, allí, recortado contra la oscuridad de la noche, apareció un hombre encorvado y débil, con unos ojos como llamitas tenues. Se quedó vacilante en el umbral; pero en seguida se decidió y entró en la casa, preguntando con una voz extraña y cascada:

-No sé si me reconocerás, Robert Morgan. ¿Me reconocerás después de haber pasado tanto tiempo fuera? -Las palabras eran una súplica.

Robert escrutó aquel rostro contraído.

-Te conozco? -dijo-. Creo que no... ¡Espera! ¿No serás Dafydd? ¿Nuestro mozo Dafydd, que se fue a la mar hace años?

En el rostro del caminante se dibujó una expresión de gran alivio. Quizá había estado sometiendo a Robert Morgan a una prueba delicada y terrible. Soltó una risilla.

-Dafydd, eso es; y rico..., y helado -concluyó, con una tristeza como un dolor constante.

Dafydd era de un blanco grisáceo y correoso como cuero seco.

Tenía la piel de la cara tensa y apagada, lo que hacía que pareciera cambiar de expresión con un esfuerzo consciente.

-Estoy helado, Robert -añadió, con aquella voz extraña, seca-. Parece que no podré volver a entrar en calor nunca. De todas formas, soy rico -añadió, como si esperara que lo uno compensara lo otro-. Me hice rico con ése al que llaman Pierre Le Grand.

El joven Henry, que se había levantado, exclamó:

-¿Dónde has estado, dime... dónde?

-¿Dónde? Bueno... estuve en las Indias, eso es, en las Indias; en Gonave y en Tortuga. Y en Jamaica y cazando ganado en los espesos bosques de la Española. En todos esos lugares estuve.

-Siéntate de una vez, Dafydd -le interrumpió Madre Morgan. Le hablaba como si nunca se hubiera marchado-. Prepararé en seguida algo caliente para beber. Fíjate cómo te devora Henry con los ojos, Dafydd. Como si estuviera deseando ir a las Indias también.

Para Madre Morgan, las palabras eran una necedad grata.

Dafydd guardó silencio, aunque parecía contener las ganas de hablar. Madre Morgan seguía amedrentándole como cuando no era más que un mozo de la hacienda, un chaval de pelo blanquecino. El viejo Robert se daba cuenta de su turbación y Madre también parecía notarla, pues le puso una taza humeante en las manos y salió de la estancia.

La vieja Gwenliana estaba en su sitio junto al fuego, con la mente perdida en el futuro incierto. El mañana velaba sus ojos empañados. Tras su vaga superficie azul parecían amontonarse los sucesos y circunstancias del mundo. Estaba lejos de aquella habitación, en el tiempo puro, y en tiempo futuro.

El viejo Robert en cuanto vio cerrarse la puerta tras su esposa se acomodó girándose, como hacen los perros.

-Bueno, Dafydd -dijo, y clavó la mirada, sonriendo, en el fuego, mientras que Henry, arrodillándose en el suelo, contemplaba sobrecogido a aquel mortal que tenía en su palma mundos lejanos.

-Bien, Robert... es de la selva virgen de lo que quería hablar y de los indios morenos que la habitan y de ese hombre al que llaman Pierre Le Grand. Pero hay algo que se ha extinguido en mí como una pequeña luz parpadeante, Robert. Recuerdo que me tendía en la cubierta de los barcos por la noche y pensaba y pensaba y pensaba cómo hablaría y cómo me ufanaría cuando volviera al fin a casa... y ahora parezco un niño que corre a casa a llorar. ¿Tiene sentido, Robert? ¿Tiene algún sentido? -Se inclinaba hacia delante angustiado. -Te contaré. Tomamos el barco alto que llaman galeón y eso que sólo llevábamos pistolas y los cuchillos largos que usan para abrirse paso en la selva. Éramos veinticuatro, sólo veinticuatro andrajosos; pero ay, Robert, hicimos cosas espantosas con aquellos cuchillos largos. No es bueno para un hombre que fue labrador de chico hacer esas cosas y pensar luego en lo que ha hecho.

Había un capitán bueno... y le colgamos por los pulgares antes matarle. No sé por qué lo hicimos. Yo también ayudé, y no sé por qué. Alguien dijo que era un maldito papista; pero también lo era Pierre Le Grand, según creo.

"Tiramos a algunos al mar; los petos les brillaban y resplandecían al caer... grandes soldados españoles; les salían burbujas de la boca. Allí se ve el fondo del agua.

Se interrumpió y miró al suelo.

-Mira, no quiero molestarte con estas cosas, Robert, pero es como algo vivo que llevara en el pecho bajo las costillas, algo que muerde y araña para salir. Claro que soy rico, pero eso no siempre parece suficiente; quizá sea incluso más rico que tu hermano sir Edward.

Robert sonreía con los labios apretados. De vez en cuando, buscaba con la mirada al chico arrodillado en el suelo junto al fuego.

Henry escuchaba tenso, atento; devoraba las palabras con avidez.

Robert habló eludiendo la mirada de Dafydd.

-Tu alma te causa pesadumbre -le dijo-. Más vale que hables con el cura por la mañana... aunque no sé de qué.

-No, no; no es el alma, qué va -se apresuró a decir Dafydd-.

El alma es lo primero que abandona al hombre en las Indias, dejando en su lugar una sensación de encogimiento y sequedad. No es el alma, qué va. Es el veneno que llevo dentro, en la sangre y en el cerebro. Y me está exprimiendo, Robert, como una vieja naranja.

Los reptiles que hay en aquellas tierras y los pequeños animales voladores que se acercan de noche a las fogatas y las enormes flores pálidas, todo venenoso. Y es espantoso lo que le hacen a un hombre. Noto la sangre como agujas heladas que me corrieran por las venas, con este buen fuego delante. Y es todo por la humedad de la selva. Allí no puedes dormir ni echarte, ni vivir, porque te echa el aliento y te consume.

"Y los indios morenos... en fin, ¡mira! -Se subió la manga y Robert le indicó con repugnancia que cubriera aquel horror blanco repugnante que le ulceraba el brazo.

-Fue sólo el roce de una flecha... casi ni se veía; pero acabará matándome antes de que pasen muchos años, supongo. Y tengo otras cosas, Robert. Hasta los humanos son allí venenosos; los marineros cantan una canción sobre eso.

El joven Henry dio un respingo, nervioso.

-Pero los indios -gritó-, esos indios y sus flechas. ¡Háblame de ellos! ¿Pelean mucho? ¿Qué aspecto tienen?

-Que si pelean? -dijo Dafydd-. Sí, luchan siempre; luchan por el placer de luchar, porque les gusta. Cuando no luchan con los hombres de España, se están matando entre ellos. Son ágiles como culebras y rápidos y silenciosos y oscuros como hurones; el mismo diablo para desaparecer antes de que un hombre pueda ni siquiera apuntarles.

"Pero son valientes, y fuertes, y sólo temen dos cosas: la esclavitud y los perros -Dafydd estaba completamente absorto en su historia-. En fin, chico, ¿a que no sabes lo que le hacían a un hombre que se dejara atrapar en una escaramuza? Le clavaban enormes espinas de la selva de pies a cabeza y en el extremo grueso de cada espina colocaban una borla de un material como la lana. Luego colocaban al pobre cautivo dentro de un círculo de salvajes desnudos que prendían fuego a las borlas. Y al indio que no cante mientras arde como una antorcha, le maldicen y le llaman cobarde. En fin, ¿crees que un blanco haría eso?

"Tienen miedo a los perros porque los españoles les cazan con enormes mastines cuando salen por esclavos para las minas; y para ellos la esclavitud es espantosa. Encadenados unos a otros en el interior de aquella tierra húmeda, años y años, hasta morir de las fiebres... prefieren cantar traspasados de espinas encendidas y morir abrasados.

Hizo una pausa y acercó las manos al fuego, casi hasta tocar las llamas. La luz que había iluminado sus ojos mientras hablaba, volvió a apagarse.

-Ay, estoy cansado, Robert... estoy muy cansado -suspiró-, pero hay algo que quiero decirte antes de que me duerma.

Tal vez contártelo me alivie, tal vez contarle me permita olvidarlo por una noche. Tengo que volver a ese lugar maldito. Ya no podré estar nunca lejos de la selva, porque llevo su aliento dentro de mí.

Aquí, en la tierra en que nací, tiemblo y me hielo. Me moriría en un mes. Este valle, en el que jugué y crecí y trabajé me ha expulsado como algo despreciable y peligroso. Se libra de mi con el frío.

"Ahora, ¿me dejarás dormir en un rincón, con cobertores gruesos que permitan a mi pobre sangre seguir circulando? Por la mañana me iré -se interrumpió y su rostro se crispó de dolor-. Me gustaba tanto el invierno...

El viejo Robert le cogió del brazo y le ayudó a salir de la habitación; luego regresó y volvió a sentarse junto al fuego. Miró al muchacho, que seguía inmóvil en el suelo.

-En qué estás pensando, hijo? -le preguntó muy suavemente al cabo de un rato. Y Henry apartó entonces la mirada de la tierra que quedaba más allá de las llamas.

-Estoy pensando en que pronto querré marcharme, padre.

-Lo sé, Henry. Durante todo este largo año he visto crecer en ti ese deseo como un árbol fuerte... Londres o Guinea o Jamaica. Es porque tienes quince años y eres fuerte y sientes la pasión por lo nuevo. También yo vi una vez al valle hacerse cada vez más pequeño, hasta que acabó, supongo, por agobiarme un poco. ¿Pero no te dan miedo los cuchillos, hijo, y los venenos, y los indios? ¿No te espanta todo eso?

-No-o-o -dijo Henry muy despacio.

-Claro, por supuesto... ¡cómo iba a asustarte todo eso! Las palabras no tienen ningún sentido para ti. Pero la tristeza de Dafydd y su herida y su pobre cuerpo enfermo... ¿no te da miedo eso? ¿Deseas recorrer el mundo agobiado por esa angustia?

El joven Henry meditó esto largo rato.

-Yo no me sentiría así -dijo finalmente-. Yo volvería aquí muy a menudo, por el bien de mi sangre. Su padre seguía sonriendo valerosamente.

-Cuándo te irás, Henry? Esto estará muy solo sin ti.

-Bueno, me marcharé ya, en cuanto pueda -dijo Henry; parecía él el mayor y Robert un niño pequeño.

-Escucha, Henry, ¿harás dos cosas antes de marcharte? Pensar esta noche en el largo insomnio que padeceré por tu causa y en lo triste que será mi vida. Y pensar en las horas que pasará tu madre preocupándose por tu ropa interior y por si cumples o no tus deberes con la religión. Eso en primer lugar, Henry; y, en segundo, querrás subir mañana a lo alto del risco a ver a Merlín y contarle que te marchas y escuchar lo que tenga que decirte? Es más sabio de lo que podamos llegar a ser nunca tú o yo. Practica un tipo de magia que puede servirte de ayuda. ¿Harás estas dos cosas, hijo?

Henry se había puesto muy triste.

-Me gustaría quedarme, padre mío, pero tú sabes...

-Si, lo sé -Robert asintió con un gesto-. Ésa es mi pena, el saberlo. No puedo enfadarme ni prohibirte que te vayas, porque lo comprendo. Ojalá pudiera impedirlo y darte de latigazos creyendo que así te ayudaba. Pero vete a la cama, Henry, y piensa y medita, cuando la luz se apague y la oscuridad te envuelva.

Cuando Henry se fue, el viejo Robert siguió allí sentado, soñando.

"¿Por qué querrán tener hijos los hombres como yo? -se preguntaba-. Ha de ser porque en lo más hondo de sus pobres almas vencidas esperan que estos nuevos hombres, que son su sangre, harán todo lo que ellos no hicieron por no ser lo bastante fuertes ni lo bastante sabios ni lo bastante valientes para hacerlo. Es como si la vida les diera otra oportunidad; como una nueva bolsa de monedas en la mesa de juego cuando has perdido la fortuna. Quizá el chico esté haciendo lo que habría hecho yo hace años si hubiera sido bastante valiente. Sí, creo que el valle me ha asfixiado, y me complace que este hijo mío tenga la fuerza necesaria para saltar las montañas y recorrer el mundo a zancadas. Pero... este lugar estará muy solo sin él."

II

A la mañana siguiente, a última hora, el viejo Robert volvió de su rosalada y se quedó de pie en la habitación que su esposa estaba barriendo. Ella le miró con desaprobación las manos manchadas de abono.

-Ahora querrá marcharse, madre -dijo Robert nervioso.
-¿Quién querrá marcharse ahora y a dónde? -Barría concentrada, con brusquedad; su escoba, rápida e inquisitiva, perseguía el polvo de los rincones y las grietas del suelo y lo sacaba en pequeñas bolsas a la luz.

-Pues quién va a ser, Henry. Ahora querrá irse a las Indias.
La mujer interrumpió su trabajo para mirarle.
-¡Las Indias! ¡Pero Robert! ¡Oh, qué absurdo! -concluyó, y la escoba osciló más de prisa en sus manos.

-Hace mucho, muchísimo tiempo que veo crecer en él ese deseo -siguió diciendo Robert-. Luego llegó Dafydd con sus historias. Henry me dijo anoche que tiene que irse.

-Pero si es sólo un niño -estalló Madre Morgan-. ¡No puede irse a las Indias!
-Cuando se marchó Dafydd, hace un rato, vi en los ojos del muchacho un anhelo que no se saciará con nada, ni siquiera yendo a las Indias. ¿Es que no has notado cómo busca con la mirada algo más allá de las montañas, algo que anhela?

- ¡Pero no puede irse! ¡No puede!
-Oh, no hay nada que hacer, madre. Hay un gran abismo entre mi hijo y yo, pero absolutamente ninguno entre yo y mi hijo. Si no conociera tan bien su ansiedad, le prohibiría esta aventura y él se escaparía con el corazón lleno de furia; porque no puede entender cuánto deseo que se quede. Y sería lo mismo de todas formas-Robert acumulaba convicción. -Existe una diferencia cruel entre mí hijo y yo. Lo he visto en estos años, mientras crecía. Pues mientras que él va de un lado a otro y mete el dedo en una cazuela de gachas frías y luego en otra, siempre convencido de que serán las gachas de sus sueños, yo ni siquiera habría destapado mi olla, pues creo que todas las gachas estarán frías. Y así... imagino grandes platos de gachas prodigiosas, con leche de dragón, de un dulzor apenas concebible. Él prueba sus sueños, madre, mientras que yo (¡válgame Dios!)... tengo miedo de hacerlo.

Madre Morgan se estaba impacientando.
-Siempre haces lo mismo, Robert -le gritó, casi furiosa-; cuando pesa sobre nosotros algún presagio o la necesidad o la pena, te escondes en las palabras. ¡Tienes una obligación! ¡Henry es demasiado joven! Hay lugares espantosos allende los mares y se avecina el invierno. Seguro que morirá de un catarro por el invierno.

Bien sabes lo malo que se pone si se moja los pies. No puede irse de aquí, ni siquiera a Londres, creo yo... aunque esos ojos de los que hablas se le consuman en las cuencas.

¿Cómo vas a saber con qué tipo de gente se junta? Podrían decirle disparates y maldades. Sé cuánto mal hay en el mundo.

¿Acaso no habla de ello el cura casi todos los sábados? Trampas y escollos, les llama él, ¿entiendes? Y lo son. Y tú te quedas ahí tan tranquilo diciendo bobadas de gachas prodigiosas en vez de hacer algo, lo que sea. Tienes que impedirlo.

Pero Robert le contestó con impaciencia:
-Para ti es sólo un niño pequeño al que hay que obligar a rezar sus oraciones por la noche y a ponerse el abrigo para salir a los campos. Tú no has sentido su férreo temple como yo. Sí, para ti, el perfil duro de su mentón es sólo la testarudez pasajera de un niño terco.

Pero yo lo sé; y te digo, y no me complace decirlo, que este hijo nuestro será un gran hombre, porque..., en fin..., porque no es muy inteligente. Sólo puede ver un deseo de cada vez. Te dije que ponía a prueba sus sueños; matará todos los sueños con las flechas implacables de su voluntad. Este chico conseguirá cuantos objetivos se proponga; pues no puede comprender más razonamiento o idea que los suyos. Y lamento su futura grandeza por algo que dijo una vez Merlín. Has de fijarte en su mandíbula de granito, madre, y en la costumbre que tiene de apretar los dientes marcando los músculos de las mejillas al hacerlo.

-¡No se irá! -dijo ella con firmeza y apretó los labios con fuerza.
-La verdad, madre -prosiguió Robert-, tú te pareces bastante a Henry, jamás admites más opinión que la tuya. Pero yo no le prohibiré marcharse, porque no voy a obligarle a que salga de casa a escondidas en la solitaria oscuridad con pan y queso bajo el abrigo y un sentimiento de injusticia en el pecho. Le dejaré irse.

Más aún, le ayudaré si lo desea. Y después, si he juzgado mal a mi hijo, volverá a hurtadillas con la medrosa esperanza de que nadie mencione su cobardía.

- Tonterías! -dijo Madre Morgan, y volvió a su trabajo. Acabaría con aquel problema negándose a creer en él. ¡Cuántas, cuántas cosas, ay, había condenado al limbo con su incredulidad! Durante muchos

años había aplastado los pensamientos estafalarios de Robert con una firme falange de sentido común; sus tropas se limitaban a lanzarse a la carga y desbordarle. Él se retiraba siempre cansinamente y se quedaba un rato sentado sonriendo. También ahora recuperaría la cordura, como tantas otras veces.

Robert trabajaba la tierra en torno a las raíces de un rosal con sus fuertes manos oscuras. Retiraba con los dedos la tierra negra y volvía a colocarla apretándola con suavidad. Acariciaba una y otra vez el tronco gris del arbusto con gran amor. Parecía que estuviera arrojando a alguien a punto de quedarse dormido y que le acariciara el brazo para asegurarse de que estaba bien.

Era un día claro, pues el invierno había retrocedido un poquito y devolvía al mundo su huésped, un sol pequeño y frío. El joven Henry llegó y se acercó al olmo que había junto al muro, un árbol embarrado, deshojado y seco a causa de los vientos.

-¿Has estado pensando como te pedí que hicieras? -le preguntó Robert, con calma.

Henry se sobresaltó. No sabía que el hombre arrodillado en actitud de adoración a la tierra hubiera advertido su presencia; y sin embargo había ido allí para que le viera.

-Sí, padre -dijo-. ¿Cómo podría dejar de pensar?

-¿Y por eso has venido? ¿Te quedarás?

-No, padre; no me quedaré.

La tristeza de su padre le entristecía. Le hacía sentirse ruin y mezquino por ser su causante, pero el anhelo de partir seguía anidando en su pecho.

-¿Irás a hablar con Merlín, entonces? -dijo Robert, suplicante-. ¿Escucharás con mucha atención sus palabras?

-Iré ahora.

-Pero, Henry, casi ha terminado el día y el camino es largo.

Espera hasta mañana.

-Es que mañana me iré, padre.

El viejo Robert deslizó lentamente las manos hacia la tierra y las posó, medio abiertas, sobre la greda que rodeaba las raíces del rosal.



El joven Henry dejó el camino para tomar el sendero que subía hasta la cima del risco por las escarpadas montañas. Podían verse desde abajo sus recodos, hasta que se perdía en la gran hendidura.

Y en el punto más alto del sendero habitaba Merlín. Los chicos campesinos habrían apedreado y escarnecido a Merlín en sus escasos viajes sendero abajo, si le hubieran considerado inofensivo.

Pero había en torno a él todo un enjambre de pequeñas leyendas.

Se decía, por ejemplo, que las hadas le obedecían y que llevaban sus mensajes por el aire sustentadas por alas silenciosas. Corría el rumor entre los niños de que conocía a ciertas comadreas moteadas que podían vengarse en su nombre si él lo precisaba. Tenía, además, un perro de orejas rojizas. Todo lo cual era terrorífico y Merlín una persona de quien los niños, que ignoraban todos los signos necesarios para protegerse, no podían burlarse.

Según decían los ancianos, había sido en tiempos un gran poeta y podría haberlo sido aún mayor. Y para demostrarlo, cantaban suavemente "La pena de Plaith" y "La canción del lancero". Había ganado varias veces el premio del Eistedfod, y le habrían elegido Primer Bardo si no hubiera competido con él un aspirante de la Casa de Rhys. Y luego, sin causa conocida, y siendo aún Merlín un hombre joven, además, había encerrado y silenciado su canto en la casa de piedra de la cima del cerro; y allí fue envejeciendo..., mientras los que habían cantado sus canciones las fueron olvidando y fueron muriendo.

La casa de piedra de Merlín era redonda como un torreón bajo y gris; las ventanas daban al valle y a las montañas. Contaban algunos que la había construido un gigante acosado hacía siglos para guardar sus vírgenes mientras seguían siéndolo; según otros, el rey Harold se había refugiado allí

después de Hastings y se había pasado allí la vida, atisbando y vigilando siempre con su único ojo el valle y las montañas a la espera de que llegaran los normandos.

Ahora Merlín era viejo; el cabello y la larga barba lisa eran blancos y suaves como las nubes en primavera. Parecía un antiguo sacerdote druida de ojos claros y sabios que observaban las estrellas.

El sendero iba estrechándose en torno al joven Henry a medida que ascendía. Su lado interior era un muro de piedra que penetraba en el cielo como un cuchillo y las imágenes vagas, desfiguradas, que a lo largo del camino se veían, lo hacían parecer el templo de piedra de algún dios antiguo y tosco cuyos adoradores fueran simios.

Al principio había hierba y arbustos y algunos árboles valerosos y retorcidos; pero más arriba todas las cosas vivas morían en la soledad de la piedra. Allá abajo, a lo lejos, las casas de campo se apiñaban como sabandijas y el valle se replegaba en sí mismo y se encogía.

Ahora una montaña cerraba el otro lado del sendero, dejando sólo un vacío hacia el cielo. Soplaban de lo alto un viento firme y fuerte gritando hacia el valle. Más arriba, las rocas eran más grandes y más negras y más aterradoras... agazapados guardianes del sendero.

Henry ascendía incansable. ¿Qué tendría que decirle, o que darle quizá, el viejo Merlín? ¿Una loción para endurecer la piel y protegerla contra las flechas? ¿Algún amuleto? ¿Palabras que le protegieran de los numerosos pequeños sirvientes del diablo? Pero Merlín hablaría y él escucharía; y lo que le dijera Merlín podría curar al joven Henry de sus anhelos, podría retenerle en su Cambria natal para siempre. Pero eso era imposible porque había fuerzas ajenas, extraños espíritus desconocidos que le llamaban y le atraían desde el otro lado del mar misterioso.

No había en él deseo alguno de un estado o una condición, ninguna imagen en su mente de cómo sería cuando hubiera culminado su anhelo; solamente una ardiente y abrumadora voluntad de alejarse y alejarse tras la primera estrella que saliera.

El sendero terminaba en la cima de una sólida roca semiesférica como la corona de un sombrero. Y sobre ella se alzaba la casa baja y redonda de Merlín, hecha toda de grandes piedras irregulares y coronada por un tejado cónico como un apagavelas.

El anciano le recibió a la puerta antes de que el chico pudiera llamar.

-Soy el joven Henry Morgan, señor; voy a marcharme a las Indias.

-¿De veras? ¿Lo harás? ¿Quieres entrar y contármelo?

Hablaba en voz baja, clara y agradable como el canturreo de un viento joven en un huerto primaveral. Su voz poseía la música del canto, el canto quedo del hombre que trabaja con herramientas; y por debajo, apenas audible o totalmente imaginada, parecía llegar la resonancia de cuerdas de arpa acariciadas levemente.

La única estancia de la casa estaba cubierta de gruesas alfombras negras y de las paredes colgaban arpas y puntas de lanza; las pequeñas arpas galesas y las grandes lanzas de hoja de bronce de los britanos contra la tosca piedra. Debajo estaban las ventanas, desde las que podías contemplar tres valles y una extraordinaria familia de montañas; y por debajo de las ventanas, un banco circular pegado a la pared a todo lo largo de la habitación. Y en el centro, una mesa llena de viejos libros; y, junto a la mesa, un brasero de cobre sobre un trípode griego de hierro negro.

El gran mastín hoció a Henry cuando entró; el muchacho retrocedió asustado, pues ¿hay algo bajo la cúpula celeste tan mortífero como la simple atención de un perro de orejas rojas?

-Así que te vas a ir a las Indias. Siéntate aquí, muchacho.

¡Mira!, puedes contemplar tu valle natal para que no se vaya volando a Avalon.

Las arpas captaron los tonos y susurraron una débil resonancia en respuesta.

-Mi padre me dijo que viniera y que le dijera que me iba y que escuchara sus palabras. Mi padre cree que sus palabras me retendrán aquí.

-Irte a las Indias -repitió Merlín-. ¿Verás a Elizabeth antes de irte y le harás grandes promesas para sembrar la confusión en su corazón y dejarla sin aliento, después que te hayas ido, pensando en las cosas que le traerás?

Henry enrojeció intensamente.

-¿Quién le ha dicho que pienso siquiera en esa ratita?

-gritó-. ¿Quién es el que dice que me importe siquiera?

-Oh, el viento susurró algo -dijo Merlín-; y algo vi también de eso en tus mejillas parloteantes y en tu cólera de ahora mismo.

Creo que deberías hablar con Elizabeth y no conmigo. Tu padre tendría que habértelo dicho.

Su voz se extinguió. Cuando volvió a hablar, lo hizo con una triste gravedad:

-¿Debes dejar a tu padre, muchacho... solo completamente en un valle de hombres que no son como él? Sí, creo que tienes que irte. Los planes de los muchachos son serios e inamovibles. ¿Qué puedo decirte yo para retenerte aquí, joven Henry? Tarea difícil de cumplir me encomienda tu padre.

"Yo me fui en una gran nave española hace mil años... debe hacer más de eso; o quizá no me fuera en realidad y lo haya soñado.

Llegamos al fin a aquellas Indias verdes y eran bellas pero inmutables. Su ciclo es una monotonía verde. Si te vas allá, tendrás que renunciar al año; perderás la punzada de absoluto espanto en pleno invierno con el presagio de que el mundo ha abandonado la lealtad solar para carenar un espacio solitario, de que la primavera no volverá nunca. Y perderás esa violenta y emocionada agitación cuando regresa el sol, la alegría del sol inundándote como una ola caliente que te llena de placer y de alivio. Allí no hay cambios. Ninguno en absoluto. Pasado y futuro se funden en un presente eterno y odioso.

-Pero aquí tampoco hay cambios -le interrumpió el muchacho-. Año tras año se recogen cosechas y las vacas lamen a sus terneros; año tras año se hace la matanza del cerdo y se ahúman los jamones. La primavera llega, sí, pero no pasa nada.

-Muy cierto, muchacho ciego; ya veo que hablamos de cosas distintas.

Merlín miró por las ventanas las montañas y los valles, y en sus ojos brilló un intenso amor por la tierra; pero cuando se volvió de nuevo hacia el muchacho, su rostro expresaba pesar. Su voz adquirió la cadencia de un canto.

-Te suplicaría por esta amada Cambria donde el tiempo se apila alto como las montañas y se desmigaja, sobre la base de los tiempos antiguos -exclamó con pasión-. ¿Has perdido el amor a la violenta Cambria para querer abandonarla cuando la sangre de tus miles de ancestros ha empapado la tierra para que siga siendo Cambria para siempre? ¿Has olvidado que eres de la raza troyana?

Ah, pero también ellos vagaron, ¿verdad?, cuando cayó Pérgamo.

-Sigo amándola igual, señor -dijo Henry-, pero mi sueño está al otro lado de la mar que no conozco. Cambria la conozco.

-Pero muchacho, aquí vivió el gran Arturo que llevó sus estandartes hasta Roma y zarpó inmarcesible hacia la amada Avalon. Y la propia Avalon se asienta junto a nuestras costas, sobre las ciudades hundidas; allí flota perpetuamente. ¿Es que no les has oído a ellos, Henry, a los espíritus de todos aquellos hombres buenos, valientes, pendencieros, ineficaces... Llew Llaw Giffes y Belerius y Arturo y Cadwallo y Brute? Caminan como nubes recorriendo la tierra y la protegen de las alturas. En las Indias no hay espíritus, ni hadas, ni duendes.

"En estas montañas negras y agrestes, hay un millón de misterios. ¿Has descubierto tú la Silla de Arturo o el significado de las piedras circulares? ¿Has oído las voces que gritan victoria en la noche y a los cazadores de almas con sus cuernos estridentes y sus jaurías de sabuesos azules que irrumpen en las aldeas cuando hay tempestad?

-Los he oído -dijo Henry, temblando. Miró cautelosamente al perro dormido en el suelo y continuó en voz baja-: El cura dice que todo eso es mentira. Dice que el Libro Rojo es un libro para que lo lean los niños pequeños al amor de la lumbre y que es una vergüenza que los hombres y los chicos mayores crean en él. En el catecismo nos dijo que todo eso son fábulas y cuentos anticristianos. Dijo que Arturo fue un capitán insignificante y Merlín, cuyo nombre llevas también tú, una invención de la mente febril de Geoffrey de Monmouth. Habló incluso mal de las hadas y los duendes y de las velas de las ánimas y de los de la casta de aquí su Excelencia, tu perro.

-Válgame, el muy estúpido -gritó Merlín disgustado-. Es un necio por destruir esas cosas! Y ofrece a cambio una historia que entregaron al mundo doce colaboradores de creencias más bien inconsistentes en algunas materias. ¿Por qué has de irte, muchacho?

¿Acaso no ves que los enemigos de Cambria no luchan ya con la espada sino con pequeñas lenguas afiladas?

Las arpas cantaron la pregunta; luego su vibración cesó lentamente y el silencio llenó la casa circular.

Henry miraba al suelo con expresión ceñuda.

-¿A qué tanta preocupación por mi partida? -dijo al fin-.

Creo que no hay por qué hablar así, Merlín. Yo volveré. Lo haré en cuanto satisfaga mi ansia de cosas nuevas. ¿Acaso no ve que tengo que irme porque es como si estuviera partido por la mitad y solamente una parte mía estuviera aquí? La otra está al otro lado del mar, y me llama y me pide que vaya para estar entero. Amo a Cambria y regresaré cuando esté entero otra vez.

Merlín examinó detenidamente la cara del muchacho. Alzó luego la vista hacia las arpas con tristeza.

-Creo que entiendo -dijo suavemente-. Eres un niño pequeño. Deseas la luna para beber de ella como de una taza dorada; y por eso es muy probable que llegues a ser un gran hombre...

ojalá siguieras siendo un niño pequeño. Todos los grandes del mundo fueron niños pequeños que deseaban la luna; corriendo y saltando atraparon a veces una luciérnaga. Pero si uno crece hasta tener la inteligencia de un hombre, comprende que no puede alcanzar la luna y que aunque pudiera alcanzarla no la querría..., y por lo tanto no atrapa luciérnagas.

-¿Pero es que usted nunca deseó la luna? -preguntó Henry con voz apagada por la quietud de la estancia.

-La deseé, claro; más que nada en el mundo. E intenté alcanzarla. Y luego... luego me hice hombre, un fracasado; los demás se dan cuenta de que has fracasado y lo lamentan y son amables y cariñosos. Todo el mundo está de tu parte; un puente de contacto con los tuyos; el paño de la mediocridad. Pero el que guarda en las manos una luciérnaga que ha atrapado al intentar alcanzar la luna, está doblemente solo; porque sólo él comprende su verdadero fracaso, sólo él comprende su mezquindad y sus temores y evasiones.

"Llegarás a ser grande, Henry, y puede que llegue la hora en que te veas solo en tu grandeza, sin amigos en ninguna parte; sólo los que te defienden por respeto o por miedo o por pánico. Lo lamento por ti, muchacho de ojos claros y honestos que miran hacia arriba con vehemencia. Lo siento por ti y... ¡Madre Celestial, cómo te envidio!

El crepúsculo iba penetrando poco a poco por los pliegues de las montañas, llenándolos de neblina purpúrea. El sol, recortado sobre una colina afilada, sangraba en los valles. Las largas sombras de los picachos se escurrían por los campos como cautelosos gatos pardos. Cuando Merlín volvió a hablar, lo hizo con una risilla.

-No tomes en serio mis palabras -dijo-, pues ni siquiera yo estoy muy seguro de ellas. Puedes identificar los sueños por esa cualidad que llamamos incongruencia... ¿pero cómo definirías el relámpago?

La noche caía ya con presteza y Henry se puso en pie de un salto.

-Oh, tengo que irme ya. Es de noche.

-Si, tienes que irte, pero no pienses mucho en mis palabras.

Intentaba impresionarte con ellas. Los viejos necesitan cierta dosis de lisonja muda cuando llegan a desconfiar de lo que se dice. Recuerda únicamente que Merlín habló contigo. Y allí donde encuentres galeses que canten las canciones que hice hace ya tanto tiempo, diles que me conoces; diles que soy una criatura gloriosa, de alas azules. No quiero que me olviden, Henry. Para un anciano, un espanto mayor que la muerte es... que le olviden.

-Tengo que irme ya -dijo Henry-; es de noche. Y gracias, señor, por decirme estas cosas, pero aun así tengo que embarcar para las Indias.

Merlín sonrió suavemente.

-Claro que tienes que irte, Henry. Y atrapar una gran luciérnaga, ¿verdad? Adiós, hijo.

Henry se volvió una vez a mirar la oscura silueta de la casa que se perdía tras el borde del risco; pero no brillaba ninguna luz tras las ventanas. El viejo Merlín estaba allí sentado suplicando a sus arpas, que repetían burlonas sus palabras.

El muchacho apretó el paso. Allá abajo era todo como un lago oscuro en cuyo fondo se reflejaban como estrellas las luces de las casas. El viento había cesado, dejando en las montañas un denso silencio. Rondaban por doquier tristes y silenciosos espíritus. Henry caminaba con cuidado, con la vista clavada en el sendero azul claro que brillaba tenuemente delante de él.

IV

Mientras bajaba el sendero a oscuras, Henry recordó las primeras palabras de Merlín. ¿Debía ver a Elizabeth antes de irse para hacerse a la mar? No le gustaba; a veces creía sentir verdadera antipatía hacia ella; y la alimentaba y fomentaba para sentirla convertirse luego en deseo de verla.

Era un misterio. Las chicas y las mujeres ocultaban algo de lo que no hablaban. Su madre guardaba grandes secretos sobre los bizcochos y a veces lloraba sin motivo. Las mujeres (algunas mujeres) llevaban una vida interior paralela a su vida externa y ambas vidas nunca se encontraban.

Hacia un año, Elizabeth era una niña agradable que cuchicheaba con las otras chicas y se reía y se tiraba del pelo con ellas cuando él estaba cerca; y luego había cambiado de repente. No fue algo que Henry pudiera ver exactamente sino que más bien tuvo la impresión de que ella había adquirido una profunda sabiduría silenciosa. Y le asustaba, le asustaba aquella sabiduría súbita de Elizabeth.

Y estaba también su cuerpo... diferente al suyo y capaz, se rumoreaba, de extraños placeres y alquimias. Guardaba incluso como algo secreto aquel cuerpo floreciente. Tiempo atrás habían ido juntos a nadar al río y ella se había mostrado indiferente hacia su cuerpo; pero ahora se tapaba cuidadosamente delante de él y parecía asustarle la idea de que pudiera verla. Y este nuevo carácter de Elizabeth amedrentaba a Henry y le llenaba de turbación.

A veces soñaba con ella y se despertaba angustiado por la idea de que ella pudiera enterarse de aquel sueño. A veces, era una mezcla extraña e intangible de Elizabeth y de su madre la que se le aparecía en la noche. Y después del sueño, llegaba con el día una sensación de repugnancia hacia sí mismo y hacia ella.

Se consideraba un monstruo inhumano y a ella una especie de súcubo encarnado. Y no podía contárselo a nadie. La gente se alejaría de él.

Pensó que quizá fuese agradable verla antes de irse. Ella poseía una extraña fuerza aquel año, una fuerza de atracción y de repulsión que hacía oscilar su deseo como una caña batida por el viento.

Otros chicos habrían ido a verla de noche y la habrían besado después de haberse jactado un poco de que se marchaban; claro que los otros chicos no soñaban como él ni pensaban en ella como lo hacía él a veces, como en un ser repugnante. Había sin duda en él algo monstruoso, pues no podía distinguir entre la repugnancia y el deseo. Y además, ella le desconcertaba enseguida.

No iría a verla, por supuesto. ¿De dónde habría sacado Merlín (o quien fuera) la idea de que le importaba lo más mínimo, ella, la hija de un pobre aparcerero? ¡No merecía la pena preocuparse por eso!

Oyó pasos bajando el sendero detrás de él; pisadas que resonaban estruendosas en la noche callada; pronto le dio alcance una figura ágil y delgada.

-¿Eres William? -preguntó Henry cortésmente, mientras el caminante se detenía en el sendero y cambiaba el pico de un hombro a otro.

-El mismo, has acertado. ¿Y qué haces tú en el camino a estas horas?

-Fui a ver a Merlín y a oírle hablar.

-¡Válgame Dios! Es lo único que hace ya. En otros tiempos hacía canciones... buenas, dulces canciones que podría cantarte si estuviera de humor... pero ahora anida en ese cerro como un águila mudando la pluma. Una vez se lo dije, él puede confirmarlo.

No soy yo de éstos a los que no les cuesta contener la lengua cuando piensan algo.

"¿Por qué no haces ya canciones -le dije, en este mismo tono: "¿Por qué no haces ya canciones?" "Es que me he hecho hombre -respondió- y los hombres no tienen canciones. Sólo los niños hacen canciones... los niños y los necios". ¡Válgame Dios! Él sí que es necio, eso pienso yo. Pero dime, ¿qué te contó el viejo de la barba blanca?

-Bueno, verás, es que me marché a las Indias y...

-¿Las Indias? ¿Te vas? Caramba... yo estuve una vez en Londres. Y en Londres son todos ladrones, puercos ladrones. Había un tipo con una mesa y unos palillos planos encima. "¿Pruebas tu suerte, amigo?" me dice. "¿Qué palillo tiene una marca negra en el otro lado?" "Ése", digo yo; y así era. Pero la vez siguiente... En fin, también él era un ladrón; son todos ladrones.

"La gente en Londres no hace más que andar en coche por ahí, suben por una calle, bajan por otra, venga a saludarse haciéndose reverencias unos a otros sin parar, mientras las buenas gentes consumen su vida trabajando en los campos y las minas para que ellos puedan seguir con sus reverencias. ¿Qué oportunidades tenemos tú o yo, por ejemplo, si todos los puestos buenos y cómodos están ya ocupados por ladrones? ¿Y a que no sabes el precio de robo de un huevo en Londres?

-Tengo que tomar este camino -dijo Henry-. Debo ir a palda. Henry distinguía el oscuro perfil de su figura a través del vestido, la fina curva de las piernas y la protuberancia de las caderas.

Sintió una gran vergüenza, por ella y por sí mismo. Sin pensarlo y sin razón, corrió hacia la oscuridad, jadeando y gimiendo quedamente.

-Las Indias -el caminante suspiró con añoranza. Luego, escupió en el sendero-. Ay, en fin..., apuesto a que también allí son todos ladrones.

La noche era muy oscura cuando Henry llegó al fin a la humilde choza en que vivía Elizabeth. Había un fuego en el centro del suelo, lo sabía; el humo ascendía e intentaba salir por un agujero del techo de bálago. La casa no tenía entarimado, únicamente juncos esparcidos sobre la tierra apisonada; por la noche dormían envueltos en pieles de oveja, echados en círculo con los pies hacia el fuego.

No había vidrios ni cortinas en las ventanas. Henry vio al viejo Twyn, de cejas oscuras, y a su esposa delgada y nerviosa moviéndose por la casa. Esperó que pasara Elizabeth junto a la ventana y, cuando al fin lo hizo, silbó imitando el agudo reclamo de un pájaro.

La chica se detuvo y miró hacia fuera, pero Henry se quedó callado en la oscuridad. Elizabeth abrió entonces la puerta y se quedó en el umbral iluminada por la luz del interior. El fuego quedaba a su espalda cuando el muchacho entró, el viejo Robert alzó la vista esperanzado; sin embargo su esperanza se desvaneció y volvió la vista hacia el fuego. Pero Madre Morgan se levantó de un salto y se acercó indignada a Henry.

-¿Qué es toda esta estupidez? ¿Lo de irte a las Indias? -preguntó.

-Pero madre, tengo que irme; de verdad que tengo que irme..., y padre lo comprende. ¿Es que no oyes cómo me llaman las Indias?

-¡Y tanto que no! ¡Pero qué gran estupidez! Eres un niño pequeño y no puedes marcharte de casa, ¿entiendes? Además, tu propio padre te dirá que no puede ser.

El chico apretó los dientes, tensando la pétrea mandíbula, se le marcaron los músculos de las mejillas. Asomó a sus ojos un brillo colérico.

-Entonces, madre, si no vas a querer entenderlo, te diré que me voy a ir mañana... pese a todos vosotros.

Desapareció la incredulidad de su rostro expulsada por el orgullo herido, y también éste se desvaneció dejando dolor sólo. Se encogió ante aquel dolor desconcertante. Al ver el efecto de sus palabras, Henry se acercó rápidamente a ella.

-Madre, lo siento... lo siento mucho; pero ¿por qué no puedes dejar que me vaya, como mi padre? Yo no quiero ofenderte, pero tengo que irme. ¿Es que no lo entiendes?

La rodeó con los brazos; pero ella no le miraba. Miraba fijamente al frente, la mirada perdida.

Ella estaba segura de que tenía razón. Durante toda su vida había insultado y amedrentado y regañado a su familia, pero todos sabían que su pequeña tiranía era manifestación del cariño que les tenía. Y ahora que uno de ellos, y su hijo precisamente, había empleado el mismo tono que solía emplear ella, la herida era tan grave que no sanaría nunca.

-¿con Merlín? ¿Qué te dijo? -preguntó Robert que seguía junto al fuego.

Henry recordó inmediatamente a Elizabeth.

-Me habló de cosas en las que no creo -contestó.

-Bueno... era sólo una posibilidad -murmuró Robert. Y continuó: -Has ofendido gravemente a tu madre, hijo. Nunca la había visto tan..., tan callada.

Robert se incorporó entonces, y su voz se hizo firme.

-Tengo cinco libras para ti, hijo. Es bastante poco; supongo que podría darte algo más, pero no lo suficiente para que te fuera de gran ayuda. Y tengo también esta carta en la que te encomiendo a mi hermano, sir Edward. Él se marchó antes de que asesinaran al rey, y, por alguna razón, quizá porque guardó silencio, el viejo Cromwell le dejó en paz. Si cuando llegues a jamaica está allí, puedes entregarle esta carta; pero es un hombre frío y extraño que se ufana mucho de sus amistades entre la gente adinerada y un pariente pobre podría molestarle. Así que no sé hasta qué punto te será útil la carta. Te resultará antipático a menos que seas capaz de no considerar ridículo en un hombre que se parece a mí pero que anda a grandes zancadas, con una espada de plata y plumas en la cabeza. Yo una vez me reí y desde entonces no ha vuelto a ser conmigo un hermano afectuoso. Pero toma, guarda la carta; podría servirte con otra gente, si no te sirve con tu tío.

Miró a su esposa, que seguía sentada, acurrucada, en la sombra.

-¿No vamos a cenar, madre?

Ella no dio la menor muestra de haberle oído y el propio Robert llevó la cazuela y acercó la comida a la mesa.

Es perder a un hijo del que has vivido siempre pendiente. Madre Morgan siempre había pensado en realidad que estaría allí a su lado... que sería siempre pequeño y estaría siempre con ella. Intentó pensar en el futuro, cuando Henry no estuviera allí; pero semejante idea se estrellaba en el muro desierto de una imaginación pobre. Procuró considerarle un desagradecido por marcharse así de su lado; recordó la dureza con que la había tratado... pero pese a sus esfuerzos su mente se resistía. Henry era su niño y, lógicamente, no podía ser ruin ni traicionero. De un modo u otro, cuando aquellas palabras y aquella pena se hubieran desvanecido en el vacío, él seguiría aún a su lado, gratamente sumiso.

Su mente, que siempre había sido un escalpelo de la realidad, su imaginación, que abordaba exclusivamente los bordes concretos de las cosas, retrocedieron a acariciar al niño que había gateado y vacilado y aprendido a hablar. Tan absorta estaba en el ensueño del pasado feliz que se olvidó por completo de que iba a marcharse.

Le estaban bautizando, con un traje blanco largo. El agua del bautismo formaba toda un gran chorro y le caía por la nariz y ella, en su afán de pulcritud, le secaba con un pañuelo y se preguntaba luego si no tendrían que volver a bautizarle. El joven sacerdote sudaba y resollaba pronunciando las palabras del bautismo. Había llegado hacía poco a la parroquia y no era más que un muchacho de la localidad. Era en realidad demasiado joven, pensaba ella, para encomendarle un asunto de tanta importancia. Tal vez no sirviera. Podría alterar el orden de las palabras o algo por el estilo. Y luego... Robert había vuelto a hacerse un lío otra vez con el chaleco. Era incapaz de abotonarse bien ni siquiera una vez, de meter cada botón en su ojal. El chaleco parecía torcido hacia un lado. Y ella tuvo que ir a decírselo antes de que la gente que estaba en la iglesia se diera cuenta. Las cosas insignificantes como aquella eran las que daban más que hablar. ¿Pero podía estar segura de que el joven cura no dejaría caer al niño mientras ella se iba?

V

La cena había terminado y la anciana Gwenliana se levantó de la mesa para volver renqueante a su sitio junto al fuego. Volvía a deslizarse quedamente en su grato futuro.

-¿A qué hora te marcharás? ¿Por la mañana?

-Bueno, creo que hacia las siete, padre -Henry procuraba adoptar una actitud despreocupada.

-La anciana interrumpió su viaje y le miró atentamente.

-¿Adónde se va Henry ahora? -preguntó.

-Ah, ¿es que no lo sabes? Henry nos abandonará por la mañana. Se marcha a las Indias.

-¿Y no volverá nunca? -preguntó la anciana anelante.

-Bueno, al menos durante un tiempo no. Queda muy lejos.

-Bueno, pero... He de ver el futuro que le aguarda, entonces... eso es lo que he de hacer, ponerlo ante él como las páginas en blanco de un libro abierto -exclamó con grata emoción-. Tengo que hablarle del futuro y de las cosas del futuro. Déjame mirarte, muchacho.

Henry se acercó a su abuela y se sentó a sus pies, mientras la anciana hablaba. La antigua lengua cirílica posee un encanto especial. Es un habla hecha de profecía.

-Claro que -dijo Gwenliana - ... que si lo hubiera sabido con tiempo, habría conseguido el hueso del hombro de una oveja -recién sacrificada. Es un medio mucho más antiguo y mejor pensado que la simple profecía espontánea. Y como soy ya vieja y anticuada y débil, no puedo salir al encuentro de los espíritus que van por el camino. No puedes hacer las cosas tan bien si no tienes medio de caminar entre las ánimas que rondan y oír sus pensamientos. Pero te daré una vida completa, nieto, y un futuro tan bueno como el mejor que haya predicho.

Se recostó en su asiento y cerró los ojos; si alguien la hubiera mirado atentamente, habría visto el destello de sus ojos bajo los párpados, escudriñando el rostro rígido del muchacho. Permaneció largo rato embelesada; era como si su viejo cerebro estuviese desentrañando los laberintos del pasado para componer un futuro ordenado, relatable. Habló al fin en voz baja, bronca y cantarina; la voz que se reserva a las cosas pavorosas:

-Ésta es la historia de Abred, cuando tierra y agua lucharon. Y al impacto de su choque nació una pequeña vida forcejeante que le abrió paso subiendo a través de los círculos hacia Gwynfyd, la pureza resplandeciente. En aquella primera carne torpe está historia del mundo y el viaje del mundo a través del vacío.

"Y tú... Annwn ha dispuesto muchas veces sus fauces colmilludas para atrapar la chispa de la vida que portabas, pero lograste que tu camino eludiera su trampa. Mil siglos has vivido desde que tierra y mar lucharon en tu engendramiento y mil eones portarás la chispa de la vida que te fue dada, y así, sólo tú la protegerás de Annwn, el Caos.

Siempre empezaba así sus profecías. Era algo que le había enseñado un bardo errante, al que había llegado transmitido de un bardo a otro, desde los tiempos de los druidas blancos. Gwenliana hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran en la mente del muchacho. Luego prosiguió:

-Ésta es la historia de tu actual peregrinación. Serás un gran resplandor para el Divino, enseñando las cosas de Dios.

Sus ojos secretos advirtieron la crispación del rostro del muchacho y gritó:

-¡Pero aguarda un momento! Me he anticipado demasiado.

Habrà lucha y derramamiento de sangre y la espada será tu esposa primera -el rostro de Henry se animó complacido-. Al susurro de tu nombre se congregarán los guerreros del mundo. Saquearás las ciudades del infiel y le despojarás de sus saqueos. El terror te precederá como un águila aullante sobre los escudos de los hombres.

Gwenliana sabía ya que su profecía era un éxito, pero se apresuró hacia glorias mayores.

-Tuyo será el gobierno de islas y continentes y a ellos llevarás la paz y la justicia. Y al final, rodeado de fama y honores, te casarás con una purísima doncella de elevado rango... una joven de buena familia, y acaudalada -concluyó.

Abrió los ojos y miró a los presentes buscando su aprobación.

-Lo habría hecho mejor con un hueso de oveja -dijo quejumbrosa-, o si pudiera aún pasear de vez en cuando por el camino; pero la edad te roba los pequeños placeres y te deja sólo la fría y silenciosa espera.

-Oh, vamos, madre, fue una buena profecía -dijo el viejo Robert-; la mejor que te he oído. Creo que estás alcanzando la plenitud de tu poder oculto. Y has despejado mis temores y me has tranquilizado respecto a la partida de Henry. Ahora me siento orgulloso de lo que hará mi hijo; aunque preferiría que no tuviera que matar a nadie.

-Bien, entonces... ¡Si tú crees que fue realmente buena!

-dijo Gwenliana dichosa-. Me pareció que el aire era propicio y que mis ojos estaban claros esta noche. Aun así, me habría gustado tener un hueso de oveja.

Cerró los ojos complacida y se adormeció.

Ella no lloraba, ni se movía; parecía que ni siquiera respirara.

-Oh, esposa mía, Elizabeth, dime que crearás en su regreso, muy pronto... pronto... antes de que le echés de menos -gritó él frenético-. No te quedes ahí echada callada y distante. Él estará aquí cuando llegue la primavera. Tienes que creerlo, cariño... cariño mío.

Acarició suavemente la inmóvil mejilla de su esposa con grandes dedos delicados.

VI

El viejo Robert pasó toda la noche moviéndose nervioso en la cama, mientras su esposa permanecía inmóvil a su lado. Al final, cuando los primeros albores gris plateados empezaban a desplazar la oscuridad de la ventana, ella se levantó en silencio.

-¿Qué pasa? ¿No has dormido, madre? ¿Pero dónde vas?

-Voy a ver a Henry. Tengo que hablar con él. Tal vez me escuche.

Tardó sólo un momento; en seguida volvió a la cama; apoyó la cabeza en el brazo de Robert.

-Henry se ha marchado -dijo, y todo su cuerpo se puso levemente tenso.

-¿Que se ha marchado? ¿Pero cómo ha podido hacerlo? Es su primera cobardía, madre. Le dio miedo decirnos adiós. Claro que no lo lamento, porque su miedo es indicio cierto de su pesar. No podía expresar su sentimiento.

¡Vamos, madre! -le asustaba su silencio y su pasividad-

Volverá con nosotros, ya lo verás; volverá pronto, quizá cuando la hierba empiece a crecer en primavera. Seguro que volverá. Lo juro.

¿No lo crees? Sólo se ha ido por una semana, por unos días. ¡Vamos, tienes que creerme! Los años se nos han ido, sin duda, cariño, y ahora estamos como antes (¿recuerdas?) sólo que más cerca, más cerca de todas las cosas que han sido. Somos ricos con todas las pequeñas imágenes del pasado y las cosas con las que él jugaba. No podrán escapárse nos mientras haya vida.

VII

Había salido furtivamente de casa antes de amanecer e iniciado la marcha a paso ligero por el camino de Cardiff. Sentía en el pecho algo helado, temeroso, y la sensación de que no sabía si quería irse en realidad. El miedo le había convencido de que si esperaba a despedirse no sería capaz de marcharse de la casa de piedra, ni siquiera para irse a las Indias.

El cielo fue tomándose gris mientras pasaba por los pastizales en los que había jugado y por la cantera donde estaba la cueva en la que él y sus amigos lo pasaban tan bien jugando a los "Ladrones" (él siempre era "el Fiero Bromista" Twym Shone Catti, por aclamación).

Las montañas se alzaban escarpadas ante él como objetos de cartulina, con una franja plateada en los bordes. Soplaban desde las lomas el suave vientecillo del amanecer, con un aroma fresco y dulce, el delicioso olor a tierra húmeda y hojas mojadas. Los caballos le lanzaban sus agudos relinchos cuando pasaba, luego se le acercaban y le acariciaban con sus suaves hocicos; y bandadas de pájaros, que se alimentaban de reptiles nocturnos rezagados a aquella media luz, alzaban el vuelo protestando sobresaltados cuando él se acercaba.

Cuando salió el sol, había recorrido kilómetros por terreno desconocido. Cuando el globo amarillo asomó tras las cumbres, coloreando las deshilachadas nubes de las montañas, Henry corrió una gruesa cortina sobre su pasado. El pesar y la soledad que le habían acompañado en la oscuridad fueron rechazados y quedaron atrás.

Delante estaba Cardiff. Estaba llegando a un territorio nuevo que nunca había visto; bajo el horizonte de la mañana, débil y glorioso, parecía brillar la verde corona de las Indias.

Cruzó pueblos cuyos nombres ignoraba. Pequeñas agrupaciones acogedoras de toscas cabañas; la gente le miraba como a un forastero. Esto llenaba de gozo al joven Henry. Él siempre había mirado a los forasteros, imaginando su destino y ensoñando con el delicioso misterio que emanaban. El ser "forasteros" les convertía en seres grandiosos con objetivos extraordinarios. Y ahora también él era forastero y le mirarían y pensarían en él con cierto respeto.

Deseaba gritar: "Me voy a las Indias", para hacerles abrir más los ojos embotados y despertar su respeto. Criaturas débiles y estúpidas, pensaba, que carecían de sueños y de voluntad para dejar sus chozas empapadas y tristes.

El paisaje cambió. Salió de las montañas a una extensa zona de llanuras y suaves colinas. Vio grandes madrigueras, como guaridas de enormes ardillas, de las que salían sucios hombres negros con sacos de carbón a la espalda. Los mineros vaciaban los sacos en una pila y volvían a las madrigueras. Advirtió que caminaban encorvados, como si los pesados sacos les obligaran a doblar la espalda.

Llegó el mediodía y una larga y clara tarde y él seguía la marcha. Notó en el aire un olor nuevo, la dulce e intensa fragancia del mar. Sintió ganas de echar a correr hacia él como un caballo sediento. Al final de la tarde, un ejército de nubes negras encapotó el cielo; y se levantó un viento fuerte que presagiaba nieve y doblaba las hierbas.

Siguió avanzando hacia la tempestad; empezó a caer aguanieve que le golpeaba la cara cruelmente y el frío empezó a calarle la ropa. De vez en cuando, veía casas a ambos lados del camino; pero en ninguna de ellas buscaría refugio y comida. No conocía las costumbres del lugar, ni los precios de las cosas, y tenía que llegar a Cardiff con las cinco libras intactas.

Con las manos amoratadas y la cara torturada por la violenta nevisca, entró en un solitario granero de piedra lleno de heno del verano. Dentro hacía calor; y agradeció también el silencio, tras el estruendo del viento en los oídos. La paja tenía dulzor de miel seca en los tallos. Henry se hundió en el blando lecho y se durmió.

Cuando despertó, era noche cerrada. Recordó medio en sueños dónde estaba y de repente los pensamientos que había expulsado de sí durante el día volvieron en tropel con gritos estridentes y vociferantes.

"Eres un estúpido -decía una voz-. ¡Recuerda la gran sala y las picas y el fuego! ¿Dónde están ahora? Oh, ya no volverás a verlos. Han desaparecido como un sueño y tú ni siquiera sabes a dónde van los sueños. ¡Eres un estúpido!" "No, no; ¡escúchame! ¡Piensa en mí! ¿Por qué no esperaste por Elizabeth? ¿Tenías miedo? Sí, tenías miedo. Este chico es un cobarde, hermanos. Le da miedo una niñita de pelo amarillo..., la hija de un pobre labriego." Intervino entonces una voz triste, pausada:

"Piensa en tu madre, Henry. Seguía sentada erguida e inmóvil aún cuando la viste por última vez. Y no te acercaste a ella. Sólo miraste desde la puerta al irte. Quizá estuviera muerta en su silla, con expresión de dolor en los ojos. ¿Cómo puedes saberlo? Y Robert, tu padre... pensarás ahora en él... solo y triste y perdido. Es culpa tuya, Henry; querías irte a las Indias y no pensaste en nadie más. "¿Y qué sabes tú del futuro?" -preguntó una voz medrosa-. Hará frío y tal vez te hielas. O te matará quizá algún extraño para robarte el poco dinero que tienes. Esas cosas han ocurrido. Siempre ha habido alguien que te cuidaba y procuraba que estuvieras cómodo. ¡Perecerás de hambre! ¡Te congelarás! ¡Morirás! ¡Estoy completamente segura!" Luego, los ruidos del granero se mezclaron con las voces de sus atormentadores. La tempestad había pasado, pero la brisa suspiraba en las esquinas con una tristeza fantasmagórica infinita. De vez en cuando lanzaba un pequeño lamento de pesar. El heno crujió como si cada paja se retorciera e intentara moverse furtivamente. Los murciélagos revoloteaban en la oscuridad rechinando sus dientecillos y los ratones chillaban espantosamente. Murciélagos y ratones parecían observarle desde la oscuridad con ojillos malévolos.

Ya había estado solo otras veces, pero nunca tan completamente solo, entre cosas desconocidas, nuevas, en un lugar desconocido. El terror fue creciendo e hinchándose en su pecho. El tiempo se había convertido en un gusano indolente que se arrastraba hacia adelante una insignificancia, se detenía, movía la cabeza ciega y volvía a avanzar. Las horas parecían arrastrarse sobre él como lentas nubes viajeras y él seguía echado temblando de miedo. Un búho entró en el granero y revoloteó en círculo sobre él, chillando demencialmente. Los tensos nervios del muchacho estallaron; salió a todo correr sollozando del granero y siguió por el camino hacia Cardiff.

Gran Bretaña había observado durante más de un siglo con impaciencia, mientras España y Portugal, con el permiso del Papa, se dividían el Nuevo Mundo y patrullaban su propiedad para mantener alejados a los intrusos. Era un amargo espectáculo para Inglaterra, aprisionada por el mar. Pero Drake había roto al fin las barreras y navegado por los océanos prohibidos en su pequeño Golden Hínd.

Las grandes embarcaciones rojas de España consideraban a Drake un mosquito, algo molesto que había que eliminar por el zumbido; pero cuando el mosquito destruyó sus castillos flotantes, incendió una o dos ciudades y hasta tendió una trampa en el istmo a la escolta del tesoro sagrado, no tuvieron más remedio que cambiar de parecer. El mosquito era un avispon, un escorpión, una víbora, un dragón. Le llamaban El Draque. Creció en el Nuevo Mundo el temor a los ingleses.

Cuando los ingleses y la mar embravecida derrotaron a la Armada, España se sintió aterrada ante esta nueva fuerza que emanaba de una isla tan pequeña. Era triste pensar en aquellos brillantes barcos esculpidos hundidos en el fondo del mar o destrozados contra las costas irlandesas.

En Inglaterra extendió la mano hasta el Caribe; algunas islas cayeron bajo su poder (Jamaica, Barbados). Los productos británicos podían venderse ahora en las colonias. Las colonias aumentaban el prestigio de un país pequeño, siempre que estuvieran muy pobladas; e Inglaterra empezó a poblar sus nuevas posesiones.

Los hijos más pequeños, los pródigos, los caballeros arruinados se embarcaban para las Indias. Era una buena forma de librarse de un hombre peligroso. El rey no tenía más que garantizarle tierra en las Indias y expresar el deseo de que viviera de su tierra y cultivara aquel fértil suelo por el bien de la Corona inglesa.

Partieron barcos cargados de colonos rumbo al Nuevo Mundo; tahúres, intrigantes, proxenetas, disidentes, papistas... todos como propietarios de la tierra, ninguno para trabajarla. Los barcos de esclavos de Portugal y los Países Bajos no podían llevar carne negra de África con rapidez suficiente para satisfacer la creciente demanda de trabajadores.

Luego les tocó a los delincuentes de las cárceles y a los vagabundos de las calles de Londres; los mendigos que pasaban el día entero a la puerta de las iglesias; los sospechosos de brujería o traición o lepra o papismo. Los enviaban a todos a trabajar en las plantaciones con un contrato que equivalía a una condena temporal a trabajos forzados. Era un plan inteligente; se proporcionaba la mano de obra necesaria y la Corona obtenía dinero por los cuerpos inservibles de los que antes alimentaba, vestía y ahorcaba. Y produciría más todavía. Se vendieron a determinados capitanes de barco resmas enteras de órdenes de contratos, selladas por el gobierno, con el espacio de los nombres en blanco. Se les dieron instrucciones de actuar con suma discreción respecto a los nombres que incluían.

Y en las islas proliferaron las plantaciones de calé y naranjas y caña y cacao. Surgía algún pequeño problema, claro, cuando se cumplía el plazo del contrato. Pero los barrios pobres londinenses producían nuevos esclavos con bastante rapidez, ¡bien lo sabía Dios! y el rey siempre contaba con una buena provisión de enemigos.

Inglaterra estaba convirtiéndose en una potencia naval con sus gobernadores y palacios y funcionarios en el Nuevo Mundo y los barcos de productos manufacturados zarpaban de Liverpool y Bristol en número creciente.

Al rayar el día, Henry estaba en las afueras de Cardiff; todo su espanto había desaparecido y sentía un entusiasmo renovado. Era algo increíble, aquella ciudad de casas, una hilera tras otra (ni siquiera había dos iguales) que se extendían hasta el infinito como un ejército en el barro. Nunca había imaginado tales dimensiones al oír hablar a la gente de las ciudades.

Las tiendas estaban abriendo sus puertas y colocando sus productos a la vista y Henry lo contemplaba todo con asombro al pasar. Bajó por una calle muy larga hasta llegar finalmente a los muelles, con sus campos de mástiles como trigales crecidos y las nubes y telarañas de los aparejos marrones en un aparente desorden frenético. En algunos barcos estaban cargando fardos y barriles y animales sacrificados y otros descargaban de sus curvados vientres productos en extrañas cajas extranjeras y sacos de paja trenzada.

Reinaba en los muelles gran bullicio y agitación. El muchacho sintió el hormigueo de fiesta que le embargaba siempre cuando los hombres montaban los pabellones para la feria allá en Cambria.

De un barco a punto de hacerse a la mar le llegó estruendosa una canción; las palabras eran claras, hermosas palabras extranjeras. El suave golpeteo del agua en los cascos le producía un júbilo casi doloroso. Sentía que había llegado a casa otra vez, a un lugar amado y conocido, tras días y noches de delirio febril. Le llegó luego una canción de muchas voces del barco que partía; su anda marrón se alzó del agua; las velas cayeron de las vergas y aprisionaron el viento matinal. El barco se deslizó del amarradero y enfiló suavemente canal abajo.

Se acercó luego adonde estaban los barcos carenados, con algas y percebes de muchos océanos colgando de sus costados relumbrantes. Allí se oía el breve y rápido martilleo de los calafateadores y el roce del hierro en la madera, y las brucas órdenes que se convertían en rugidos en las bocinas.

Cuando Henry empezó a sentir hambre, el sol ya estaba muy alto. Volvió despacio al pueblo para buscarse el desayuno, le costaba trabajo abandonar los muelles aunque fuera para comer. Los reclutadores estaban saliendo ya de sus madrigueras y también los tahúres que buscaban sus víctimas

entre los marineros. De vez en cuando veía a una mujer desgreñada de ojos soñolientos que se escabullía como si temiera que la sorprendiera el sol antes de llegar a casa. Los marineros que estaban en tierra se frotaban los ojos hinchados y miraban el cielo buscando señales de buen o mal tiempo mientras holgazaneaban apoyados en las paredes. Henry se preguntaba qué habrían visto aquellos hombres en todos los días que habían pasado embarcados. Se hizo a un lado para dejar paso a una hilera de carretas y carretones cargados con cajas y fardos para los barcos e inmediatamente tuvo que esquivar otra que volvía cargada de productos de ultramar.

Llegó por fin a un bullicioso mesón. Se llamaba Los tres perros , y allí estaban los tres, en el letrero, con aspecto de dromedarios desconcertados. Entró a un local amplio, atestado de gente. Preguntó a un hombre gordo con delantal si podía desayunar.

-¿Tienes dinero? -le preguntó receloso el gordo mesonero.

Henry permitió entonces que la luz tocara una pieza de oro que llevaba en la mano y, en cuanto hizo el signo del poder, el del delantal se inclinó y le tiró suavemente del brazo. Henry pidió el desayuno y se quedó mirando a su alrededor.

Había muchísimos clientes sentados en grandes mesas o apoyados en las paredes; había incluso algunos sentados en el suelo.

Una muchachita servía pasando entre ellos con una bandeja de licores. Algunos eran italianos de los barcos de Génova y Venecia que llegaban con extrañas maderas y especias que habían transportado por tierra a espaldas de camellos desde el Océano Indico hasta Bizancio. Los franceses eran los de los barcos de vino de Burdeos y Caíais, con algún que otro vasco de cara cuadrada y ojos azules entre ellos. Los suecos y daneses y finlandeses eran de los barcos balleneros del Mar del Norte, hombres sucios que olían a grasa de ballena en descomposición; y en algunas de las mesas había holandeses crueles que se dedicaban a transportar esclavos negros de Guinea a Brasil. Esparcidos entre aquellos hombres extranjeros había unos cuantos campesinos de Cambria, con aire asustado, cohibido y solitario. Habían llevado cerdos y ovejas del campo para avituallar los barcos y engullían ahora deprisa su comida para poder volver a casa antes de que cayera la noche. Miraban buscando seguridad a los tres guardias del rey uniformados que charlaban en la puerta.

El joven Henry se perdió en el agradable clamor del mesón. Oía nuevas lenguas y veía nuevos atuendos y apariencias: los aretes de los genoveses; las espadas cortas como cuchillos; tonos de la tez que iban del rojo res al moreno curtido por el viento. Podría haberse estado allí todo el día sin la menor conciencia del paso del tiempo.

Una mano grande le tocó el codo, una mano cubierta de callos; y Henry bajó la vista hacia el amplio y cándido rostro de un marinero irlandés.

-¿Quieres sentarte aquí, joven, junto a un honrado marinero de Cork llamado Tim?

Mientras hablaba, empujaba con fuerza a su vecino, echándole a un lado y dejando un estrecho espacio libre en el extremo del banco. No hay hombres como los irlandeses para la amabilidad brutal. Cuando tomó asiento a su lado, Henry ignoraba que el marinero de Cork había visto su moneda de oro.

-Gracias -le dijo-. ¿Y hacia dónde vas a embarcarte?

-¡Oh, yo voy allá donde va el barco! -repuso Tim-. Soy un honrado marinero de Cork, sin más defecto que el de no tener nunca el brillo de una moneda en el bolsillo. Y me pregunto cómo voy a pagar ahora este desayuno si no tengo ni una moneda -añadió, lenta y enfáticamente.

-Bueno, si no tienes dinero, yo te invitaré a desayunar... y tú me hablarás de la mar y de los barcos.

-Lo sabía, sabía que eras un caballero -gritó Tim-. Lo supe en el mismo instante en que puse los ojos en ti suaves como... ¿Y una copita para empezar?

Pidió a voces la copa sin esperar que Henry accediera a invitarle y cuando se la llevaron alzó el licor castaño hasta los ojos.

-Los irlandeses lo llamamos Uisquebaugz, que significa agua de vida; los ingleses lo llaman "Whiskey"... sólo agua. ¡Ay, si el agua tuviera el buen cuerpo y el brillo honrado de este líquido, dejaría de navegar sobre ella y me dedicaría a nadar! -soltó una estruendosa risotada y yació el vaso de un trago.

-Voy a ir a las Indias -comentó Henry, que quería hacerle volver a hablar del mar.

-¿Las Indias? ¡Anda!, también yo, mañana por la mañana; a Barbados, con cuchillos y hoces y prendas de vestir para las plantaciones. Es un buen barco, un barco de Bristol... aunque el capitán es un hombre duro totalmente inflexible con la religión, de la colonia de Plymouth. Ruge amenazando con el fuego infernal y le llama oración y arrepentimiento, pero yo creo que disfruta con ello.

Todos sufriremos mucho tiempo si él se sale con la suya. No entiendo su religión, la verdad; no hay en ella ni un Ave María; así que ¿cómo puede ser religión siquiera?

-¿Tú crees..., crees que, quizá... podría ir en tu barco contigo? -preguntó al fin Henry con voz ahogada.

Tim bajó los párpados sobre sus ojos candorosos.

-Serían las diez libras que tenías -dijo lentamente y luego, al ver la expresión apenada del chico: - cinco, quiero decir...

-Ya sólo le quedan unas cuatro -le interrumpió Henry con tristeza.

-Bueno, también cuatro servirían. Tú me das tus cuatro libras y yo hablaré con el capitán. Cuando llegas a conocerle no es mal tipo, sólo raro y religioso. No, no me mires así. Tú vienes conmigo.

No voy a escaparme con las cuatro libras de un chico que me ha invitado a desayunar, nada de eso -una gran sonrisa iluminó su rostro.

-Vamos - dijo luego-, bebamos porque vengas con nosotros en el Bristol Girí. ¡Uisquebaugh para mí y vino de Oporto para ti!

Les sirvieron el desayuno y se pusieron a comer. Después de algunos bocados, Henry dijo:

-Me llamo Henry Morgan. ¿Cómo te llamas tú, además de Tim?

El marinero rió de buena gana.

-Pues, si es que alguna vez tuve algún otro nombre además de Tim, quizá pudieras encontrarlo andando las rodadas en Cork. Mi padre y mi madre no esperaron a decirme cómo me llamaba. Pero me encontré con el nombre de Tim sin que me lo pusieran. Tim es una especie de nombre libre que puedes tomar sin más y nadie dice nada, como los papelitos que van dejando en la calle los disidentes, que luego se escabullen para que no los vean con ellos. Tim es tan corriente como el aire que se respira y nadie te puede atrapar por ello.

Terminaron el desayuno y salieron a la calle, bulliciosa con la actividad de los carreteros y los chicos de las naranjas y las viejas vendedoras. La ciudad pregonaba sus mil mercaderías y parecía que las exquisiteces de lejanos y fantásticos rincones del mundo habían sido transportadas por los barcos y descargadas como terrones en los polvorientos mostradores de Cardiff: limones; cajas de café y té y cacao; brillantes alfombras orientales; y las fantásticas medicinas de la India que te hacían ver las cosas que no son y sentir placeres que se esfuman con ellas. Había en las calles barriles y cántaras de vino de las riberas del Loire y de las laderas peruanas.

Volvieron a los muelles y a los hermosos barcos. El olor a brea y a cáñamo tostado por el sol y la dulzura del mar les embargaba junto al agua. Por último, Henry divisó a lo lejos un gran barco negro y Bristol Girí pintado con letras doradas en la proa. Y la ciudad y todos los cascos lisos le parecían ahora feos y sucios comparados con aquella belleza marina. Sus curvados contornos flotantes y su sensual firmeza eran tónicos que te hacían jadear de placer. Las nuevas velas blancas colgaban de las vergas como tiernos capullos alargados de gusanos de seda y en las cubiertas había pintura amarilla reciente. Flotaba allí, balanceándose suavemente en la lenta.

Marejada, tascando impacientemente por partir hacia cualquier tierra imaginable. Una reina negra de Saba, eso era, entre las feas embarcaciones pardas del puerto.

-Oh, qué gran barco... es un barco estupendo -gritó Henry maravillado.

Tim se sintió orgulloso.

-Anda, vamos a bordo y ya verás los aparejos... todos nuevos.

Le hablaré de ti al capitán.

Henry se quedó esperando en el combés mientras el gran marinero se encaminaba hacia popa y se quitaba el gorro ante un hombre esquelético de uniforme.

-Tengo un chico -le dijo, aunque Henry no podía oírle-, un chico que se muere por ir a las Indias, y estoy pensando que quizá quisiera usted aceptarle, señor.

El cadavérico capitán le miró frunciendo el entrecejo.

-¿Se trata de un chico fuerte que pueda ser de alguna utilidad en las islas, o no? Muchos mueren al cabo de un mes y luego hay problemas en el viaje siguiente.

-Está aquí, capitán, detrás de mí. Puede verle usted mismo, está ahí detrás... y es un muchacho muy bien formado y fuerte, además.

El flaco capitán observó valorativamente a Henry, recorriéndole con la mirada desde las robustas piernas al amplio pecho. Su aprobación fue en aumento.

-Es un chico fuerte, de acuerdo; y buen trabajo por tu parte, Tim. Tendrás dinero para beber y una ración extra de ron en el mar. ¿Pero sabe algo de los planes?

-Ni una palabra.

-Bueno, pues no le digas nada. Que trabaje en la cocina.

Creerá que está pagándose el pasaje. De nada sirve chillar y molestar a los hombres que están fuera de servicio. Ya se enterará cuando llegue -el capitán sonrió y se alejó.

-Puedes ir con nosotros en el barco -gritó el marinero y Henry quedó paralizado de gozo-. Pero -añadió Tim con seriedad-, las cuatro libras no bastan para el pasaje. Tendrás que trabajar un poco en la cocina.

-Haré lo que sea..., lo que sea con tal de poder ir con vosotros -dijo Henry.

-Entonces vamos a tierra a brindar por una travesía buena y feliz; Uisquebaugh para mí y aquel excelente vino para ti.

Se sentaron en un local polvoriento con las paredes llenas de botellas de todas las formas y tamaños, desde rechonchas frascas panzudas a damajuanas gigantescas. Al poco rato cantaban juntos, marcando el ritmo con la mano y sonriéndose bobaliconamente uno a otro. Pero a la larga, el cálido vino de Oporto produjo al muchacho una tristeza placentera. Sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos, lo que le complació bastante. Eso le demostraría a Tim que él tenía también sus penas... que no era sólo un chaval simplón que anhelaba ir a las Indias; eso revelaría sus profundidades.

-¿Sabes, Tim? -le dijo-. Tuve que dejar a una, chica. Se llama Elizabeth. Tiene el cabello dorado... dorado como la mañana. Y la noche antes de marcharme la llamé y vino a mí en la oscuridad; la oscuridad nos envolvía como una tienda, y el frío. Ella lloró y lloró para que me quedara, pese a que le hablé de todas las cosas hermosas, los dijes y sedas, que le traeré cuando vuelva, dentro de poco. Ella no se consolaba con nada y ahora me apena mucho recordarla allí llorando por mi partida.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Lo sé -dijo Tim-. Sé lo triste que es para un hombre dejar a una chica e irse a la mar. ¿Acaso no he dejado yo cientos..., y todas hermosas? Pero aquí tienes otra copa, muchacho. El vino es mejor para una mujer que todos los dulces de Francia cuando el hombre lo bebe. Las hace adorables a todas. ¡Ay! Si las feas colocaran una pequeña fuente de vino a la puerta de su casa como el agua bendita de las iglesias, habría muchos más matrimonios en los pueblos. El hombre nunca se daría cuenta de su poca gracia. Pero toma otra copa de este gran vino, muchacho triste, y tanto dará que fuera una princesa y la dejases atrás.

VIII

Partían hacia las Indias... las lejanas y magnificas Indias donde vivían los sueños de los muchachos. El gran sol de la mañana se debatía con la bruma grisácea y la cubierta hormigueaba de marineros como el airado populacho de una colmena rota. Se oían escuetas órdenes y los marineros alzaban hasta el borde los obenques a lo largo de las vergas. Los hombres cantaban la canción del cabestrante mientras alzaban del agua las anclas que quedaban colgando a los costados como pardas polillas chorreantes.

Rumbo a las Indias... las blancas velas lo sabían al desplegarse e hincharse como delicados objetos de seda; la negra embarcación lo sabía y avanzaba orgullosa en la marea menguante con el fresco vientecillo matinal. El Bristol Girí salió cuidadosamente del embarcadero y enfiló el largo canal. La bruma se fue disipando lentamente en el cielo. La costa de Cambria fue haciéndose azul primero y luego de un azul más pálido hasta difuminarse en el claro horizonte como un espejismo del desierto. Las montañas negras eran una nube, y luego una fruslería de humo pálido; y luego, Cambria había desaparecido, como si jamás hubiera existido.

Pasaron Porlock, del lado del puerto, e Ifracombe, y muchos pueblos borrosos acurrucados en los pliegues de Devon. Un viento dulce y suave les fue empujando por Stratton y Camelford. Cornualles fue

quedando atrás, legua tras legua. Luego Land's End, la punta del mentón de Gran Bretaña; y, cuando viraron hacia el sur, llegó al fin el invierno.

El mar les alzaba y les gruñía, y el barco corría ante los perros aulladores del viento como un ciervo vigoroso y seguro; corría valiente bajo las cebaderas y las velas bajas. El viento salía aullando del hogar del invierno en el norte y el Bristol Girí lo burló en sus propias narices tomando rumbo suroeste. Hacía frío. Los gélidos obenques tañían al viento como enormes cuerdas de arpa pulsadas por un gigante demente y las vergas rugían su lamento a las velas tirantes.

Durante cuatro días tormentosos, la tempestad persistente les persiguió mar adentro; el barco peleaba gozoso. Los marineros reunidos en el castillo de proa se jactaban de la ligereza de su embarcación y de su forma perfecta. Y durante todo este tiempo Henry se sentía jubiloso como un joven dios. El frenesí del viento era su propio frenesí. Podía permanecer en cubierta abrazado a un mástil con la cara contra el viento, cortándolo con el mentón como cortaba la proa el agua, y un júbilo glorioso llenaba su pecho hasta desbordarlo... alegría dolorosa. El frío le limpiaba el cristalino de los ojos, así que veía con más claridad en la lejanía que se extendía en círculo a su alrededor. Sentía el viejo anhelo eclipsado por otro nuevo; pues los vientos le traían el deseo de tener enormes alas y todo el cielo sin límites por campo de acción. El barco era una prisión balanceante y temblequeante para él, que podría remontarse y alejarse volando. ¡Ay, si fuera un dios y cabalgara sobre la tempestad y no bajo ella! Aquello era la embriaguez de los vientos. Un deseo que satisfacía el deseo mientras impulsaba sus anhelos. Clamaba por el vigor de la omnipotencia y los elementos daban nueva fuerza a sus músculos.

Y luego, con la misma rapidez con que los sirvientes del diablo les habían arrastrado, desaparecieron, dejando la mar clara y limpia. Y el barco siguió a toda vela impulsado por los eternos alisios, los vientos suaves y frescos que envía el dios de la navegación para los barcos altos con velas. Desapareció toda la tensión; los marineros jugaban por la cubierta como niños robustos y traviesos...

pues hay dicha juvenil en los alisios.

Llegó el domingo, un día de hosco temor y de presagios en el Bristol Girí. Henry terminó su trabajo en la cocina y fue a cubierta.

Había un viejo marinero sentado en una escotilla trenzando un largo ajuste. Cada uno de sus dedos parecía una inteligencia ágil mientras trabajaba, pues su dueño no los miraba. En vez de mirarlos, tenía los ojillos azules fijos, al estilo de los marineros, clavados más allá de los confines de las cosas.

-¿Así que quieres conocer el secreto de las cuerdas? -le dijo, sin apartar la mirada del horizonte-. Pues no tienes más que fijarte. Llevo haciéndolo tanto tiempo que mi vieja cabeza ha olvidado cómo se hace; sólo mis dedos lo recuerdan. Si pienso en lo que estoy haciendo, me confundo. ¿Quieres ser marinero e ir en la arboladura algún día?

-Bueno, sí que me gustaría, si pudiera aprender las maniobras -dijo Henry.

-Eso no es tan difícil. Primero has de aprender a soportar cosas de las que los hombres de tierra ni siquiera han oído hablar. Eso es lo primero. Es muy duro, pero si empiezas, no lo dejas nunca.

Mírame a mi, hace doce años que intento llevar mi viejo casco a tierra y amarrarlo junto al fuego. Quería pensar durante un tiempo y morir. Pero es inútil. Siempre acabo corriendo a enrollarme en algún barco, el que sea.

Le interrumpió un virulento repicar de la campana del barco.

-Vamos -dijo-, el capitán nos va a contar ahora sus patrañas terribles.

El capitán de rostro cadavérico estaba de pie ante su tripulación, armado con su Dios. La fe brillaba en sus ojos, de sus finos labios brotaban palabras coléricas; los hombres le miraban amedrentados, como mira el pajarillo a la culebra que se acerca.

-Dios os ha mostrado sólo un indicio de su extraordinario poder -clamaba-. Os ha mostrado la fuerza de su dedo meñique para que os arrepintáis antes de ir gritando al fuego del infierno.

¡Oid el nombre del Señor en el viento terrible y arrepentios de la fornicación y las blasfemias! ¡Oh! Él castigará hasta vuestros perversos pensamientos.

"Hay en la mar una parábola que se cerrará en torno a vuestras gargantas como una mano helada y os ahogará de espanto. Pero ahora que la tempestad ha pasado lo habéis olvidado. Estáis contentos, no sentís arrepentimiento. Pero que la lección del Señor sea un aviso. ¡Arrepentios! ¡Arrepentios! ¡Ola cólera divina os aniquilará!

Alzaba los brazos gesticulando exageradamente mientras hablaba de los pobres muertos solitarios, que sufren y arden por haber amado los pecados humanos; al fin, despidió a sus aterrados marineros.

-No es así -le dijo furioso a Henry el viejo-. No hay que tomar en serio su palabrería de loco. Quien haya hecho la tempestad (sea dios o diablo) la hizo porque sí y para divertirse. Un ser capaz de levantar un viento así no se molestaría un ápice por un barco que flota en la inmensidad. Sé que yo no lo haría si fuera un dios o un diablo.

El contra maestre Tim se acercó a ellos a tiempo de oír las últimas palabras y cogió a Henry del brazo protectoramente.

-Cierto -dijo-; pero que no llegue a sus oídos que dices esas cosas, ni siquiera que las escuchas con tus propios oídos, o te demostraré el poder divino con el extremo de una soga. Él y su dios son una pareja implacable y no conviene tenerlos por enemigos, y tú sólo eres un muchacho que friega perlas en la cocina.

Los alisios soplaban incesantes; Henry cuando acababa de fregar y de pelar, conversaba con los marineros e iba familiarizándose con los cabos y con la arboladura y aprendía los nombres y el funcionamiento de las piezas del barco. Los marineros le consideraban un muchacho tranquilo y amable que les miraba como si su conversación fuera un gran don y ellos hombres sabios, muy bondadosos por otorgárselo; y así, le enseñaban lo que podían, pues era evidente que aquel chico había nacido para la mar. Aprendió las salomas, la corta y la larga, una rápida y nerviosa y la otra de ritmo lento, oscilante. Cantó con ellos canciones de muerte y de motines y de sangre en la mar. Sus labios formularon los juramentos peculiares e inocentes de los marineros; frases obscenas y blasfemas y espantosas, purificadas por la falta total de significado que tenían en su boca.

Y por la noche se quedaba tendido de espaldas tranquilamente mientras los hombres hablaban de los prodigios vistos o imaginados; de las serpientes de un kilómetro de longitud que se enroscaban en torno a las embarcaciones y las aplastaban y se las tragaban; de tortugas tan enormes que llevaban árboles y arroyos y pueblos enteros a la espalda y que se sumergían sólo una vez cada quinientos años. Bajo las lámparas colgantes contaron cómo podían los finlandeses desencadenar una tempestad espantosa para vengarse; y que había ratas marinas que se acercaban hasta las embarcaciones y agujereaban el casco hasta hundirlas. Contaron de un modo escalofriante que si veías al terrorífico y viscoso kraken no volvías a ver tierra, por su maldición. Y hablaron de trombas marinas y de las vacas mugidoras que vivían en la mar y que amamantaban a sus crías como las vacas de tierra; y de los barcos fantasmas que surcaban incesantes el océano buscando el puerto perdido gobernados por tripulaciones de esqueletos pálidos. Henry les escuchaba y asimilaba sus palabras con avidez y emoción.

Una de aquellas noches, Tim se desperezó y dijo:

-No sé nada de vuestras grandes culebras ni he visto el kraken, ¡Dios me valga! Pero os contaré una historia si queréis escucharla.

"Ocurrió cuando yo era un muchacho como éste recorría los mares en un barco libre; cogíamos lo que íbamos encontrando, unas veces esclavos negros y de vez en cuando aparecía el regalo de algún barco español sin defensa bastante... lo que saliera. Teníamos un capitán que habíamos elegido nosotros sin ningún documento, pero llevábamos en el puente varias banderas. Sí avistábamos por el catalejo un buque de guerra, íbamos en su busca.

"Pues bien, el caso es que, como digo, un día por la mañana apareció a estribor una nave pequeña y mojamos vela para capturarla. Y lo hicimos, además. Era una embarcación española y llevaba muy poca cosa aparte de sal y cueros frescos. Pero cuando entramos en el camarote, nos encontramos a una mujer alta, esbelta, de cabello negro y una amplia frente blanca y las manos de dedos más delgados que yo había visto en mi vida. Así que nos la llevamos a bordo de nuestra embarcación y olvidamos lo demás. El capitán estaba a punto de irse con la mujer al alcázar, cuando subió el contra maestre.

"Somos una tripulación libre -va y le dice-. Y tú eres nuestro capitán por elección. También nosotros queremos a la mujer y la tenemos seguro que habrá jaleo." El capitán miró entonces ceñudo a su alrededor, pero la tripulación le devolvió la mirada ceñuda; así que se encogió de hombros y se echó a reír... una risa bastante aviesa.

"¿Y cómo lo decidiréis?", va y pregunta, suponiendo que habría una gran lucha por la mujer. Pero el contra maestre sacó unos dados del bolsillo y los echó en la cubierta.

"¡Con los dados!", le dice, y en un segundo todos los hombres del barco estaban de rodillas buscando los dados. Pero yo me quedé mirando a la mujer, allí sola, y me dije: "Ha de ser una mujer dura, una mujer seguramente capaz de grandes crueldades con el hombre al que odie. Mira, muchacho, más te valdrá no entrar en este juego".

Y en aquel preciso instante la mujer morena corrió a la borda, agarró una bala de cañón y saltó por la borda sujetándola en los brazos. ¡Y eso fue todo! Corrimos hasta la borda y miramos..., pero sólo se veían burbujas.

"Y el caso es que dos noches después de eso, el vigía apareció corriendo en el castillo de proa con los pelos de punta.

"Hay una cosa blanca que viene nadando detrás de nosotros -dice-, y parece la mujer que se tiró por la borda."

"Naturalmente, todos corrimos a mirar por la borda y la verdad es que yo no vi nada de nada; pero los otros dijeron que había una cosa con largas manos blancas tendidas hacia nuestro puesto de popa, que no nadaba sino que se arrastraba detrás de nosotros como si el barco fuera un imán y aquello un simple trocito de hierro. Ya podéis suponer que aquella noche se durmió poco en el barco. Y los que lo hicieron, gritaban y gemían en sueños; y no hace falta que os diga lo que eso significa.

"A la noche siguiente, el contraataca subió de la bodega gritando como un loco; tenía el pelo completamente blanco. Estuvimos un rato calmándole y tranquilizándole hasta que al fin consiguió susurrar:

"¡Lo he visto! ¡Oh, Dios mío, lo he visto!" Tenía dos manos blancas largas y suaves con dedos delgados, y salieron al costado y empezaron a rasgar el maderamen como si fuera papel. ¡Oh, Dios mío! ¡Sálvame!"

"Entonces, sentimos que el barco escoraba y empezaba a hundirse."

"En fin, tres conseguimos llegar a tierra flotando asidos a una yerga, dos de ellos locos y desquiciados como gatos furiosos, pobres desgraciados. Nunca supe si los demás se salvaron o no, aunque creo que no. Y eso es lo más cerca que he estado de ver con mis ojos las cosas de las que habláis. Pero cuentan que en las noches claras en el Océano Indico se ven los espíritus de los pobres hindúes asesinados persiguiendo a Vasco de Gama muerto por el cielo. Y me han contado que esos mismos hindúes son una gente de muy poco provecho si los capturas y que por eso tienes que matarlos.

El cocinero había tomado a su cargo desde el primer día la instrucción del joven Henry. El hombre parecía deseoso de enseñarle cosas. Lo hacía en un tono apocado, como si temiera continuamente que le contradijeran. Era un hombre gris, el cocinero, con unos ojos castaños tristes como los de los perros. Y tenía algo de cura, y algo de conferenciante torpe y algo de asesino. Su discurso evocaba la universidad y sus sucios hábitos, las negras y amargas callejuelas de Londres. Era cortés y amable y de una artera hipocresía. Nadie le daría la menor ocasión de demostrar si era o no de fiar pues parecía emanar de él en un susurro la certeza de que si en realidad merecía la pena, vendería a cualquiera.

Navegaban ahora en un mar cálido impulsados por un viento cálido. Henry y el cocinero estaban asomados a la borda contemplando las aletas triangulares de los tiburones que cortaban el agua del buque de un lado a otro, a la espera de desperdicios.

Veían pequeños cúmulos color castaño de algas que pasaban flotando y el pez piloto que nadaba pausado y recto sobre el punto de la proa. El cocinero señaló las aves pardas de largas y delgadas alas que les seguían; bajaban, planeaban, flotaban, se zambullían, se balanceaban, siempre volando, sin descansar nunca.

-Mira esas aves infatigables -le dijo-. Son como ánimas en pena; y hay quien dice que son las almas de los marineros ahogados, tan cargadas de pecados que no pueden descansar nunca. Y hay quien jura que estos pájaros incuban sus huevos en nidos flotantes hechos sobre el maderamen de los barcos perdidos; y otros dicen que no tienen nidos siquiera sino que nacen ya crecidas del blanco labio de una ola e inician inmediatamente un vuelo que dura toda la vida. ¡Ay! Los incansables.

El barco pasó un banco de peces voladores que saltaban en la cresta de las olas como resplandecientes monedas de plata.

-Ésos son los espectros de los tesoros perdidos en la mar -siguió contando el cocinero-, las cosas terribles, esmeraldas y diamantes y oro; los pecados de los hombres, los pecados que ellos cometieron, que se pegan a ellos y les hacen vagar por el océano. ¡Ay!

Es una lástima que algún marinero no haga un gran relato sobre eso.

Henry señaló una gran tortuga dormida en la superficie.

-¿Y cuál es la historia de las tortugas? -pregunto.

-Ninguna, no la tienen; sólo son comida. Y no es fácil que un hombre haga leyendas de lo que come. Esas cosas están demasiado cerca de él y la leyenda se contaminaría. Pero esos animales han

sido la salvación de muchos barcos, gracias a ellos tuvieron alimento algunos hombres que de otro modo hubieran sido esqueletos en la cubierta de un barco a la deriva. La carne de tortuga es buena y sabrosa. A veces, cuando los bucaneros no tienen medio de conseguir ganado cargan el barco con tortugas y se hacen a la mar.

Mientras hablaban, el sol se había hundido bajo el agua. A lo lejos, una nube oscura lanzaba una lengua tras otra de luz deslumbrante, pero salvo aquella mancha, todo el cielo era de un tono negro azulado sedoso y estaba salpicado de enjambres de estrellas.

-Me prometiste hablarme de los bucaneros -dijo Henry suplicante-. Ésos a los que llamáis Hermanos de la Costa. Dime, ¿has navegado con ellos alguna vez?

El cocinero se agitó inquieto.

-Hay paz entre España e Inglaterra-le dijo-. Y yo no violaría la paz del rey. No, no he navegado con ellos nunca. Pero he oído cosas que tal vez sean ciertas. Me contaron que los bucaneros son unos grandes necios. Toman grandes presas y luego despilfarran todo lo que han conseguido en las tabernas y en los burdeles de Tortuga y Gonave, como niños pequeños que se sacuden la arena cuando se cansan de jugar. Yo creo que eso es propio de necios.

-¿Pero alguno de ellos ha tomado alguna vez una ciudad?

-preguntó Henry.

-Algún pueblo que otro ha caído en sus manos, pero no tienen jefes para una cosa así.

-¿Pero ninguno ha tomado una gran ciudad, una ciudad que tuviera un tesoro? -insistió Henry.

-No, eso no lo han hecho nunca. Son criaturas, te lo digo yo...

niños fuertes y valientes.

-¿Y no podría un hombre que lo pensara bien y lo planeara cuidadosamente tomar una ciudad española?

-¡Ja, ja! -rió el cocinero-. ¿Es que vas a ser bucanero?

-Pero, ¿y si alguien lo planeara meticulosamente?

-Verás, si hubiera un bucanero que pudiera planearlo, meticulosamente o no, si, creo que podría conseguirlo; pero no existen bucaneros así. Todos ellos son como niños pequeños capaces de luchar como diablos y de morir muy bravamente..., pero necios. Son capaces de hundir un barco por un vaso de vino, cuando podrían venderlo.

-Si un hombre considerara detenidamente y sopesara bien sus posibilidades y los hombres que tuviera, ¿podría...?

-Si, supongo que podría.

-Había uno llamado Pierre Le Grand que no era ningún necio.

- ¡Oh sí, Pierre Le Grand tomó un barco rico y se largó a su tierra, a Francia! Era un jugador tremendo, no un hombre inteligente.

Aún podría volver a la Costa y perderlo todo, hasta la cabeza.

-Aun así -dijo Henry con firme decisión-, aun así, yo creo que podría conseguirse, sólo con que un hombre pensara detenidamente en ello y lo planeara bien.

A los pocos días, empezaron a aproximarse a tierra. El pálido espectro de las montañas surgió una mañana en el horizonte. De vez en cuando se veían troncos y ramas de árboles flotando en el agua y las aves terrestres volaban hasta el barco y se posaban en los aparejos.

Estaban llegando al hogar del verano, desde donde iba todos los años a las zonas del norte. Durante el día, el sol era un resplandeciente címbalo de metal en un cielo lívido y desvaído, y por la noche nadaban alrededor del barco grandes peces con ríos curvados de fuego pálido brillando tras ellos. De la bodega de proa se desprendían millones de diamantes que flotaban junto a la proa. El mar era un lago redondo de ondulación queda, cubierto de una piel sedosa. Pasando lenta, lentísimamente hacia atrás, el agua producía una agradable hipnosis. Era como contemplar el fuego. No se veía nada, pero sólo con un gran esfuerzo podías apartar los ojos de ella, y acababas soñando sin estar dormido.

Existe una paz en los océanos tropicales que desborda todo deseo de comprensión. El lugar de destino ya no es un fin, lo es sólo el navegar, seguir y seguir navegando, fuera del reino del tiempo. Parecían seguir deslizándose meses y años por aquellas aguas, pero la tripulación no sentía impaciencia. Hacían su trabajo, y se echaban en cubierta, sumidos todos en un letargo extraño.

Un día, se vio flotar en el mar una isla pequeña que era como un almiar, verde como los primeros brotes de la cebada. Estaba densamente cubierta de una vegetación enmarañada, desbordante, vides y enredaderas y algunos árboles oscuros. Henry lo contemplaba todo absolutamente fascinado. Pasaron

aquella isla; luego otra, y otra más, hasta que, finalmente, en la oscuridad de una madrugada tropical, el barco llegó a Barbados. Las anclas chapotearon al caer en el agua y se hundieron, arrastrando detrás los cables relumbrantes.

En la costa había una densa vegetación verde como lechuga, como la de las islas pequeñas que habían pasado, y más allá plantaciones y casas blancas de tejados rojos; y todavía más lejos, se veían franjas de tierra roja como heridas en la selva de las colinas; y más allá, las montañas, que se alzaban escarpadas y agrestes como fuertes dientes pardos.

Se acercaron al barco pequeñas piraguas con ricos frutos y muchas aves en espetones. Iban a vender y a comprar o a robar lo que llevara el barco. Los hombres, de tez muy negra, entonaban cánticos de ricas cadencias mientras remaban y Henry, apoyado en la borda, estaba entusiasmado con aquellas nuevas tierras. Aquello superaba todos sus sueños. El espectáculo hacía aflorar lágrimas estúpidas de dicha a sus ojos.

Tim estaba cerca de él; parecía cabizbajo y triste. Por fin se acercó a él y le dijo:

-Me apena hacer mal a un buen muchacho que me invitó a desayunar. Me apena tanto que no puedo dormir.

-Pero si tú no me has hecho ningún mal -exclamó Henry Tú me trajiste a las Indias, que era lo que más deseaba.

-¡Ay! -dijo Tim con tristeza-. Si contara al menos con el auxilio de una religión como el capitán, podría decir: "Es la voluntad de Dios", y olvidarlo sin más. Y si tuviera un negocio o una posición, estaría hablando de cómo ha de vivir un hombre. Pero no tengo más religión que la de decir un ave maria o un miserere domine cuando hay tormenta; y, en cuanto a mi posición, sólo soy un pobre marinero de Cork y me apena hacer daño a un chico que me invitó a desayunar sin conocerme de nada.

No apartaba la vista de la gran canoa que se aproximaba a ellos, con seis vigorosos caribes a los remos. En popa iba sentado un inglés menudo, nervioso, cuyo rostro en vez de broncearse había ido enrojeciendo cada vez más con los años hasta el punto de que las venillas parecían correr sobre la piel. En los ojos claros de aquel hombrecillo brillaba una luz de perpetua indecisión y de perplejidad.

La canoa golpeó el costado del barco y el hombrecillo subió despacio a bordo y se dirigió directamente al capitán.

-Bueno, ya está -gritó Tim-. No me consideres un malvado, Henry, pues ya ves cuánta aflicción me causa.

El capitán gritó:

Eh, galopín! ¡A popa!

Henry se acercó al inglés y al capitán. Se sorprendió cuando el menudo colono le palpó cautelosamente los brazos y los hombros y luego le dijo al capitán:

-Puedo dar diez.

- ¡Doce! -repuso irritado el capitán.

- Pero de verdad cree que lo vale? No soy rico, comprenda, y yo diría que diez...

-Bien, puede quedárselo por once, pero, como que Dios me está viendo, que vale más. Mire qué músculos y qué hombros tan anchos. No se morirá como tantos. No señor, vale más; pero puede quedárselo por once.

-Bueno, si verdaderamente lo cree -dijo el colono, vacilante; y empezó a sacar dinero de los bolsillos, monedas mezcladas con cordel enmarañado y trozos de tiza y un trozo de pluma y una llave rota.

El capitán sacó del bolsillo un papel y se lo enseñó al chico: Una orden de contrato por cinco años, con el nombre de Henry Morgan y el sello oficial británico al pie.

-Pero yo no quiero que me vendan -gritó entonces Henry-.

Yo no vine para que me vendieran. Yo quiero ser marinero y hacer fortuna.

-Ya lo harás -le contestó amablemente el capitán, como si le diera permiso-, ya lo harás dentro de cinco años. Ahora vete con el caballero y nada de chillidos. ¿Crees que podría mandar un barco si no hiciese más que transportar muchachos que quieren venir a las Indias? Tú haz tu trabajo y confía en Dios, que te será muy beneficioso. La experiencia siempre aprovecha al alma fuerte si es humilde.

Y fue empujando suavemente a Henry por la cubierta delante de él.

Al fin, el chico consiguió hablar:

-¡Tim! -gritó-. Tim, me están vendiendo, Tim. Oh, Tim, ven a ayudarme!

Pero no hubo respuesta. Tim le oía; estaba sollozando en su coyo como un niño azotado.

Henry no sentía el menor resentimiento mientras bajaba del barco delante de su amo, sólo una leve opresión en la garganta.
Sólo una torpeza densa y pegajosa.

IX

Y así fue como llegó a vivir en Barbados Henry Morgan, por la autoridad de un papel blanco, que le obligaba en alma, cuerpo y vida a satisfacer los deseos de un colono llamado James Flower.

James Flower no era mala persona, y desde luego tampoco era muy inteligente. Toda su vida podía resumirse en el deseo de tener ideas... cualquier idea, la creación de ideas. Quería concebir ideas, darles vida palpitante y soltarlas luego a un mundo pasmado. Se irían saltando como piedras por una larga colina, despertando una avalancha de admiración. Pero no se le ocurría ni una sola idea.

Su padre había sido un enérgico párroco inglés que escribía enérgicos sermones que llegaron a publicarse incluso, aunque muy pocas personas los compraron. Y su madre escribía poemas que eran una especie de sumario de los sermones. Sus versos se añadieron al volumen de áspera ortodoxia. Y ambos, su padre y su madre, tenían ideas. Ambos eran creadores, a pequeña escala.

James Flower se había educado en un ambiente de:

"Helen, tengo que ir a casa de mi editor".

"Oh, William, esta mañana mientras me peinaba se me ocurrió algo portentoso... ¡qué idea! Ha de ser por fuerza inspiración divina. Creo que lo haré empareados. ¡Oh! ¡Es portentosa! Y encaja a la perfección con las maravillosas palabras de tu homilía." "Bien, bien; pero ahora tengo que ir a casa de mi editor a ver cómo van los sermones. Mandé un ejemplar al arzobispo y debe haber hablado de ellos. Creo que podría suponer una gran venta."

Sí, eran personas de ideas; solían comentar moviendo la cabeza la torpeza de su hijo. Ellos le amedrentaban, le asustaba la grandeza de sus padres y se avergonzaba de sí mismo. Y así, desde muy joven, había tomado la determinación de tener ideas. Había leído muchísimo. Cayó en sus manos Defensa de la brujería, del rey James y se propuso demostrar su veracidad. Con la ayuda de sortilegios antiguos y de una loción negra que contenía ingredientes repugnantes y una gran cantidad de hachís intentó volar tirándose desde el tejado de su casa. Fue precisamente mientras se curaba de la fractura de ambas piernas cuando se topó con descubrimiento de la brujería de Scot.

Causaba por entonces gran revuelo el sistema de Descartes entre los hombres ilustrados y también James Flower decidió reducir toda la filosofía a un postulado básico. Colocaba a su lado papel y una colección de buenas plumas, pero no había manera no avanzaba hacia el postulado. "Pienso, luego soy -decía-; al menos pienso que soy." Pero a esto seguía un razonamiento en círculo que no le llevaba a ningún sitio. Se adhirió luego a la recién fundada escuela de Bacon. Se quemó los dedos con repetidos experimentos e intentó cruzar trébol con cebada y arrancó las patas a innumerables insectos esforzándose por descubrir algo..., lo que fuera, cualquier cosa; pero no descubriría nunca nada. Como disponía de una modesta renta que le había legado un tío suyo, sus experimentos fueron variados y amplios.

Un cismático ferviente había escrito un libro apasionado en el mejor estilo científico: Efectos de los espíritus alcohólicos. pasajeros y permanentes. Esta obra cayó en manos de James Flower y una tarde decidió poner a prueba algunas de sus más extrañas teorías. El espíritu de inducción le abandonó en plena investigación, y sin razón ni aviso, atacó a uno de los guardias de Su Majestad con una maceta.

Aunque ni siquiera reparase en ello, ésta fue la única idea espontánea de toda su vida. Un arcediano emparentado con su padre echó tierra al asunto. La pequeña fortuna de James Flower se invirtió en una plantación en Barbados y le mandaron a vivir allí. Evidentemente, él no encajaba con la ortodoxia y los pentámetros.

Y así, había envejecido melancólicamente en la isla. Su biblioteca era la mejor de las Indias; y, en cuanto a información, era el hombre más instruido de los contornos. Pero su formación no respondía a ningún plan global. Había aprendido sin absorber; recordaba sin asimilar. Su mente era un lamentable

amasijo de teorías y datos sin conexión. En su mente, en sus estantes, los comentarios de César se mezclaban con Demócrito y con un tratado sobre la generación espontánea. James Flower, que había ansiado ser un creador, se convirtió en un bondadoso y tranquilo caballero bastante ineficaz y muy inepto. En los últimos años, había empezado a tomar las convicciones por ideas. Cualquier individuo que expusiera una opinión con la firmeza suficiente, amedrentaba a James IV Flower, que se decía: "He aquí a una de esas criaturas dotadas por la Divinidad que controlan el fuego del que yo carezco por completo".

Había pocos hombres blancos en la gran plantación verde, y los pocos que trabajaban allí eran hoscos desdichados andrajosos que estaban pagando alguna felonía ya olvidada contra la Corona. En sus cuerpos anidaba la fiebre como un hombre dormido, de sueño ligero que se despierta, gruñe y vuelve a dormirse con un malévolo ojo abierto. Amasaban la tierra de los campos con las manos y mientras iban transcurriendo lentamente sus años de servidumbre, se iban encorvando, se les iban apagando los ojos y una imbecilidad torpe y cansina tendía redes de hastio en su cerebro. Hablaban una jerga bastarda de Londres, con algunas palabras de los negros de Guinea y algunas frases caribes chapurreadas. Cuando quedaban liberados de la esclavitud, vagaban apáticos contemplando con cierta añoranza a los otros ir al trabajo. Y pasado un tiempo, firmaban nuevos contratos de trabajo o se dedicaban a merodear como tigres que hubiesen salido de una jaula rota.

El capataz de la plantación de James Flower había sido uno de estos hombres y ahora que mandaba a los que habían sido sus compañeros, les hacía sufrir en recuerdo de su propio dolor.

James Flower llevó a Henry a tierra; algo en el triste silencio del muchacho le conmovió. Nunca había pensado en sus siervos como hombres. Había seguido ciegamente las normas del viejo y astuto Catón para tratar con los esclavos. Pero allí había uno que era claramente un ser humano, y probablemente un caballero. Aquel chico había gritado que no quería ser esclavo. Los otros siempre desembarcaban conociendo su destino y manifestando un hosco rencor que había que quitarles con el látigo.

-No sufras, muchacho -dijo el colono-. Eres muy joven para venir a las islas. En pocos años serás un hombre, y un hombre fuerte.

-Pero mi intención era ser bucanero -dijo Henry con torpeza-. Me hice a la mar para ganar fama y fortuna. ¿Y cómo voy a conseguirlo ahora si tengo que trabajar en los campos como un esclavo?

-Yo no tengo intención de que trabajes en los campos. Te necesitaba..., necesitaba un chico que esté en la casa ahora que me estoy haciendo viejo. Quería..., una especie de compañero que conversara conmigo y que me escuchara. Los otros colonos vienen a la casa y beben mi vino, pero cuando se marchan pienso que se ríen de mi y de mis libros... mis amados libros. Así que te sentarás conmigo al atardecer... y hablaremos de las cosas de los libros. Tengo la impresión de que tu padre era un caballero. Lo pareces.

"Mira, hoy hay una ejecución -continuó Jim Flower suavemente-, y tenemos que apresurarnos para llegar. Ni siquiera sé lo que hizo el tipo, pero seguro que hizo suficiente. Y como dice...

¡oh!, ¿cómo se llama? De cualquier modo lo he leído:". "El principal valor del castigo violento está en la influencia que ejerce en aquellos sobre los que puede recaer". Si, creo que es bueno que se ahorque a alguien de vez en cuando. Es caro, pero influye en gran medida en el buen comportamiento de los demás. De todo eso se encarga mi capataz, ¿sabes? Tengo la impresión de que disfruta realmente haciéndolo.

Llevó al muchacho hasta un cuadrado de chozas de bálago y barro construidas muy juntas, cuyas puertas daban a una especie de plaza. En el centro, se alzaba como un espantoso fetiche un cadalso de madera negra que había sido untado con aceite hasta conseguir que brillara débilmente a la luz del sol. Estaba situado de modo que ningún esclavo podía mirar hacia fuera desde su choza sin ver aquel negro espanto en el que podría terminar sus días. Era.

obra del capataz. Había frotado con sus propias manos la madera negra hasta sacarle brillo. Tenía la costumbre de quedarse mirándolo, con la cabeza ladeada, como contemplaría un artista la obra recién terminada.

El colono y el muchacho tomaron asiento. En la plaza se apiñaban los esclavos. Henry vio el cuerpo de un negro desnudo que se contorsionaba y debatía al extremo de una soga mientras los otros negros se movían hacia adelante y hacia atrás en el suelo y gemían; los esclavos blancos rechinaban los dientes y maldecían ásperamente para contener los gritos. Los caribes permanecían acuclillados sobre las nalgas y contemplaban la escena sin especial interés y sin temor, como podrían contemplar acuclillados el fuego en el que se hacía su comida.

Cuando todo acabó y la víctima negra quedó colgando flácidamente del cuello doblado, el colono bajó la vista y vio que Henry lloraba nervioso.

-Ya sé que la primera vez es malo -dijo amablemente-. Yo no pude dormir en mucho tiempo después. Pero luego, cuando has visto morir de la misma forma a cinco... diez... doce... llega un momento en que no sientes nada y no piensas en ello más que en un pollo aleteando con el pescuezo cortado.

Henry seguía respirando de un modo jadeante y entrecortado.

-Puedo mostrarte en la obra de Holmaron sobre las prácticas de la Inquisición una disertación en que habla exactamente de lo que sientes: "La primera vez que uno presencia el sufrimiento humano -dice-, resulta monstruoso, pues en la propia experiencia, lo habitual son las personas plácidas y sosegadas. Pero tras una serie de experiencias de este género, la contemplación de la tortura pasa a ser algo normal y los humanos normales llegan a complacerles en cuantías diversas". Recuérdame que te enseñe algún día el pasaje; aunque debo decir que a mí no ha llegado a complacerme el asunto.

En los meses que siguieron, ambos se sentaban al atardecer al fondo oscuro de la galería y James Flower vertía sus datos inconexos en los oídos del joven Henry Morgan. El muchacho escuchaba con avidez, pues el colono hablaba con frecuencia de guerras antiguas y de su desarrollo.

-¿Y todas estas cosas están en esos libros? -preguntó una noche Henry.

-Todas estas cosas... oh, y muchos miles más.

Pasado un tiempo, Henry le suplicó:

-¿Podría enseñarme las lenguas de esos libros, señor? Ha de haber cosas en ellos que me gustaría poder leer por mi cuenta.

James Flower se emocionó. Enseñando al joven las cosas que él había leído había llegado a estar más cerca que nunca de la satisfacción. Sentía afecto por el joven esclavo.

- ¡El latín y el griego! -gritó entusiasmado-. Te lo enseñare.

Y también hebreo, si quieres.

-Quiero leer los libros de guerra y de navegación -dijo el joven Henry-. Quiero leer sobre esas guerras antiguas de las que habla, señor, porque algún día seré bucanero y tomaré una ciudad española.

En los meses que siguieron, aprendió las lenguas con gran rapidez debido a su deseo de leer los libros. James Flower profundizó más que nunca en los textos, pues su nuevo papel de maestro era una experiencia que le resultaba grata.

Al cabo de un tiempo, diría:

-Henry, ¿querrás decirle al capataz que lleve la melaza a la playa? Ha venido un barco a comprarla.

Y más tarde:

-Henry, ¿sabes si tengo que hacer algo hoy?

-Pues mire, señor, ha venido una gran nave de Holanda. Y andamos muy escasos de hoces. Los caribes han robado casi todas las que teníamos para hacerse espadas. Cualquier día habrá problemas con los caribes, señor.

-Bueno, ¿querrás ocuparte de las hoces, Henry? No soporto la idea de tener que andar por ahí con este sol. Y que se castigue a los indios si roban cosas. Ocupate también de eso, ¿lo harás?

Henry fue haciéndose cargo poco a poco de la plantación.

Una noche, cuando ya llevaba un año allí, se ganó todo el respeto de James Flower; un respeto algo triste, aunque no por ello disminuyó su afecto.

-¿Ha pensado usted en esas guerras antiguas? -preguntó Henry-. He estado leyendo cosas de Alejandro y Jenofonte y César y de sus guerras. Y he llegado a pensar que el combate y la táctica (es decir, la táctica que tiene éxito) no son más que una trampa glorificada. La fuerza es necesaria, y las armas, por supuesto; pero quien gana realmente la guerra es el hombre que se sienta atrás, como el que hace trampas en las cartas y confunde al enemigo. ¿Ha pensado alguna vez en ello, señor? Cualquiera que pueda adivinar las intenciones de los generales normales, como puedo adivinar yo las de los esclavos, puede ganar las batallas. Ese hombre sólo tendría que evitar lo que se esperara de él. ¿Es ése el secreto de la táctica, señor?

-No lo había pensado -dijo James Flower, con un poco de envidia. Y volcó en Henry aquel temor respetuoso que sentía por las personas de ideas. Pero luego sintió una gran satisfacción al pensar que, después de todo, él mismo era el maestro que había despertado aquellas ideas.

A los dos años de haber llegado Henry, el capataz quedó liberado al cumplir su período de cautiverio. Y la libertad resultó una droga demasiado fuerte para su mente acostumbrada a un control exterior. Y se trastornó y le dominó una furia tal que gritaba por los caminos y atacaba a cuantos se cruzaban con él. Por la noche su manía se convirtió en algo espantoso, terrible. Estuvo revolcándose en el suelo bajo el cadalso, echando espumarajos sanguinolentos por la boca mientras los esclavos le contemplaban aterrados. Se levantó al fin con el pelo revuelto y una mirada relampagueante y enloquecida. Agarró una antorcha y huyó a los campos. Y Henry Morgan le mató de un tiro cuando llegaba a las apretadas hileras de caña.

-¿Quién conoce el trabajo tan bien como yo y en quién podría confiar usted más, señor? -le dijo el joven Henry a James Flower-. He aprendido cosas en los libros y con ellas y con mi vigilancia, la plantación podría ser cien veces más productiva.

Así se convirtió Henry en mucho más que capataz.

Quitó el cadalso de la plaza y, a partir de entonces las ejecuciones se hicieron en secreto y de noche. Lo cual no era bondad. Pues sabía, por simple razonamiento, que lo desconocido nunca puede convertirse en algo normal; que los castigos que no presenciaban podían resultar mucho más terroríficos a los otros esclavos que los que presenciaban a plena luz del día.

Henry había aprendido muchas cosas en el trato con los esclavos. Sabía que nunca debía permitirles adivinar lo que pensaba, pues entonces, de un modo inexplicable, ejercerían sobre él un poder del que le sería difícil librarse. Tenía que ser frío y distante y ofensivo con los que estaban por debajo de él. Estos, con escasas excepciones, tomarían el insulto como una prueba de su superioridad. Los hombres siempre creían que uno era lo que parecía y él podía parecer prácticamente cualquier cosa.

Si vestía espléndidamente, todos le suponían rico y poderoso y le trataban como tal. Si decía las cosas con mucha convicción, casi todos actuaban como si las dijera en serio. Y la lección más importante de todas: si era absolutamente honrado y daba cuentas ciertas en nueve operaciones consecutivas, la décima podía robar cuanto quisiera y a nadie se le ocurriría sospechar de él, siempre que hubiera conseguido que todos se fijaran bien en las nueve anteriores.

La caja que guardaba bajo su cama con monedas de oro (cada vez más) era prueba evidente de la validez de esta última lección. Y él seguía fielmente sus dictados. Jamás daba a ningún hombre la menor posibilidad de dominarle ni de que adivinara sus motivos y medios y aptitudes y defectos. Como la mayoría de los hombres no creían en sí mismos, tampoco creerían en otro al que consideraran igual que ellos.

Iba extrayendo todos estos principios de la propia vida, hasta que llegara a ser el jefe de la plantación, hasta que James Flower dependiera patéticamente de su consejo y sus ideas y hasta que los caribes y los negros y los delincuentes blancos le odiaran y le temieran, sin poder sin embargo hacer la menor mella en él... sin poder encontrar un punto de apoyo para herirle.

James Flower se sentía muy dichoso (nunca lo había sido tanto), pues este muchacho le había quitado de los hombros la carga de la plantación. Necesitaba no tener que pensar más en los problemas del cultivo de la tierra. Se sumergía cada vez más en sus libros. Y, ahora que se estaba haciendo viejo, leía los mismos libros una y otra vez, sin darse cuenta. A veces se sentía un poco irritado con la persona descuidada que había tomado notas en los márgenes y doblado las esquinas de las páginas.

Y Henry Morgan se había hecho con una gran plantación y un gran poder. Bajo su mando la tierra floreció y se multiplicó. Estaba consiguiendo que produjera cuatro veces más que antes. Los esclavos trabajaban delirantemente bajo el látigo, que les seguía a los campos; pero no había nada personal en el látigo. El antiguo capataz se regodeaba en el castigo, pero Henry Morgan no era cruel.

Era despiadado. Se limitaba a aprovechar al máximo las piezas de su factoría. Lo mismo que resultaba inconcebible ser amable con la pieza de un engranaje o de una máquina, a aquel muchacho le resultaba inconcebible mimar a los esclavos.

Henry iba arrancando dinero a la tierra y de aquel tesoro iba sumando una parte al tesoro que guardaba debajo de la cama: un poquito de la venta de la temporada, y una suma insignificante de la compra del nuevo ganado. No era robar, era sólo una especie de comisión por su éxito. El montoncito de monedas de oro iba creciendo y creciendo para cuando llegara el momento en que tuviera que partir para ser bucanero y tomar una ciudad española.

Henry había trabajado ya tres años y, aunque sólo tenía dieciocho, era fuerte y alto. Su negro cabello crespo parecía aún más ensortijado y su boca, debido al trato con los esclavos, más firme que nunca. Miraba a su alrededor y sabía que debía estar satisfecho, pero no había perdido la costumbre de

mirar más allá, por encima del borde del presente. Un anhelo torturante recorría sus horas de sueño y de vigilia como un fino hilo rojo. Tenía que volver a los barcos y a la mar. La mar era su madre y su amante y la diosa que podía mandar y hallarle preparado y dispuesto a servirla. Hasta su mismo nombre significaba en la antigua lengua britona "el que vive del mar". Sí, los barcos le llamaban ahora implacablemente.

Se le iba el corazón tras cada buque mercante que pasaba.

En la mansión había estudiado y considerado detenidamente todo lo que había en los libros sobre navegación; y había surcado las aguas próximas en la pequeña chalupa de la plantación. Pero aquello le parecía un juego de niños que no le preparaba para ser un marinero experto. Necesitaba aprender rápidamente, pues en el futuro inmediato tendría que irse para hacerse bucanero y tomar una ciudad española. Éste era el dorado objetivo de todos sus deseos.

Y así, una tarde:

-Tengo algo que decirle, señor.

James Flower alzó la vista del libro y recostó la cabeza en el sillón.

-Si tuviéramos un barco para transportar nuestros productos a Jamaica -prosiguió Henry-, nos ahorraríamos muchísimo en fletes. Los beneficios superarían muy pronto lo que nos gastáramos en el barco. Además, podríamos transportar la producción de las otras plantaciones cobrando menos que los buques mercantes.

-¿Pero dónde encontraríamos un barco así? -preguntó James Flower.

-Ahora mismo hay uno en el puerto, uno de dos mástiles y...

-Pues cómpralo entonces. Cómpralo y encárgate de él. Tú sabes más que yo de eso. Por cierto, aquí hay una conjetura interesante sobre los habitantes de la luna: "Pueden ser totalmente distintos a los seres humanos -leyó-. Podrían tener el cuello..."

-Serán setecientas libras, señor.

-¿El qué serán setecientas libras? Me parece que no prestas la misma atención que antes, Henry. Escucha este párrafo. Es instructivo y entretenido a la vez...

Henry carenó el barco y una vez rascado y pintado, lo bautizó con el nombre de Elizabeth y lo echó a la mar. Tenía lo que en el jinete se llama "mano", un cálido sentimiento de la personalidad de su embarcación. Tenía que aprender las normas de la navegación, por supuesto; pero incluso antes de eso, parte del espíritu de la embarcación penetró en su alma y parte de él mismo se fue con ella.

Era un amor inmutable, una forma de comprender la mar. Por el estremecimiento de la cubierta y el suave roce del timón sabía instintivamente hasta dónde podía llevar el barco con el viento. Era como el hombre que apoya la cabeza en el pecho de la amada y lee en su respiración el flujo de sus pasiones.

Podría haberse marchado ya de Barbados y dedicarse al saqueo en el sólido Elizabeth, pero no tenía ninguna necesidad. Su tesoro aún no era lo bastante cuantioso y él era demasiado joven; y además, sentía un cariño extraño y pudoroso hacia James Flower.

Henry se contentó con esto durante un tiempo. La pasión que sienten todos los hombres en grados diversos (algunos por el brillo de las cartas, otros por el vino, otros por el cuerpo de las mujeres) se satisfacía en el caso de Henry Morgan con el empuje y la inclinación de la cubierta y el crujir de las velas. El viento, que soplaba de Voy un cielo negro y espantoso, era para él una copa de vino, y un desafío y una caricia apasionada.

Partió hacia Jamaica con la cosecha y barloventeó por las islas.

Las ganancias de la plantación subieron y las monedas de la caja de Henry aumentaron considerablemente.

Pero pocos meses después, se apoderó de él un deseo torpe y torturante. Era el anhelo del niño, revigorizado e intenso. El Elizabeth había saciado su antiguo anhelo y había sembrado otro. Creía que era el saqueo lo que le atraía: los bellos objetos de seda y oro y la admiración de los hombres; su corazón ansiaba todo esto con más celo que nunca.

Henry acudió a las mujeres morenas y negras de las chozas de los esclavos, intentando apagar su apetito ya que no podía satisfacerlo; y ellas le aceptaban, medrosas y pasivas, deseosas de complacer. Esperaban recibir a cambio más alimentos y una jarra de ron.

Y él se iba siempre asqueado y sintiendo cierta lástima por su prostitución pobre e ilusionada.

Un día, encontró en el muelle de los esclavos de Port Royal a Paulette y la compró para que sirviera en la casa. Era menuda aunque bien formada; feroz y amable a la vez. Pobre esclava de sangres mezcladas; era española, caribe, negra y francesa. La herencia de esta mezclanza de ancestros era el

cabello como una catarata de agua negra, los ojos azules como la mar, rasgados como los de los orientales, y una piel doradísima. Poseía una belleza sensual y apasionada: movía los miembros como llamas doradas. Fruncía los labios como delgadas culebras serpeantes y los abría como flores rojas. Era una niña, aunque vieja en experiencia. Pese a ser cristiana, adoraba a los espíritus del bosque y entonaba cantos en honor de la Gran Culebra.

Henry la consideraba una máquina delicada hecha a la perfección para el placer, un artefacto sexual. Era como esas mujeres altas y frías de la noche que cabalgan con las alas del sueño (cuerpos sin alma), cuerpos de sueños apasionados. Le construyó una casita cubierta de enredaderas y hojas de plátano; allí jugaba Henry al amor.

Al principio, Paulette le estaba simplemente agradecida por permitirle llevar una vida de cómoda holganza, días tranquilos de escaso trabajo; pero después se enamoró febrilmente de él. Contemplaba su rostro como un terrier listo, esperando a saltar con violento placer a una palabra suya o aplastarse en el suelo servilmente a otra.

Se asustaba si veía a Henry serio o inquieto; se arrodillaba entonces ante la pequeña imagen de ébano de un dios de la selva y rezaba a la Virgen por el amor de él. A veces dejaba vasos de leche para el alado Jun-Jo-Bee, que concede la fidelidad de los hombres.

Luchaba con el arte tierno y apasionado de su mezcla de sangres por mantenerle seguro a su lado. Se frotaba el cuerpo con sándalo y mirra y su cabello emanaba un fragante aroma oriental.

Cuando él estaba melancólico, solía preguntarle:

-¿Quieres a Paulette? ¿Quieres a Paulette? ¿Quieres a Paulette?

-Pues claro, claro que quiero a Paulette. ¿Cómo podría un hombre ver a Paulette, mi pequeña y querida Paulette, cómo podría acariciar los labios de la dulce Paulette, y no amarla? -y los ojos de Henry se perdían en el mar allá lejos, escrutando incansables la curvada orilla.

-¿Pero seguro seguro que quieres a Paulette? Anda, besa los pequeños pechos de tu Paulette.

-Si, seguro que quiero a Paulette. ¡Vamos! ya los he besado y está hecho el hechizo. Ahora estate un rato callada. Escucha el coro de las ranas. Me pregunto qué habrá sobresaltado al viejo mono barbudo allá en el árbol; algún esclavo, quizá, que anda robando fruta -y sus ojos vagaban nerviosos hasta el mar.

A medida que avanzaba el año, de la tierra de su amor brotaron fuertes enredaderas de miedo asfixiante. Sabía que cuando la dejara, estaría mucho más que simplemente sola. La obligarían a arrodillarse en los sembrados y excavar con las manos alrededor de las plantas como las otras mujeres. Y luego, un día, la llevarían a la choza de un gran negro de músculos potentes que magullaría su pequeño cuerpo dorado en su presa brutal y la preñaría de un niño negro, un niño negro y vigoroso que pudiera trabajar y sudar al sol cuando creciera. Esto era lo que les pasaba a todas las demás esclavas de la isla. La parte de su mente que era muy vieja se estremecía ante semejante idea, y aquella misma parte vieja de su mente sabía muy bien que Henry la dejaría algún día.

Entonces, apareció en su mente infantil el medio de salir de su espanto. Si se casara con ella (parecía imposible, claro, pero cosas más extrañas habían ocurrido), sólo con que se casara con ella, ya no tendría nada que temer. Pues aquellos curiosos seres, las esposas, estaban, de alguna extraña forma, por algún designio divino, protegidas de las cosas molestas y repugnantes. ¡Oh!, ella las había visto en Port Royal, rodeadas de sus hombres para mantener alejado el contacto inmundo, respirando a través de telas perfumadas para apagar los olores repugnantes y, a veces, con bolitas de algodón en los oídos para librarlos de las maldiciones de las calles. Y Paulette lo sabía porque se lo habían contado, sabía que en sus casas se echaban en grandes lechos blandos y daban lánguidamente órdenes a sus esclavas.

Aquél era el bendito estado que se atrevía a desear. Y sabía que su cuerpo no bastaba. Fallaba a menudo en su débil potencia. Si satisfacía plenamente el amor de él, no volvería en un tiempo a su morada emparrada; y si se negaba a estimular su pasión, se marchaba hosco o se reía y la arrojaba bruscamente en el bajo camastro de palma. Tenía que encontrar alguna fuerza irresistible, algún medio poderoso para conseguir que se casara con ella.

Cuando Henry fue a llevar el cacao a Port Royal, ella estaba fuera de sí. Conocía su amor por el barco, su pasión por la mar, y sentía unos celos furiosos. Le imaginaba acariciando el timón con la amada caricia vigorosa de sus dedos de amante. ¡Oh!, sentía deseos de arañar y romper aquel timón que se lo robaba.

Tenía que conseguir que amara a Paulette más que a los barcos, más que a la mar, más que a cualquier otra cosa de este mundo, y que se casara con ella. Entonces podría pasearse altiva entre las

chozas y despreciar a las esclavas; entonces ya no tendría que pensar nunca en cavar la tierra ni en tener hijos negros vigorosos; vestiría de seda roja y llevaría una cadena de plata al cuello.

Hasta podría incluso hacerse la enferma alguna que otra vez y que le llevaran la comida a la cama. Ante esta idea, empezó a mover los dedos de los pies complacidísima y se puso a pensar en los insultos que le diría a una negra gorda de lengua maligna cuando se casara.

Aquella vieja gorda desgraciada la había llamado guarra en una reunión. Paulette le había arrancado puñados de pelo antes de que consiguieran sujetarla... pero ya vería, ya, aquella negra, ya vería ella algún día. Haría que la azotaran en la cruz.

Mientras Henry estaba fuera, llegó a la costa un buque mercante y Paulette fue a la playa a ver lo que traía y a ver bajar a tierra a los marineros curtidos por el sol. Y uno de ellos, un irlandés alto y corpulento, cargado de ron negro, la persiguió y la atrapó contra una pila de cajas. Fuerte y ágil, ella luchó por liberarse; pero él la sujetaba con fuerza, pese a estar tambaleante.

-He atrapado a un hada para que me remiende los zapatos -dijo riéndose, y la miró a la cara-. Efectivamente, es un hada.

Y entonces vio que era pequeña y muy hermosa y le habló en voz baja con ternura.

-Eres un hada preciosa... estos ojos míos no han visto jamás nada tan hermoso. Me pregunto si podría un cuerpecito flaco como el tuyo pensar un poco en un casco grande y feo como yo. Ven y cástate conmigo y tendrás todo cuanto pueda proporcionarte un marinero.

- ¡No! ¡No! -gritó ella. Y se deslizó bajo su brazo y escapó. El marinero se quedó sentado en la arena mirando estúpidamente al vacío.

-Fue un sueño -murmuraba-. Fue sólo un sueño del licor.

Esas cosas no le pasan a un marinero. No; para los marineros hay lindas brujas de ojos duros y penetrantes que dicen: "¡Venga!, el dinero primero, cariñito".

Pero ahora Paulette sabía ya cómo conseguir que Henry se casara con ella. Se las ingeniaría para emborracharle, le atraparía con vino, y tendría a un cura esperando cerca que acudiría a su queda llamada. Pues claro, cosas más extrañas habían ocurrido.

Le tendió la trampa cuando volvió del mar, la primera noche:

un gran jarro de piedra lleno de vino peruano y un sacerdote, sobornado con una moneda robada, que esperaba a la sombra de un árbol. Henry estaba muy cansado. Se había quedado escaso de hombres y él mismo había ayudado a manejar el barco. La pequeña choza emparrada era un lugar agradable y tranquilo para él.

La blanca luna llena lanzaba manchones plateados abajo en el mar y salpicaba la tierra de haces de luz púrpura. Una brisa suave cantaba dulcemente entre las palmas.

Ella trajo el vino y le sirvió una copa.

-¿Quieres a Paulette?

-Oh, sí, Dios es testigo de que la amo; querida, dulce Paulette.

Le sirvió otra copa e insistió:

-¿Estás seguro de que quieres a Paulette?

-Paulette es una pequeña estrella que cuelga en mi pecho de una cadena de plata.

Otra copa.

-¿No quieres a nadie más que a tu Paulette?

-Estaba deseando ver a Paulette; su imagen navegaba conmigo en el mar -le rodeó la pequeña cintura dorada y la estrechó con fuerza.

Otra y otra y otra; entonces, él la soltó y cerró los puños. La muchacha le vio hosco, extraño y frío. Le gritó, temerosa:

-¿Quieres a Paulette?

-Te hablaré de un tiempo lejano -dijo él entonces con aspereza-. Yo era un muchachito, un chico alegre, pequeño aún pero lo bastante mayor para amar. Había una chica... se llamaba Elizabeth, era hija de un rico hacendado. Ay, era hermosa como esta noche que nos rodea, serena y hermosa como aquella esbelta palmera bajo la luna. La amaba con ese amor que un hombre sólo puede sentir una vez. Hasta nuestros corazones parecían ir al unísono.

Cómo recuerdo nuestros audaces proyectos... ella y yo, allí sentados, de noche, en la ladera. Viviríamos en una gran casa y tendríamos hijos maravillosos que crecerían a nuestro alrededor. Tú no puedes comprender semejante amor, Paulette.

"¡En fin! No podía durar." Los dioses matan con celo la dicha.

Nada bueno puede durar. Una cuadrilla de marineros crueles que merodeaban por allí me raptaron... un chiquillo para venderlo como esclavo en las Indias. Fue muy amargo perder a Elizabeth, una amargura que no se olvida con los años -Henry lloraba quedamente.

Paulette estaba perpleja por el cambio que se había producido en él. Le acarició el cabello, y la frente, hasta que su respiración se hizo más sosegada. Y entonces, empezó de nuevo, con paciencia casi impotente, como el profesor que pregunta a un niño torpe:

-Pero... ¿quieres a Paulette?

Él se levantó de un salto y le lanzó una mirada furiosa.

-¿A ti? ¿Amarte a ti? Mira, tú eres un animalito, nada más. Un precioso animalito dorado, desde luego, pero una forma de carne..., sólo eso. ¿Puede alguien adorar a un dios sólo porque sea grande, o apreciar una tierra que no tiene más virtud que su amplitud, o amar a una mujer cuyo único reino es su carne? ¡Ay, Paulette! ¡Tú careces por completo de alma! Elizabeth tenía un alma alada y blanca. Te amo, sí, te quiero, con lo que tienes para ser amada, el cuerpo. Pero a Elizabeth... a Elizabeth la amaba con el alma.

Paulette estaba confusa.

-¿Qué es esa alma? -preguntó-. ¿Y cómo puedo conseguir una si no la tengo? ¿Dónde está esa alma tuya que nunca la he visto ni la he oído? Y si es algo que no puede verse, oírse ni tocarse, ¿cómo sabes tú que ella tenía una?

-¡Chist! -gritó él, furioso-. ¡Cállate o te taparé la boca y te haré azotar en la cruz! Hablas de cosas que no puedes comprender.

¿Qué puedes saber tú del amor que es algo que está fuera de tus juegos carnales?

X

La Navidad llegó a la zona tórrida del trópico; era la cuarta Navidad de la esclavitud de Henry. Y James Flower le entregó una cajita atada con cordel de color.

-Es un regalo de Navidad -le dijo; sus ojos chispeaban de gozo mientras Henry desataba el paquete.

Era una cajita de madera de teca y dentro, sobre la seda roja del forro, los fragmentos rotos de su esclavitud. Henry sacó los fragmentos de papel y se quedó mirándolos; luego se echó a reír inseguro y apoyó la cabeza en las manos.

-Ya no eres un sirviente sino mi hijo -le dijo el colono-.

Ahora eres mi hijo, al que he enseñado raros conocimientos... y te enseñaré más cosas, muchas más. Viviremos aquí siempre y conversaremos por las tardes.

Henry alzó la cabeza.

-Pero yo no puedo, no puedo quedarme. Tengo que marcharme para ser bucanero.

-Que... ¿que no puedes quedarte? Pero Henry, he planeado nuestra vida. Tú no puedes dejarme aquí solo.

-Señor -dijo Henry-, tengo que marcharme y hacerme bucanero. Ése ha sido el único objetivo de mi vida. Tengo que irme, señor.

-Pero Henry, querido Henry. Tendrás la mitad de mi plantación, y cuando yo muera todo será tuyo... sólo con quedarte conmigo.

-No puede ser, señor -gritó el joven Henry-. Tengo que irme y hacerme famoso. Yo no estoy hecho para ser colono. Señor, tengo en la cabeza planes que he ido perfeccionando a base de reflexión. Y no puedo permitir que nada me impida realizarlos.

James Flower se desplomó en su asiento.

-Esto estará muy solo sin ti. No tengo ni idea de lo que haré sin ti.

Henry recordó aquel día lejano en que Robert le había dicho exactamente las mismas palabras, mirando sonriente el fuego:

"Esto estará muy solo sin ti, hijo". Se preguntó si su madre seguiría sentada fríamente erguida y silenciosa. Seguramente ya lo habría superado. Las personas siempre se sobreponen a todo aquello que temen. Pensó luego en la pequeña Paulette, que se echaría a llorar aterrada en su choza cuando se lo dijera.

-Hay una joven sirvienta -dijo-, la pequeña Paulette, a la que yo he protegido. Señor, si alguna vez le he complacido, ¿haría esto por mí? Querría que se quedara siempre en la casa, que no la envíen nunca a los campos, ni la azoten, ni la emparejen con uno de los negros. ¿Lo hará por mí, señor?

-Claro que lo haré -repuso James Flower-. Ha sido muy agradable tenerte aquí, Henry... poder hablar contigo por las noches. ¿Qué voy a hacer ahora? Nadie puede ocupar tu lugar, pues has sido un hijo para mí. Esto estará muy solo sin ti, muchacho.

-Señor, me ha pagado con creces el trabajo que he hecho a su servicio con todos los conocimientos que vertió en mis oídos durante las largas veladas. Y yo también le echaré de menos, señor, más de lo que puedo explicarle. ¿Acaso no lo entiende? Tengo que hacerme bucanero y tomar una ciudad española, pues estoy seguro de que si un hombre planea bien y tiene bien en cuenta sus posibilidades y los hombres de los que dispone, podría llevarlo a buen término. He estudiado las guerras antiguas y tengo que conseguir fama y fortuna. Luego, cuando ya tenga la admiración de los hombres, tal vez vuelva aquí, señor, y nos sentaremos y volveremos a pasar las veladas conversando. ¿Recordará lo que le he pedido de Paulette?

-¿Quién es Paulette? -preguntó el hacendado.

-La sirvienta de quien le he hablado. No la deje con los esclavos, pues le tengo cariño.

-¡Ah, sí! ¡Ya me acuerdo! ¿Y adónde vas ahora, Henry?

-A Jamaica. Mi tío sir Edward es desde hace años vicegobernador de Port Royal. No le conozco... en fin, yo era esclavo y él es un caballero. Tengo una carta que me dio mi padre para él hace años. Tal vez me ayude a comprar un barco para mis saqueos.

-Yo te ayudaría a comprar el barco. Has sido muy bueno conmigo -dijo James Flower esperanzado.

Henry se sintió avergonzado al recordar la caja que tenía debajo de la cama, en la que resplandecía un montón de monedas de oro..., más de mil libras.

-No -dijo-, no; lo que me ha enseñado y el que haya sido un padre para mí han sido mayor recompensa que todo el oro del mundo.

Ahora que iba a marcharse, Henry se daba cuenta del cariño que sentía por aquel hombre triste y de cara rubicunda.

Vigorosos negros de piel brillante remaban en la canoa que se deslizaba hacia la embarcación anclada, un barco fletado por los Estados Generales holandeses para transportar esclavos negros de Guinea a las Indias. James Flower iba sentado en la popa muy silencioso y colorado. Cuando se acercaban ya al costado del barco, alzó la cabeza y dijo en tono suplicante a Henry:

-Quedan en los estantes libros que no has leído.

-Volveré un día y los leeré.

-Sé muchas más cosas que no te he contado, muchacho.

-Cuando consiga la admiración de los hombres, volveré y me las contare.

-¿Lo juras?

-Bueno... sí, lo juro.

-¿Y cuánto tardarás en conseguir lo que te propones, Henry?

-No lo sé, señor; un año... o diez... o veinte. Tengo que hacerme famoso -le contestó Henry, subiéndolo por el costado del barco.

-Me sentiré muy solo por las tardes, hijo.

-También yo, señor. ¡Cuidado! ¡Soltamos amarras! ¡Adiós, señor! ¿Se acordará de Paulette?

-Paulette... ¿Paulette?... Ah, sí; ya me acuerdo.

XI

Henry Morgan llegó a la ciudad inglesa de Port Royal, dejó su equipaje en la playa y fue a buscar a su tío.

-¿Sabe dónde puedo encontrar al vicegobernador? -preguntó en la calle.

-Mire, joven, su palacio es aquél; pero quién sabe si estará él o no estará.

Su palacio... era como un caballero británico convertido en funcionario lejos de la patria. Era como el hombre que había descrito Robert Morgan. Sus cartas estaban fechadas en el palacio del vicegobernador. Henry llegó al palacio, una casa baja y mugrienta de paredes de barro encalado y toscas tejas rojas. Guardaba la puerta un pintoresco alabardero que sujetaba su enorme arma inútil rígida ante sí, manteniendo una expresión de torturado decoro frente a un enjambre de moscas enemigas.

Bajó la alabarda, cortando el paso a Henry.

-Busco a sir Edward Morgan.

-¿Qué quieres de Su Excelencia?

-Bueno, verá, señor, es mi tío y quiero hablar con él.

El soldado frunció el entrecejo receloso; sujetó con más firmeza la alabarda. Henry recordó entonces las lecciones aprendidas en la plantación. Tal vez aquel individuo, pese a su casaca roja, no fuera más que una especie de esclavo.

-Aparta de mi camino, perro maldito -le gritó-. Quítate de en medio o haré que te cuelguen.

El hombre se encogió y casi se le cae el arma.

-Sí señor. Daré su recado, señor.

Tocó entonces un pequeño silbato de plata. Una sirvienta que vestía de encaje verde acudió a la puerta. El alabardero le dijo:

-Un joven caballero desea ver a Su Excelencia.

Le hicieron pasar a una pequeña estancia oscura, con cortinones pardos ribeteados en tono oro mate. Colgaban de las paredes retratos oscuros con marcos negros: dos soldados de caballería con sombreros de plumas, que sostenían las espadas horizontales, de suerte que parecían finos rabos tiesos, y una hermosa dama de cabello empolvado, con un traje de seda que le dejaba al descubierto los hombros y la mitad superior de los senos.

En algún lugar al otro lado de la puerta encortinada alguien tocaba despacio el arpa; se oía su leve tañido. La sirvienta tomó la carta de Henry y se fue.

Se sentía muy solo. Allí se respiraba una quisquillosidad fría, precisa. Hasta en los rostros de los retratos de las paredes se percibía un desdén cortés. El escudo de armas británico estaba bordado en las cortinas de la puerta, a un lado el león, que ocupaba la mitad del escudo, y el unicornio, que ocupaba la otra mitad, al otro lado.

Si se cerraban del todo las cortinas, el dibujo sería completo. En aquella estancia, Henry empezó a temer a su tío.

Pero olvidó todos estos pensamientos en cuanto apareció sir Edward. Era igual que su padre, tal como lo recordaba; y sin embargo no se parecía a su padre en absoluto. El viejo Robert jamás habría llevado aquel bigote igual que una pestaña, y por nada del mundo habría apretado Robert los labios hasta hacerlos tan finos como el bigote. Aunque ambos hubieran nacido iguales como gotas de agua, cada uno de ellos había creado una expresión propia.

Su padre le había dicho la verdad: aquel hombre era una réplica suya pero en presuntuoso; sir Edward era, sin embargo, como el actor que, aunque tenga que interpretar un papel ridículo, hace que parezca el papel correcto y todos los demás absurdos. La chaqueta morada con cuello y puños de encaje, el estoque largo, delgado como un lapicero, en la vaina de seda gris, las medias de seda gris y los zapatos grises con lazos le parecieron a Henry el máximo exponente de la elegancia y la corrección en el vestir. Su indumentaria, de buena calidad, resultaba andrajosa en comparación.

Su tío se quedó mirándole fijamente, esperando que hablara él primero.

-Soy Henry Morgan, señor... hijo de Robert -dijo con sencillez.

-Ya lo veo. Existe un parecido... una leve semejanza. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

-Bueno, señor, yo... no lo sé. Sólo he venido a visitarle y a informarle a usted de mi existencia.

-Muy amable por tu parte... sí... muy amable.

Resultaba difícil engranar una conversación en aquel terreno de cortesía casi burlesca. Henry preguntó:

-¿Ha tenido usted alguna noticia de mis padres en los largos cinco años que llevo ausente?

-¡Cinco años! ¿Pero qué has estado haciendo? Cuéntame.

-Fui siervo, señor. Pero ¿y mis padres?

-Tu madre ha muerto.

-Mi madre ha muerto -repitió Henry en un susurro. Se preguntaba si habría muerto al poco de su partida. No se sentía muy mal por ello, y sin embargo, la noticia le parecía algo tremendo, definitivo. Era el final de algo que jamás volvería a ser-. Mi madre ha muerto -murmuro-. ¿Y mi padre?

-Tengo entendido que tu padre hace cosas extrañas en su rosaleda. El hacendado Rhys me lo contó en una carta. Arranca las rosas y tira los pétalos al aire como un orate. El suelo está cubierto de pétalos y los vecinos le miran y se ríen de él. Claro que Robert nunca fue normal; la verdad es que nunca estuvo muy cuerdo; de lo contrario, habría llegado lejos con Jaime. Yo, en realidad, siempre creí que acabaría sufriendo una desgracia u otra. No respetaba nada digno de respeto. ¿Por qué tiene que hacer todo esto abiertamente, y dejar que la gente se burle de él? Deja en ridículo a sus...

bueno.., a sus parientes.

-¿Y cree usted que está realmente loco, tío?

-No lo sé -dijo sir Edward; y añadió, con una nota de impaciencia:- Sólo sé lo que me decía en su carta el hacendado Rhys.

Mi cargo no me deja tiempo para dedicarlo a vanas conjeturas... ni demasiado tiempo para la conversación ociosa -concluyó enfáticamente.

El tañido metódico del arpa había cesado y la cortina de la puerta se abrió; entró en la habitación una niña delgada. Era difícil verla bien en la semipenumbra de la estancia. Era evidente que no era hermosa sino más bien altivamente linda. Vestía en tonos suaves y tenía la cara pálida. Hasta su cabello era de un dorado frágil y pálido. Parecía, en suma, una débil y fatigada imitación de sir Edward.

Se sorprendió al ver a Henry; él creyó sentir cierto temor, igual que el que estaba empezando a inspirarle sir Edward. Ella le miró como si fuera algún tipo de alimento repugnante que sólo las más estrictas normas de cortesía le impedían echar a un lado.

-Tu primo Henry -dijo escuetamente sir Edward-; mi hija Elizabeth, huérfana de madre.

Luego, añadió nervioso, como si nada bueno pudiera resultar de esta relación:

-¿No es mejor que sigas practicando un poco más, cariño?

Ella hizo una reverencia a Henry y en el mismo tono de voz que su padre, le saludó:

-¿Cómo estás? Sí, señor. Creo que será mejor que siga practicando. Aunque es hermosa, esa última pieza es difícil.

Desapareció tras la cortina; volvió a oírse el lento y preciso tañido del arpa.

Henry se aferró a su propósito, aunque aquel hombre le daba miedo.

-Hay algo de lo que quisiera hablarle, señor. Deseo hacerme bucanero... hacerme a la mar, en un gran barco armado con cañones. Y cuando haya conseguido presas y me sigan muchos hombres, entonces, tomaré una ciudad española para saquearla y pedir rescate. Soy buen marinero. Creo que puedo navegar en cualquier mar; y planearé minuciosamente mi campaña. He leído muchísimo sobre las guerras antiguas. Me propongo convertir a los bucaneros en una fuerza única. En fin, formaré ejércitos y armadas de bucaneros, querido tío. Con el tiempo, mandaré toda la Hermandad Libre de la Costa, que será una fuerza armada que habrá que tener en cuenta.

"Lo he meditado todo durante los largos años de mi servidumbre. Algo muy fuerte en mi interior me grita que lo haga. Creo que el objetivo de todos mis sueños es lograr fama y fortuna. Conozco mi capacidad. Tengo veinte años; he pasado varios en la mar; y tengo mil libras. Haré rico al hombre que me ayude ahora, que será mi socio. Estoy seguro de que puedo conseguirlo, totalmente seguro.

"Le pido, señor, que añada a mis mil libras las suficientes para que pueda comprar un barco equipado, reunir en torno mío a los bravos espíritus libres y conseguir mi propósito. Si pone otras mil libras en mi mano, juro hacerle aún más rico de lo que es.

El sonido del arpa había cesado. Al principio del discurso de Henry, sir Edward había alzado la mano como para interrumpirle, pero no llegó a decir nada. Cuando el arpa calló, sir Edward miró incómodo hacia la puerta. Parecía que ahora volvía a centrar su atención en Henry.

-No tengo dinero para arriesgarlo en aventuras inciertas -dijo en tono cortante-. Y no dispongo de más tiempo para seguir hablando. El gobernador llegará de un momento a otro a consultar conmigo. Pero

te diré que me parece que eres un muchacho alocado e imprudente a quien es probable que sus aventuras lleven a la horca.

Eres como tu padre, sólo que lo suyo es un desvarío mental.

"Y tengo que informarte de que hay paz entre España e Inglaterra; no una gran amistad, eso es cierto, pero sí paz. Si te dedicas al saqueo, será mi obligación procurar que recibas tu castigo, por mucho que lo lamente. Los cabezas redondas ya no están en el poder y los desmanes que Cromwell pasaba por alto se vigilan muy de cerca ahora. Recuerda lo que te digo, pues no me gustaría tener que ahorcar a mi sobrino. Ahora, tengo que decirte adiós.

A Henry, se le llenaron los ojos de lágrimas de rabia.

-Gracias por la visita -añadió su tío-. Adiós.

Y, acto seguido, salió por la puerta encortinada.

Ya en la calle, Henry se alejó del palacio, malhumorado. Vio a su prima a escasa distancia, delante; la acompañaba un negro alto.

Caminó despacio, para quedarse atrás; pero la chica se rezagaba.

"Tal vez quiera hablar conmigo", pensó Henry entonces y apretó el paso para alcanzarla. Vio entonces incrédulo lo que la escasa luz de la habitación le había impedido advertir. Era sólo una niña, tendría unos catorce años, como mucho. Cuando la alcanzó, Elizabeth alzó la vista hacia él.

-¿Encuentras cosas interesantes que hacer aquí en las Indias?

-preguntó Henry.

-Todas las que cabría esperar -repuso ella-. Llevamos aquí mucho tiempo, ¿sabes?

Y, tocando el brazo del esclavo con el mango de su pequeño parasol, dobló hacia una bocacalle y dejó al joven Henry allí plantado, viéndola alejarse.

Estaba furioso con aquellos parientes engreídos que parecían rehuirle como si les repugnara. No le parecían estúpidos, porque le habían impresionado profundamente. Habían conseguido hacerle sentirse solo y desvalido y muy joven.

Las estrechas calles de Port Royal estaban cubiertas de una gruesa capa de inmundicia embarrada convertida en denso líquido por las carretas y los innumerables pies descalzos. Port Royal se parecía tanto a una ciudad como el palacio del vicegobernador a Whitehall. Las calles eran simples callejuelas con sucias casas de madera a los lados. Y todas las casas tenían una galería que daba a la calle; en ellas había gente sentada que miraba a Henry al pasar; no le miraban con interés, sino cansinamente, como contemplan los hombres enfermos las moscas que revolotean por el techo.

Una de las calles parecía habitada exclusivamente por mujeres (mujeres negras y blancas, y mujeres grises, que llevaban la fiebre escrita en las mejillas chupadas). Parecían sirenas sucias, asomadas a las galerías; le llamaban suavemente al pasar. Al ver que él no les prestaba atención, gritaban como loros furiosos y le insultaban y le escupían.

Llegó a una especie de taberna, cerca ya de la zona portuaria.

Se aglomeraba a la puerta un gran gentío. En medio de la calle había una gran barrica de vino abierta; y a su lado se pavoneaba un tipo enorme, borracho, con encajes estrafalarios y un sombrero emplumado. Repartía copas y cuencos y hasta sombreros llenos de vino a los hombres que se acercaban. De vez en cuando, pedía un brindis y un viva y su público le aclamaba.

El joven Henry procuró seguir de largo, con su desdicha.

-Eh, joven, ven a beber a mi salud.

-No quiero beber -repuso Henry.

-¿No quieres beber? -el individuo pareció un momento perplejo ante esta nueva situación. Luego recuperó el brío-. ¡Por Dios que beberás si el capitán Dawes que tomó el barco de suministros Sangre de Cristo hace hoy una semana te pide que lo hagas!

El individuo se acercó ceñudo a Henry; sacó de pronto una gran pistola del cinto y apuntó a Henry al pecho, vacilante.

El muchacho miró la pistola.

-Beberé a su salud -le dijo.

Mientras bebía, se le ocurrió una idea.

-Quiero hablarle a solas, capitán Dawes, señor -y tiró del capitán hacia la puerta de la taberna, diciéndole-: De su próximo viaje...

-Mi próximo viaje, ¡un cuerno! -gritó el capitán-. Acabo de hacer una buena presa, ¿no es cierto? Tengo dinero, ¿no es cierto? Entonces, ¿qué andas remugando tú de un próximo viaje?

Espera que gastemos el botín y que se curen las heridas. Espera que dejemos Port Royal sin gota de vino y ya hablaremos entonces del próximo viaje.

Se apresuró entonces a volver con la gente a la calle.

-¡Muchachos! -gritó-. ¡Muchachos, hace horas que no bebéis a mi salud. ¡Venga, gritemos juntos ahora y luego cantaremos!

Henry siguió su camino desesperado. Había muchos barcos anclados en el puerto. Se acercó a un marinero que estaba sentado en la arena.

-Ése de ahí es veloz -dijo, para entablar conversación.

-Sí, es bastante bueno.

-¿Hay algún bucanero famoso en esta ciudad? -preguntó Henry.

-Sólo un tal Dawes; pero no es más que un ratón voceras.

Toma una pequeña embarcación cargada de provisiones para Campeche, y por el alboroto que organiza cualquiera diría que se había traído a casa Panamá.

-¿No hay otros?

-Bueno, hay uno al que llaman Grippo, pero ése sólo hace presas que no van armadas. Ese Grippo tiene miedo hasta de su sombra. Sí, está en puerto sin presa, bebiendo ron negro a crédito, supongo.

-¿Cuál es su barco? -preguntó Henry.

-Mira, aquél de ahí. Se llama Ganymede. Dicen que Grippo lo robó en Saint Malo, cuando la tripulación estaba borracha. Él y otros nueve tiraron por la borda a aquellos pobres desgraciados y zarparon con el barco hacia las Indias. Sí, es una buena embarcación, pero Grippo no es buen marinero. Es raro que no lo haya destrozado ya. También está Mansveldt; ése sí que es un buen capitán... un auténtico capitán. Claro que está en Tortuga.

-Una buena nave muy marinera y rápida -comentó Henry-; aunque no le iría mal algo más de velamen. ¿Y qué tal está de cañones?

-Pues dicen que va demasiado armada.

Aquella noche, Henry encontró al bucanero bebiendo en un chamizo de la playa. Era un individuo casi negro. Le atravesaban ambas mejillas dos profundas arrugas como si le hubieran puesto un cordón de seda contra la piel hasta hacerlo desaparecer bajo ella. Sus ojos saltaban de un lado a otro como centinelas ante un campamento de pequeños temores.

-¿E res Grippo? -preguntó Henry.

-No he hecho ninguna presa -gritó el hombre-. Yo no hago presas. No tienes ninguna razón para acusarme.

Una vez, en Saint Malo, le habían abordado así y después le habían azotado en la cruz hasta que se le abrieron en el cuerpo cien bocas profundas cada una de las cuales reía sangre. Grippo temía desde entonces todo lo que le olía a autoridad.

-¿Quién eres? -pregunto.

-Creo que voy a hacer tu fortuna, Grippo -dijo Henry con decisión; sabía cómo tenía que manejar a aquel individuo, pues era una reproducción exacta de los muchos esclavos de la plantación (medroso, avaro quizá)-. ¿Qué harías con quinientas libras inglesas, Grippo?

El negro se lamió los labios y echó una mirada al vaso vacío que tenía delante.

-¿Qué tengo que hacer por ese dinero? -musitó.

-Venderme el mando del Ganymede.

Grippo se puso a la defensiva.

-El Ganymede vale mucho más -dijo con firmeza.

-Pero yo no quiero comprar el barco... sólo el mando. Mira, Grippo. Haré este pacto contigo: Te daré quinientas libras por la mitad de la propiedad del Ganymede y por el mando absoluto.

Luego, nos haremos a la mar. Creo que sé cómo conseguir botín si la tripulación me sigue. Te entregaré un documento con las condiciones. Si fallo en una sola empresa del Ganymede, recuperarás todo el barco y te quedarás además las quinientas libras.

Grippo seguía mirando su vaso vacío; pero de repente le invadió el entusiasmo.

-Dame el dinero. ¡Rápido!, dame el dinero -gritó. Y luego-: ¡Oloto! ¡Oloto!, tráeme vino..., vino blanco, por el amor de Cristo.

Había muchos nombres muy famosos en la costa de Darien y entre las verdes islas del Caribe cuando Henry Morgan se hizo bucanero.

En las tabernas de Tortuga corrían historias de mil fortunas hechas y gastadas, de buenos barcos tomados y hundidos, de oro y plata tirados como leña en los muelles.

La Hermandad Libre se había convertido en algo temible desde que Pierre Le Grand y su pequeña banda de cazadores salieron de los bosques de La Española y capturaron al vicealmirante de la flota de la plata con una canoa. Francia y Gran Bretaña y Holanda habían visto en aquellas islas un buen retiro para sus delincuentes y durante años habían descargado mercancía humana desechable en las Indias. Hubo en aquellas naciones un período durante el cual todo aquel que no pudiera dar buena y honrosa cuenta de sí mismo acababa metido por la fuerza en una nave que le llevaba como siervo de cualquier hombre que pagara por él una pequeña suma. Y cuando el tiempo de su servidumbre concluía, esta gente robaba armas y hacía la guerra a España. No es raro, pues España era rica y católica, mientras que hugonotes, luteranos y anglicanos eran unos pobres desarraigados. La suya era una guerra santa. España había acaparado los tesoros del mundo. Si unos pobres mendigos miserables podían conseguir una moneda por el ojo de la cerradura, ¿a quién perjudicaba eso? ¿A quién le importaba más que a España? Desde luego a Inglaterra y Francia y Holanda les preocupaba poco. A veces encomendaban a los piratas las operaciones contra Castilla y Aragón, y así podías encontrar a un individuo que años atrás había sido enviado en un buque prisión, ostentando tratamiento de "Capitán por la gracia del Rey".

Francia velaba por el bien de sus hijos díscolos, en realidad, pues había enviado mil doscientas mujeres a Tortuga para que fueran las esposas de los bucaneros. Todas las mil doscientas se dedicaron a un negocio más provechoso que el de esposas en cuanto desembarcaron; pero, claro, eso Francia no podía evitarlo.

Los bucaneros se llamaban así por los tiempos en que sólo eran cazadores de ganado. Existía una forma de ahumar la carne que se llamaba boucan, consistente en quemar trocitos de carne magra y grasa al fuego. Así quedaba más sabrosa que de la forma habitual.

De ahí recibieron su nombre estos piratas.

Pero al cabo de un tiempo, aquellos cazadores salieron de los bosques, primero en grupos pequeños, cautelosos; luego formaron bandas y después flotillas completas de ocho o diez barcos. Por último, miles de ellos se reunieron en Tortuga y desde aquella base segura acosaban los flancos de España.

Y España no podía acabar con ellos. Por cada diez bucaneros que colgaban, se unían cien a sus filas; así que fortificó sus ciudades y enviaba sus tesoros al mar con una escolta de buques de guerra llenos de soldados. Los numerosos barcos de las colonias españolas fueron barridos casi por completo del mar por los furiosos bucaneros. La flota de la plata salía hacia España sólo una vez al año.

Contaba la Hermandad con nombres famosos y proezas que hubieran hecho retorcerse de envidia a Henry Morgan, de no haber estado él tan seguro de eclipsarlos algún día a todos.

Estaba, por ejemplo, Bartolomé el Portugués, que hizo una gran presa y antes de poder escapar con ella fue capturado cerca de Campeche. Levantaron la horca para colgarle en la playa; podía ver cómo la colocaban desde la prisión del barco. Y la noche antes de su ejecución, apuñaló a su guardián y escapó a nado apoyado en un barril. Antes de que transcurrieran ocho días volvió con los piratas en una gran canoa y robó el mismo barco del puerto de Campeche. Lo perdió, claro, en una tormenta en las costas de Cuba; pero su historia se contaba con regocijo en las tabernas.

Roche Brasiliano era un holandés de cara moffetuda, a quien habían expulsado de joven de Brasil los portugueses; había tomado el nombre de aquella colonia. Curiosamente, no guardaba rencor a Portugal. Su odio se volcó en España. Era un buen capitán, amable, amado por sus hombres, siempre que no hubiera españoles cerca. Sus hombres le adoraban y sólo brindaban por él. Una vez, que su barco naufragó en Castilla de Oro mató a casi todos los soldados de la caballería española y utilizó sus monturas para huir. Si había españoles cerca, Roche se convertía en un animal furioso.

Contaban que una vez había asado a los prisioneros en espetones a fuego lento.

Cuando se retiraron del mar los barcos ricos, los bucaneros se dedicaron a tomar pueblos y luego ciudades fortificadas incluso.

Lewis Scot saqueó la ciudad de Campeche y la redujo a una negra pira humeante.

El Olonés procedía de los Sables d'Ollone y se convirtió rápidamente en el hombre más temido del océano occidental. Empezó con un auténtico odio a España y acabó con un profundo amor a la crueldad. Arrancaba la lengua a los prisioneros y los troceaba con la espada. Los españoles preferían enfrentarse al diablo en cualquiera de sus formas que a este bucanero. Todos los seres vivos abandonaban las poblaciones nada más oír su nombre. Contaban que cuando él llegaba, los ratones

huían a la selva. Tomó Maracaibo, y Nueva Gibraltar, y Santiago de León. En todas partes mató a los hombres por el puro placer de matar. Dominado por un ansia asesina, una vez mandó colocar atados en fila en el suelo a ochenta y siete prisioneros; luego, con una piedra de afilar en una mano y la espada en la otra, les fue cortando la cabeza.

Pero no le bastaba con matar a los españoles. Penetró en el bello país de Yucatán, cuyos habitantes vivían en ciudades de piedra en ruinas y donde las vírgenes iban coronadas de flores. Era un pueblo tranquilo el de Yucatán; su raza vivía una decadencia inexplicable.

Cuando se marchó El Olonés, las ciudades eran montones de piedras y ya no había coronas de flores.

Los indios de Darien eran distintos; eran temerarios, feroces e implacables. Los españoles les llamaban Bravos y juraban que eran indomables. Habían sido amigos de los piratas porque también ellos odiaban a España, pero El Olonés les robó y asesinó a los hombres de una tribu. Estos indios aguardaron muchos años para llevar a cabo su venganza; al final atraparon al Olonés cuando su barco naufragó en las costas de su país. Hicieron una hoguera y bailaron durante horas y luego quemaron el cuerpo del francés poco a poco, sólo un dedo y un trocito de carne de cada vez.

Un enjuto caballero francés entró una noche en una taberna de Tortuga y cuando le preguntaron cómo se llamaba, agarró un gran barril de ron y lo lanzó lejos de sí.

"Bras de Fer", dijo; nadie volvió a preguntarle. Nunca se supo si ocultaba su verdadero nombre por vergüenza, pena u odio; pronto se le conocería en toda la costa como un gran capitán, un capitán muy valiente.

Estos hombres pronunciaron frases que serían recordadas y repetidas.

"Si no hay presa no hay paga", había gritado "el Exterminador", y ahora todos lo repetían. Cuando el capitán Lawrence iba en un pequeño bote y fue asaltado por dos fragatas españolas, le dijo a sus hombres: "Tenéis demasiada experiencia para ignorar el peligro y demasiado valor para temerlo". Ésta fue una buena frase, que impulsó a sus seguidores a capturar las dos naves españolas y llevar a los hombres a Gonave.

Pero no todos los bucaneros eran crueles, ni siquiera violentos.

Algunos tenían una extraña vena piadosa. Por ejemplo, el capitán Watling se preocupaba mucho de que toda la tripulación asistiera, de pie y descubierta, al servicio religioso del domingo. Una vez Daniel disparó a un marinero por una irreverencia. Estos marineros rezaban en voz alta antes de la batalla y, si salían victoriosos la mitad de ellos corría a una catedral capturada para entonar el Te Deum, mientras la otra mitad se entregaba al saqueo.

Los capitanes de barcos mantenían la más estricta disciplina entre sus hombres, castigando con celeridad la insubordinación o cualquier otra mala acción que pudiera obstaculizar la victoria. No había entonces en el mar revueltas como las que tolerarían después Kidd y Barba Negra y Lafitte.

Pero en la historia de la Hermandad descollaba sobre todo un hombre. Hubo un holandés llamado Edward Mansveldt, famoso por su bravura y por su pericia militar; había tomado Granada y San Agustín en Florida, y la isla de Santa Catalina. Había recorrido con una gran flota las costas de Darien y Castilla del Oro, tomando todo aquello en que podía poner las manos. Pero tenía un sueño.

Quería formar una nación fuerte y estable con su chusma de zaparrastrosos; una nación fuerte y agresiva en América. Y fue cuajando su sueño a medida que se le unían más bucaneros. Consultó a los gobiernos de Francia e Inglaterra, que se sorprendieron y le prohibieron considerar siquiera semejante idea. ¿Una raza de piratas que no estarían sujetos a las horcas de las coronas? Se dedicarían a saquear el mundo entero. Tenía que olvidarlo.

Pero no lo olvidó; siguió haciendo planes. Establecería su gobierno en la isla de Santa Catalina. Dejó en la isla a un grupo de seguidores y partió en busca de reclutas para su nueva nación. Su barco naufragó cerca de la ciudad de La Habana y los españoles le ejecutaron en el garrote.

Estos eran los hombres que Henry Morgan se disponía a dirigir. Seguro de sí mismo, no veía obstáculos, siempre que planeara y considerara cuidadosamente las posibilidades. Estas historias y estos hombres estaban muy bien, pero fallaban en las acciones de envergadura. Eran descuidados y vanos. Podrían ayudarle algún día.

Cuando Henry Morgan se hizo a la mar en el Ganymede con el negro Grippo, Mansveldt vivía aún y Bras de Fer era un anciano.

Mientras Morgan pertrechaba el Ganymede para hacerse a la mar, reinaban en Port Royal la agitación y la curiosidad. En aquella bodega se cargaban extrañas provisiones y armas insólitas. Incitados por la tranquila seguridad de aquel joven, muchos marineros acudieron a enrolarse voluntarios.

El capitán encontró cinco artilleros de renombre en el puerto y los enroló. Una multitud de ociosos contempló desde la playa su partida cuando el Ganymede largó las velas y salió deslizándose despacio del puerto.

Navegaron hasta la costa de Darien buscando presas, pero no se avistaba ni una embarcación española. Una mañana, cerca del puerto de Cartagena, avistaron el alto casco rojo de un buque mercante. El capitán Morgan ocultó a sus hombres. No permitió que se dejara ver ni un alma. Hasta el timonel hacía su trabajo en una cámara diminuta, mientras un falso timón oscilaba inútil en cubierta.

Arribaron así al barco español; la tripulación española estaba asombrada. Allí llegaba un barco sin tripulación que lo mandara.

Aquello olía a brujería o a una de aquellas tragedias anónimas de la mar de que hablaban los marineros. Quizá una peste hubiera acabado con toda la tripulación y pudieran tomar el barco y venderlo.

Pero cuando estaban cerca, tres cañones ocultos arrojaron fuego; disparaban sólo a un punto, y cuando dieron en el blanco, el timón de la nave española saltó hecho astillas y la nave se balanceó sin control. Entonces, el capitán Morgan, desde la popa, fuera del alcance de la batería española, disparó contra el casco hasta que la bandera cayó revoloteando. Fue el primer fruto de su cuidadosa estrategia.

Unos días después avistaron otra embarcación y avanzaron de costado para abordarla. La tripulación española se amontonó en las bordas para repeler el ataque. E inmediatamente el aire se llenó de vasijas de barro con pólvora que aterrizaban en el compacto grupo de españoles y explotaban. Los españoles corrieron gritando a refugiarse en la bodega para escapar de aquella muerte relampagueante.

Cuando Henry Morgan llegó finalmente a Tortuga, contaba en su haber con cuatro presas y no había perdido ni un hombre. Había sido tan fácil como esperaba. Aquellas cuatro presas eran cuatro monumentos a su estrategia. Sólo había que hacer lo inesperado, con rapidez. Éste era el secreto de la victoria bélica.

Mansveldt estaba en Tortuga cuando llegó Morgan; sus ojos diminutos relumbraron al contemplar el botín. Mandó llamar en seguida a aquel nuevo caudillo.

-¿Eres el capitán Morgan que tomó cuatro presas en la bahía?

-Sí señor, yo soy.

-¿Y cómo lo conseguiste? Los barcos españoles están muy bien armados y son muy cautelosos.

-Lo conseguí, señor, a base de estrategia. He pasado muchas noches considerando cómo hacer estas cosas. Actúo contando con la sorpresa, señor, mientras otros emplean sólo la fuerza.

Mansveldt le contempló con admiración.

-Estoy preparando una expedición para tomar la isla de Santa Catalina -le dijo-. Después voy a formar una república de bucaneros que combatirán por patriotismo. ¿Te gustaría ser vicealmirante de esta expedición? Tengo cierta fama de saber elegir a los hombres.

El nombre de Mansveldt era muy importante en los mares y.

Henry se sonrojó satisfecho.

-Me gustaría, señor -se apresuró a decir.

La flota zarpó al fin; el capitán Morgan era vicealmirante. Fue un buen ataque. Las naves lanzaron sus hordas zarrapastrosas y la carnicería se extendió por las murallas. La isla no pudo resistir la fiereza del ataque y la fortaleza cayó al fin. Luego el almirante holandés dispuso su gobierno y dejó a Henry Morgan al mando mientras él partía a reclutar voluntarios. Tanto él como su nave desaparecieron y no volvió a saberse más de ellos. Se decía que los españoles le habían dado muerte en Cuba.

El capitán Morgan era ahora el jefe supremo del mar Caribe.

Los barcos abandonaban sus rutas para unirse a sus flotas, para navegar a sus órdenes y luchar con él y compartir sus victorias. Atacó Puerto Bello y saqueó la ciudad. Incendiaron las casas y saquearon a sus desvalidos habitantes. Cuando las naves del capitán Morgan se fueron, la selva estaba ya invadiendo las ruinas.

Navegó durante diez años por el océano, entre las islas y a lo largo de las verdes costas de la América tropical; fue el más famoso de todos los bucaneros. Los piratas del mundo acudían en tropel atraídos por su fama. La gente le aclamaba en Tortuga y en Gonave. Eran incontables los hombres que se ofrecían voluntarios en cada expedición. Toda la Hermandad esperaba que el capitán Morgan abriera un barril de licor en la calle y celebrara ruidosamente sus victorias. Jamás lo hizo. Paseaba muy tranquilo, frío y distante, vestido con una chaqueta morada, medias de seda gris y zapatos grises con lazos. Llevaba al cinto un largo estoque, no más grueso que un lapicero, en una vaina de seda gris.

Al principio, los marineros procuraban establecer relaciones de camaradería con él. Pero Henry Morgan les rechazaba con glaciales insultos. No había olvidado las lecciones aprendidas en el trato con los esclavos. No intentaba comprar su popularidad y toda la Hermandad Libre le rendía tributo, y todos ponían su vida y su suerte al servicio de su triunfo.

XII

Diez años de lucha, saqueo e incendios; ya tenía treinta. Su pelo entrecano parecía aún más rizado. Henry Morgan tenía éxito, era el filibustero más afortunado que había conocido el mundo y los hombres de su profesión le rendían la admiración que él tanto había deseado. Sus enemigos (y todos los hombres de España que tenían dinero eran enemigos suyos) temblaban ante la sola mención de su nombre. Le temían tanto como habían temido a Drake y al Olonés.

Había partido con Grippo en el Ganymede seguro de que cuando sus cañones rugieran en un casco español, cuando entablara combate en una cubierta española con gritos y choques de armas de hierro a su alrededor, alcanzaría al fin la dicha que su corazón había ansiado. Había pasado por todo aquello y ni siquiera se sentía satisfecho. Aquel anhelo crecía en él y le atenazaba el corazón con sus garras. Había creído que la adulación de la Hermandad cicatrizaría la herida de su deseo; que cuando los piratas vieran los resultados de sus planes y se maravillaran con ellos, él se sentiría complacido y halagado. Y así fue. Los hombres le lisonjaban con razones sobradas y él descubrió que les despreciaba por ello y les consideraba unos necios por complacerse en cosas tan simples.

Henry se había vuelto solitario en su gloria. El viejo Merlín había dicho la verdad hacía ya tanto, pues el capitán Morgan había conseguido triunfar y estaba solo, no tenía ningún amigo. No podía confiar a nadie sus ansias. Todos sus temores y pesares y vanidades, sus fracasos y pequeñas debilidades, tenían que permanecer ocultos. Aquellos hombres, sus seguidores, le seguían por su éxito; y le abandonarían al menor signo de debilidad.

Mientras Henry Morgan estaba consagrado a hacer presas, un leve rumor había ido filtrándose por el istmo, flotando entre las islas y llegando furtivamente a los barcos. Los hombres oían los susurros y prestaban atención.

-Hay una mujer en Panamá preciosa como el sol. La llaman la Santa Roja de Panamá. Todos los hombres la adoran.

Éste era el rumor. Y siguió propagándose hasta que los hombres brindaban ya en las tabernas por la Santa Roja. Los marineros jóvenes hablaban en susurros de ella en la guardia.

-Hay una mujer en la Taza de Oro ante la que se arrodillan todos los hombres como los paganos ante el sol.

Se hablaba de ella con voz queda en las calles de Gonave. Nadie la había visto. Nadie podía decir cuál era el color de su tez ni el de su cabello. Sin embargo, en pocos años, todos los hombres del ancho y bravío mar español habían brindado por la Santa Roja, habían soñado con ella; muchos rezaban a la Santa Roja. Todos los hombres suspiraban por ella; encarnaba la imagen de alguna bella joven abandonada en una playa europea, idealizada por los años. Y Panamá era para todos los hombres el nido de este anhelo. Era curioso. Llegó el momento en que no había conversación entre un grupo de hombres que no terminara sin mencionar a la Santa Roja.

Se había convertido en un extraño delirio para los rudos piratas, en una nueva virgen de su culto. Muchos decían que era Maria que había vuelto a la tierra, y pronunciaban su nombre en las oraciones.

Cuando el capitán Morgan tomó Puerto Bello, el gobernador de Panamá se quedó asombrado y maravillado de que aquella banda harapienta de hombres mal organizados y sin uniformes hubiera conquistado una ciudad como aquella. Envío un mensajero a pedir una pequeña muestra de las armas que lo habían hecho posible. El capitán Morgan llevó al mensajero a un cuartito que se había salvado del incendio general.

-¿Conoces a la mujer a quien llaman La Santa Roja de Panamá? -le preguntó.
-No la he visto, capitán; pero he oído hablar de ella. Los jóvenes sólo ponen en su adoración por delante de ella a la santísima virgen. Y dicen que es hermosa como el sol.
-¿Cómo se llama, además de Santa Roja?
-No lo sé. Sólo he oído decir que es hermosa como el sol. En Panamá dicen que es de Córdoba y que ha vivido en París. Cuentan que es de familia noble. Y dicen que monta caballos grandes, a horcajadas, en una pradera cercada por un grueso seto. Y que en su mano el estoque cobra vida, que no hay hombre tan diestro como ella en la esgrima. Hace estas cosas en secreto por que nadie vea el crimen contra su recato.
-¡Vaya! -dijo el capitán Morgan-. Si es tan hermosa, ¿para qué necesita el recato? Es sólo un parche de la belleza que se pone cuando hay visitas..., un detalle cautivador. Me gustaría verla montar. -Y no sabes nada más de ella?
-Sólo lo que cuentan en las tabernas, señor... que ha robado fieles adoradores a los santos benditos.
El capitán Morgan ensoñó largamente en su butaca mientras el mensajero aguardaba en silencio. Por último, movió la cabeza como para sacudirse los pensamientos empalagosos. Sacó del cinto una pistola y se la entregó al mensajero.
-Llévale esto a don Juan Pérez de Guzmán y dile que es una muestra de las armas que utilizamos en el asalto a Puerto Bello.
Pero dile que mis otras armas son los corazones valerosos de mis seguidores. De éstas no le mando ninguna muestra, pues ya se las llevaré en gran número. Dile que guarde la pistola un año, que yo mismo iré entonces a Panamá a recibirla de sus propias manos.
-Has comprendido?
-Sí, señor.
El mensajero regresó a los pocos días con la pistola y un anillo con una gran esmeralda.
-Mi amo le suplica que acepte esta piedra preciosa como prueba de su consideración. Le suplica que no se tome la molestia de ir a Panamá, pues en tal caso, se vería obligado a poner el deber por encima de la admiración y tendría que colgarle de un árbol.
-Es un buen mensaje -dijo el capitán-; un mensaje bueno y valeroso. Me gustaría conocer a don Juan, aunque fuera sólo para batirnos. Hace mucho que nadie me desafía. ¿Sabes algo más de la Santa Rola?
-Sólo lo que cuentan por las calles, señor. Indagué mucho para poder informarle, señor. Me contaron que siempre lleva el rostro cubierto con un velo para que nadie la vea. Dicen algunos que lo hace para que los infelices que la ven no se maten por amor.
Eso es todo lo que me contaron. ¿He de llevar algún nuevo mensaje, capitán?
-Repite solamente que iré a Panamá dentro de un año.

XIII

Su voluntad había sido siempre como una veleta de hierro, señalando constantemente, siempre, pero no mucho tiempo en la misma dirección. Las Indias, la mar, el pillaje, la gloria, todo, parecía haberle fallado. Lo había probado todo y parecía que palideciera y se marchitara a su contacto. Y estaba solo. Sus hombres le miraban con respeto y con un hosco temor. El temor que les inspiraba ya no alimentaba su vanidad como en otros tiempos.

Se preguntaba si podría encontrar un amigo entre sus seguidores, pero había habitado solo tanto tiempo en la fortaleza de si mismo que la idea le llenaba de una extraña turbación infantil.

¿Quién, entre sus seguidores, podría ser su amigo? Pensó en ellos, recordando sus ceños hoscos, sus ojos chispeantes y ávidos a la hora del reparto del botín. Sólo le inspiraban desprecio.

Pero se había fijado en uno especial, un joven francés que se llamaba Coeur de Gris. Le había visto en acción, saltando por cubierta como un animal ágil mientras su estoque chasqueaba en ágiles lenguas de fuego plateado. Despreciaba el sable, prefería aquella hoja larga y fina. Y cumplía las órdenes con una sonrisa para el capitán Morgan. En su mirada había respeto, ciertamente, y ningún temor, ni envidia, ni recelo.

"Me pregunto si este Coeur de Gris podría ser mi amigo -meditó Henry Morgan-. Cuentan que ha dejado un rastro de corazones rotos desde Cuba a Saint Kit's y le temo un poco por eso, en cierto modo."

-El capitán Morgan mandó llamar al joven. Cuando lo tuvo delante le resultaba difícil hablar con él.

-Bueno, ¿cómo estás, Coeur de Gris?

Cualquier muestra de afabilidad por parte de su capitán confundía al joven.

-Estoy muy bien, señor. ¿Tiene usted órdenes para mí?

-¿Órdenes? No, yo... pensé que me agradaría charlar contigo... eso es todo.

-¿Charlar conmigo, señor? ¿Pero charlar de qué?

-Bien... ¿qué tal esos pequeños amores que es fama que tienes? -preguntó el capitán, en una torpe tentativa de jovialidad.

-La fama es más amable conmigo que la naturaleza, señor, -contestó el joven.

El capitán Morgan fue directamente a su objetivo.

-Escúchame, Coeur de Gris. ¿No se te ha ocurrido que puedo necesitar un amigo? ¿No me consideras un hombre solitario?

Piensa cómo me temen mis seguidores. Acuden a mí para recibir órdenes, pero nunca para pasar un rato tranquilo. Sé que es culpa mía yo hice que las cosas sean así. Tuve que hacerlo, pues, para exigir obediencia antes tenía que imponer respeto. Pero algunas veces me gustaría explicar lo que pienso y hablar de algo más que de la lucha y el saqueo. Durante diez años he recorrido los mares como un lobo silencioso y no tengo ni un amigo.

"Te he elegido a ti para que seamos amigos; primero, porque me agradas y segundo, porque no posees nada en el mundo que puedas pensar que quiero robarte. Así que puedo agradarte sin que me temas. Es extraño el recelo que provocho en mis hombres.

He rendido cuentas precisas en cada viaje; pero si les hablara como a amigos se devanarían los sesos para descubrir lo que maquino.

-¿Qué me dices, Coeur de Gris, serás mi amigo?

-Oh, claro, sí, capitán. Si hubiera sabido que pensaba usted así, lo habría sido hace ya mucho. ¿Cómo debo servirle, señor?

-Pues simplemente hablando conmigo de vez en cuando y teniéndome confianza. Únicamente mi soledad me lleva a pedírtelo.

Pero tú hablas y actúas como un caballero, Coeur de Gris. ¿Puedo preguntarte por tu familia? ¿O te cubres con ese nombre como una capa, como tantos hombres en este mar?

-Nada más fácil que hablarle de mi familia, capitán. Dicen que mi padre fue el gran Bras de Fer y nadie supo nunca quién era.

La gente me puso este nombre por el suyo. Mi madre es una de las mujeres libres de Gonave. Tenía dieciséis años cuando nací yo.

Pertenecía a una familia de hugonotes muy antigua. Todas sus propiedades quedaron destruidas en la matanza de San Bartolomé.

Por eso, cuando mi madre nació la familia estaba en la ruina. Y un día, la guardia la cogió en las calles de París y la envió a Gonave en un buque cargado de mujeres vagabundas. Bras de Fer la conoció poco después.

-Pero dices que es una mujer libre -dijo Henry Morgan, escandalizado por la aparente desvergüenza del joven-. Sin duda ha abandonado esa... esa práctica, ahora que tú has triunfado en la mar. Llevas a casa más que suficiente para los dos.

-Ya lo sé, pero no lo ha dejado. Yo no lo menciono; ¿por qué debo meterme yo en lo que ella considera un trabajo serio? Está orgullosa de su posición, orgullosa de que sus clientes sean las mejores personas del puerto. Y le complace que, pese a tener casi cuarenta, las jovencitas inmaduras que llegan todos los años no sean rivales para ella. ¿Porqué he de alterar yo el plácido discurrir de sus costumbres, aunque pueda? No, es una mujer hermosa y adorable y ha sido una buena madre para mí. Su único defecto son sus muchos escrúpulos. Me riñe cuando estoy en casa y llora cuando me marchó. Tiene un miedo espantoso a que encuentre una mujer que me haga daño.

-Eso es extraño, ¿verdad?.., teniendo en cuenta su vida -dijo Henry Morgan.

-¿Por qué es extraño? ¿Acaso han de tener una mentalidad distinta en esa antigua profesión?

No, señor. Le aseguro que su vida es intachable: reza tres veces al día, y no hay casa más linda que la suya en todo Gonave. Verá, capitán, la última vez que estuve allí, le llevé un pañuelo que me tocó en el reparto del botín, un objeto precioso de gasa y oro. Pues no lo quiso. Pertenece al cuello de alguna mujer que depositaba su fe en la iglesia católica, dijo, y no sería honrado que una hugonote lo llevara. ¡Ay! se preocupa tanto por mí cuando salgo a la mar. Le espanta pensar que puedan herirme, pero teme mucho más que mi alma se corrompa. Y eso es todo lo que sé de mi familia, capitán.

El capitán Morgan se acercó a un aparador y sacó unas extrañas jarritas con vino de Perú. Tenían dos cuellos y cuando el vino salía por uno, el otro emitía un agradable sonido silbante.

-Las cogí de un barco español -dijo-. ¿Beberás conmigo, Coeur de Gris?

-Será un gran honor, capitán.

Estuvieron un buen rato sentados, bebiendo vino a sorbos; luego, el capitán Morgan habló como en sueños:

-Supongo, Coeur de Gris, que algún día te encontrarás con la Santa Roja y que entonces tendremos a las abejas de Panamá zumbando a nuestro alrededor. No tengo la menor duda de que está tan celosamente guardada como Helena. Habrás oído hablar de la Santa Roja, ¿no?

El vino hacía brillar los ojos del joven.

-¿Que si he oído hablar de ella? -dijo suavemente-. Señor, he soñado con ella y la he llamado en sueños. ¿Y quién no lo ha hecho? Quién, en todo este rincón del mundo no ha oído hablar de ella y sin embargo, ¿quién sabe ni una sola palabra de ella? Es tan extraño, la magia del nombre de esta mujer. ¡La Santa Roja! Conjura el deseo en el corazón de todos los hombres... no un deseo activo, posible, sino un deseo del estilo de "si yo fuera guapo, si yo fuera príncipe", de ese tipo. Los jóvenes hacen planes disparatados, algunos de ir a Panamá disfrazados, otros de hacerla estallar con grandes cantidades de pólvora. Sueñan despiertos con llevarse consigo a la Santa Roja. Oí a un marinero destrozado por la enfermedad murmurar para si en la noche: "Si no tuviera esto, lucharía por la Santa Roja".

"Mi madre anda siempre preocupada allá en Gonave, temiendo pueda volverme loco e ir a buscarla. Está aterrada con esa extraña mujer. "No te acerques a ella, hijo mío", me dice: "Es una mujer malvada; es un diablo; y además, seguro que es católica". Y, que yo sepa, nadie la ha visto nunca. Ni siquiera sabemos con seguridad que exista una mujer así en la Taza de Oro. Y ha llenado el mar de sueños. Sueños anhelantes. He estado pensando, capitán, que quizá, alguna vez, la Taza de Oro siga el mismo camino que la ciudad de Troya por su culpa.

Henry Morgan había estado llenando las copas una y otra vez.

Se retrepó en su asiento; una leve sonrisa torva se dibujaba en su rostro.

-Sí-dijo, con voz bastante turbia-, es un peligro para la paz de las naciones y para la paz mental de los hombres. El asunto es completamente ridículo, claro. Seguro que es una bruja gruñona y que su belleza es una leyenda. ¿Pero cómo empezaría una leyenda así? A tu salud, Coeur de Gris. ¿Serás un buen amigo, y sincero?

-Lo seré, mi capitán.

Siguieron sentados en silencio, saboreando aquel vino exquisito.

-Pero las mujeres traen consigo mucho sufrimiento -empezó de nuevo Henry Morgan como si acabara de hablar-. Parece que llevarán consigo el dolor en un paquete agujereado. Has amado a muchas mujeres, según dicen, Coeur de Gris ,¿No has sentido el dolor que causan?

-No, señor, me parece que no. Claro que me he visto asediado por pesares y pequeñas penas... le pasa a todo el mundo; pero en general sólo he hallado placer entre las mujeres.

-Oh, eres afortunado -dijo el capitán-. Tienes mucha suerte por no haber conocido el dolor. Mi propia vida se vio envenenada por el amor. El amor perdido me arrastró a llevar la vida que llevo.

-Vaya, ¿y cómo fue, capitán? No imaginaba que usted...

-Ya lo sé; sé que debo haber cambiado mucho para que incluso tú te rías un poco al imaginarme enamorado. Ahora no merecería el amor de la hija de un conde.

-¿La hija de un conde, señor?

-Sí, Coeur de Gris, la hija de un conde. Nuestro amor era demasiado perfecto, demasiado apasionado. Una noche, estuvimos juntos en una rosalada y la tuve en mis brazos hasta que empezó a clarear. Pensé huir con ella a algún país nuevo y hermoso; arrojar su título al mar, dejarlo todo atrás. Podría estar viviendo ahora en Virginia, mi escabel lleno de pequeños juguetes...

-Qué lástima, señor -Coeur de Gris estaba realmente apenado.

-En fin; se lo dijeron a su padre y una noche oscura, me ataron los brazos a la espalda y la arrancaron de mi lado... ¡Ay, mi querida Elizabeth! Atado todavía, me metieron en un barco y me vendieron en Barbados. ¿Comprendes ahora la amargura que tortura mi corazón, Coeur de Gris? Durante estos años, su rostro me ha seguido a todas partes. Su padre era un señor muy poderoso; no sé cómo, pero creo que tendría que haber hecho algo.

-¿Y nunca volvió a buscarla, cuando acabó su servidumbre?

Henry Morgan bajó la vista.

-No, amigo mio... nunca lo hice.

XIV

La leyenda de la Santa Roja crecía en su mente como una pujante enredadera; Henry Morgan escuchaba la voz que llegaba del oeste, una voz persuasiva y burlona, irónica y confortante. Olvidó la mar y sus naves ociosas. Tras el largo período de inactividad, los bucaneros estaban sin un céntimo. Permanecían echados en las cubiertas, maldiciendo a su capitán por ser un estúpido soñador. Y él luchaba violentamente contra las redes envolventes de su sueño y discutía con la voz.

"Que Dios maldiga a la Santa Roja por sembrar la locura en el mundo. Ha hecho que los asesinos aúllen a la luna como perros enamorados. Me está volviendo loco con este vano deseo. Tengo que hacer algo, lo que sea, para aplacar la insistente obsesión por esta mujer a la que nunca he visto. Tengo que destruir su fantasma.

Oh, es estúpido soñar con tomar la Taza de Oro. Cualquiera diría que mi deseo es la muerte." Y recordó aquel anhelo que le había arrancado de Cambria, y que veía ahora multiplicado y reforzado. Sus pensamientos le impedían dormir. Cuando tras el agotamiento llegaba la apatía, aparecía también la Santa Roja.

-Tomaré Maracaibo -gritó desesperado-. Ahogaré este anhelo en un cuenco de horror. Saquearé Maracaibo, lo arrasaré y lo dejaré sangrando en la arena.

(Hay una mujer en la Taza de Oro a quien adoran por su belleza indescriptible.)

¡Nos reuniremos en la Isla de la Vaca! ¡Convocad a los leales de todos los rincones de la mar! ¡Nos haremos ricos!

Sus naves zarparon hacia la bahía de Maracaibo; la ciudad se defendió frenética.

-¡Entrad en este puerto estrecho! ¡Si, bajo la artillería!

Las balas de cañón resonaban en el aire y arrancaban nubes de polvo de los muros, pero la defensa se mantenía firme.

-¿No se rinde? ¡Pues tomadla al asalto!

Las ollas de pólvora volaban sobre las murallas, destrozando y mutilando a los defensores al explotar.

-¿Quiénes son estos lobos? -gritaban-. ¡Ah, hermanos!

¡Hay que luchar hasta la muerte! No pediremos clemencia, hermanos. Si caemos, nuestra querida ciudad...

Se lanzaron las escalas y una oleada de hombres vociferantes invadió las murallas.

- ¡Que San Lorenzo nos proteja y nos salve! Estos no son hombres sino diablos. ¡Escuchadme! ¡Escuchadme! ¡Tregua! Oh, Jesús, ¿dónde estás ahora?

-¡Destruid las murallas! ¡Que no quede piedra sobre piedra!

(Hay una mujer en la Taza de Oro preciosa como el sol.)

-¡Que no haya cuartel! ¡Matad a esas ratas españolas! ¡Matadlos a todos!

Y Maracaibo yacía suplicante a sus pies. Arrancaron las puertas de las casas y vaciaron las viviendas de todo objeto transportable. Encerraron a todas las mujeres en una iglesia. Llevaron a los prisioneros ante Henry Morgan.

-Este anciano, capitán. Estamos seguros de que tiene riquezas y que las ha escondido; no encontramos nada.

- ¡Pues metedle los pies en las brasas! ... ¡Terco idiota! ¡Rompedle los brazos! ... ¿No habla? ¡Aplicadle la tralla a las sienes!

Bah, ¡matadle! ¡Matadle de una vez para que deje de gritar! ... A lo mejor no tenía dinero...

(Hay una mujer en Panamá...)

- Habéis arañado hasta el último grano de oro? ¡Pedid un rescate por la ciudad! Tenemos de hacernos ricos después de tanto esfuerzo.

Una flota de naves españolas acudía a recuperar la ciudad.

-¿Se acerca una escuadra española? ¡Lucharemos! No, no; huiremos si todavía estamos a tiempo. Nuestros barcos son más lentos por el peso del oro. ¡Matad a los prisioneros!

(... preciosa como el sol.)

Y el capitán Morgan se alejó con sus hombres de la ciudad arrasada. Llevaban en sus naves doscientas cincuenta mil piezas de a ocho, y piezas de seda y vajillas de plata y sacos de especias. Había imágenes doradas de la catedral y vestiduras con adornos de perlas.

Y la ciudad era una ruina barrida por el fuego.

-Somos más ricos de lo que podíamos esperar. La alegría reinará en Tortuga cuando lleguemos. ¡Todos los hombres son héroes! Habrá fiesta y diversión como nunca.

(La Santa Roja está en Panamá.)

"¡Oh, Dios! Pues lo haré si tengo que hacerlo. Aunque me temo que voy a la muerte. Y es algo espantoso. Pero si ése es mi deseo, tengo que hacerlo, aunque muera." Llamó al joven Coeur de Gris.

-Te has distinguido en la batalla, amigo mío.

-Hice lo que había que hacer, capitán.

-Pero luchaste muy bien. Te vi cuando entablamos combate.

Ahora te he hecho mi lugarteniente de campo, mi segundo. Eres valiente, eres sagaz y eres mi amigo. Puedo confiar en ti; ningún otro de mis hombres se mostraría digno de mi confianza si le mereciera la pena traicionaría.

-Es un gran honor, capitán. Le corresponderé, ciertamente, con mi lealtad. Mi madre se sentirá muy complacida -contestó emocionado el joven Coeur de Gris.

-Si-dijo el capitán Morgan-; eres un joven ingenuo y ésa es una virtud en este negocio si se tiene un jefe. Ahora los hombres se afanan para llegar lo antes posible y poder gastar el dinero. Si pudieran, empujarían los barcos para que avanzaran más de prisa.

¿Qué harás tú con tu dinero, Coeur de Gris?

-Verá, le mandaré la mitad a mi madre. Y dividiré la suma restante en dos partes. Guardaré una y con la otra espero pasarme borracho unos cuantos días, quizá una semana entera. Es bueno emborracharse después de combatir.

-La embriaguez nunca fue un placer para mí -dijo el capitán-. Me pongo muy triste. Pero me ronda en la cabeza una nueva empresa; Coeur de Gris, ¿cuál es la ciudad más rica del mundo occidental? ¿Qué lugar ha estado a salvo de la amenaza de la Hermandad? ¿Dónde podríamos hacernos todos millonarios?

-Pero, capitán, no pensará usted... desde luego no puede considerar posible tomar...

-Tomar Panamá... Tomaremos la Taza de Oro.

-¿Pero cómo va a poder hacerlo, capitán? La ciudad está muy bien guardada, con murallas y soldados, y es prácticamente imposible cruzar el istmo, sólo puede hacerse siguiendo el camino de mulas. ¿Cómo lo hará, señor?

-Tengo que tomar Panamá. Tengo que conquistar la Taza de Oro -el capitán apretó furiosamente los dientes.

Coeur de Gris sonreía ahora sereno.

-Por qué sonríes? -inquirió el capitán Morgan.

-Recordaba un comentario aventurado que hice hace poco, que era probable que Panamá siguiera el camino de la ciudad de Troya.

-¡Ah!, estás pensando en esa mujer. ¡Olvidala! A lo mejor ni siquiera existe.

-Además, señor, ya somos bastante ricos con el último botín.

-Nada tendría de malo enriquecernos aún más. Estoy harto de ser bucanero. Me gustaría descansar sintiéndome seguro.

Coeur de Gris vaciló un momento; un tenue velo empañó sus ojos.

-Estoy pensando, señor, que cuando lleguemos a Panamá, todos los hombres se lanzarán al cuello de su amigo por la Santa Roja.

-Oh, puedes estar seguro de que mantendré el orden entre mis hombres... un orden estricto..., aunque tenga que colgar a media docena para conseguirlo. Hace un tiempo envié recado a Panamá de que iría, pero era una broma. Y me pregunto ahora si no habrán fortificado la ciudad después de mi aviso. Quizá ellos también lo tomaran como una broma. Bueno, ahora, Coeur de Gris, no hables de esto con nadie. Te hago mi embajador. Deja que los hombres gasten su oro. Animales a jugar... aquí... ahora... en el barco. Dales ejemplo en las tabernas..., un ejemplo costoso. Así luego tendrán que acompañarme. Esta vez necesitaremos una armada, amigo mío, y aun así, es probable que muramos todos. Tal vez sea ésa la mayor alegría de la vida... arriesgarla. Cumple bien mi encargo, Coeur de Gris, y quizá un día seas más rico de lo que puedas imaginar.

El joven Coeur de Gris meditaba junto al mástil.

"Nuestro capitán, nuestro frío capitán, está atrapado en este gran rumor nebuloso. ¡Qué extraño es esto! Es como si la Santa Roja me hubiera sido arrebatada de los brazos. Han violado mi sueño. No sé si los hombres que experimenten esta misma sensación de amarga pérdida, cuando se enteren... odiarán al capitán por arrebatarnos su deseo."

Sir Edward Morgan dirigió la expedición contra San Eustasio y, en el fragor de la batalla, un indio pequeño y moreno consiguió acercarse a él furtivamente y le hundió un enorme cuchillo en el vientre.

El vicegobernador apretó los labios con firmeza y cayó al suelo.

"Lástima de pantalones blancos; se echarán a perder -pensó-. ¿Por qué tendría que hacer esto ese diablo precisamente cuando nos iba tan bien? Habría recibido el agradecimiento expreso de Su Majestad y ahora no podré recibirlo. ¡Cielos!, eligió además un sitio doloroso."

Comprendió entonces sobrecogido toda la magnitud de la tragedia.

-Un vulgar cuchillo -susurro-. Y en el vientre. Hubiera preferido una espada en la mano de un igual... ¡pero un cuchillo..., y en el vientre! Debo tener un aspecto lamentable, lleno de sangre y de suciedad. ¡No puedo enderezarme! ¡Cristo! Eligió un punto sensible el muy miserable.

Sus hombres le llevaron tristemente a Port Royal.

-Fue inevitable -le dijo al gobernador-. Se abalanzó sobre mi con un cuchillo y me lo hundió en el vientre. Semejante diablo no podría alcanzar a nadie más alto, supongo. Comuníqueme el asunto a la Corona, ¿lo hará, señor? Y, por favor, no mencione lo del cuchillo..., ni que fue en el vientre. Y ahora, ¿querrá usted dejarme a solas con mi hija? No tardaré en morir.

Elizabeth se inclinó hacia él, en la habitación a oscuras.

-¿Estás malherido, padre?

-Sí, es una mala herida. Moriré pronto.

-No digas bobadas, papá; bromeas para asustarme.

-Elizabeth, ¿te parece una bobada?... ¿me has visto bromear alguna vez? Debo decirte algunas cosas y tenemos muy poco tiempo. ¿Qué vas a hacer? Queda poco dinero. Hemos estado viviendo de mi salario desde que el rey hizo la última sugerencia general de un empréstito.

-Pero papá, ¿de qué estás hablando? ¡No puedes morirme y dejarme sola y perdida en las colonias! ¡No puedes, no puedes hacerlo!

-Pueda o no, me moriré muy pronto. Analicemos este asunto, mientras podamos. Tal vez tu primo que ha ganado tanta fama con el pillaje cuide de ti, Elizabeth. Me aflige la idea, pero... pero... es necesario vivir..., muy necesario. Y de todos modos, es tu primo.

-No lo admitiré. No lo admitiré de ninguna manera. ¡No puedes morirme!

-Tienes que quedarte con el gobernador hasta que encuentres a tu primo. Explícale cuál es la situación exacta, sin mostrarte servil pero tampoco demasiado orgullosa. Recuerda que es tu primo carnal, aunque sea un ladrón.

Su jadeo llenó la habitación. Elizabeth lloraba quedamente, como una niña que no puede decir si está herida o no. Finalmente, sir Edward consiguió articular estas palabras:

-Me han dicho que se puede conocer a un caballero por su forma de morir..., pero me gustaría gemir. Robert gritaría si le apeteciera. Claro que Robert era extraño... pero de todos modos...

era mi propio hermano..., y él gritaría si le apeteciera hacerlo. Elizabeth, ¿no te importaría..., salir de la habitación... por favor? Lo siento... pero tengo que gemir. No se lo digas a nadie... Elizabeth... ¿prometes no hablar... nunca... nunca de ello?

Cuando volvió a entrar, sir Edward Morgan había muerto.

XV

La primavera había llegado a Cambria, deslizándose desde las Indias y del seco y tórrido corazón de África; era la quinceava primavera desde que Henry se había marchado. El viejo Robert solía pensar, y luego llegó extrañamente a creer, que era su hijo quien enviaba la primavera a Cambria desde las zonas tropicales. Había una capa de verdor subiendo por las colinas y los árboles ponían a prueba sus tiernos retoños exponiéndolos a los vientos.

El rostro del anciano Robert había adquirido una expresión más rígida. En las comisuras de sus labios habitaba cada vez menos la sonrisa y era cada vez más frecuente una mueca, como si una antigua sonrisa acongojada se le hubiera quedado congelada allí.

¡Ay!, aquellos años habían sido solitarios, estériles, no le habían aportado nada. Ahora comprendía el significado de las palabras de Gwenliana: que la edad no trae consigo más que una fría e inquieta espera; la torpe esperanza de un estado que no puede imaginarse con ninguna certeza. Quizá esperara el momento en que Henry volviera con él. Pero aquello no sucedería. Y además no sabía si quería volver a ver a Henry. Resultaría inquietante. Y cuando eres viejo, detestas las cosas inquietantes.

Se había preguntado durante mucho tiempo: "¿Qué hará ahora Henry? ¿Qué estará viendo?" Pero después, el muchacho se había desvanecido levemente, se había vuelto como los personajes de los libros, que no son del todo reales, aunque si lo suficiente para ser recordados. Pero Robert pensaba con frecuencia en aquella persona abstracta, su hijo, de quien le llegaban vagos rumores de vez en cuando.

Al despertar aquella hermosa mañana de primavera, Robert había dicho: "Hoy subiré a ver a Merlín. Es curioso cómo soporta ese hombre el peso creciente de los años. Tienen que ser ya más de cien. Su cuerpo es un leve vestigio..., sólo una sugerencia de lo que fue cuerpo una vez. Pero William dice, si es que puede creerse algo de lo que dice William, que sigue teniendo la voz magnífica y fuerte de siempre y que sigue diciendo disparates tremendos que no se tolerarían en Londres. Es asombroso cómo ha enroscado este peón caminero toda su vida como un gatito en torno a los cuatro días que pasó en Londres. Pero tengo que ir a ver a Merlín. Es probable que no vuelva a verle".

El camino pedregoso y empinado era una tortura; más cruel aún por el recuerdo de las piernas ágiles y potentes y los pulmones incansables como fuelles. En otros tiempos llegaba siempre el primero en la carrera de la montaña; ahora, subía un poquito, descansaba en una piedra y volvía a subir más y más por la hendidura y por el rellano rocoso. Cuando llegó finalmente a la cima del risco era ya mediodía.

Merlín le recibió en la puerta, sin darle tiempo a llamar; no había cambiado más de lo que lo habían hecho las arpas y las puntas de lanza que colgaban de las paredes de su casa. Era como si hubiera desechado el tiempo igual que una prenda de vestir. Le recibió sin sorpresa. Como si hubiera sabido de su lento peregrinaje mil años antes de que lo hubiera hecho.

-Ha pasado mucho tiempo, Robert, desde que subiste el camino hasta aquí y mucho también desde que yo bajé.

"Bajé, bajé", cantaron las arpas. Merlín hablaba el lenguaje de las cuerdas, y ellas le respondían como un lejano coro de la misa mayor de las montañas.

-Pero es un anciano quien viene a verte hoy, Merlín. El camino es un enemigo demasiado brutal para enfrentarse a él. No pareces más viejo. Me pregunto cuándo morirás. ¿No discuten a veces tus años esa cuestión contigo?

-Bueno, si he de ser sincero, lo he considerado varias veces... pero siempre tenía demasiadas cosas en qué pensar. No podía entretenerme en morir. Si lo hacía, quizá no pudiera volver a pensar.

"Porque aquí arriba, Robert, esa esperanza furtiva que los hombres del valle llamáis fe se convierte en algo discutible. Por supuesto, si hubiera muchos a mi alrededor y todos entonaran

incansablemente un canto "Hay un Dios sabio y bondadoso; todos seguiremos viviendo después de la muerte", quizá me preparara para la vida futura. Pero aquí, solo, a medio camino del cielo, temo que la muerte interrumpa mi meditación. Las montañas son como una cataplasma para el dolor abstracto de un hombre. Ríe entre ellas... bueno, muchas más veces de las que llora.

-¿Sabes? -dijo Robert-, mi madre, la vieja Gwenliana hizo una última profecía curiosa antes de morir. "Esta noche se acaba el mundo -dijo-, y ya no habrá tierra sobre la que caminar." -Creo que dijo la verdad, Robert. Creo que sus últimas palabras eran ciertas, lo fueran o no sus otros augurios. Esta idea torturante me asalta a veces y por eso tengo miedo a morir..., muchísimo miedo. Si viviendo te doy vida a ti, y existencia fresca a los campos y a los árboles y a todo el gran mundo vegetal, sería un acto incalificable borrarlo todo como un dibujo a tiza. No debo hacerlo..., no tan pronto.

"Pero basta de presagios. No son alegres. Tú, Robert, llevas demasiado tiempo en el valle de los hombres. Tus labios ríen, pero no hay alegría en tu corazón. Creo que pones los labios así, como ramitas sobre una trampa, para ocultarle a Dios tu dolor. En otros tiempos procurabas reír con toda tu alma, pero no llegaste a hacer la concesión del satirizador... comprar con un poco de diversión a tu costa el derecho de reírte muchísimo de los demás.

-Sé que estoy derrotado, Merlín, y creo que ya no hay remedio. La victoria o la suerte, o como quieras llamarlo, parece hallarse oculta en unos pocos elegidos, como los dientes de los niños ocultos en las encías. En los últimos años, esa deidad ha jugado conmigo un juego encarnizado y calculador. En algunos momentos llegué a pensar que me hacía trampas.

Merlín habló despacio:

-Yo jugué en tiempos contra un dios joven y estimable de patas de cabra y ese juego fue la razón de que viniera aquí. Por otra parte, hice concesión grande y firmé con una risa triste. Robert, ¿no decían hace ya mucho tiempo que estabas perdiendo el juicio?

Creo que William se detuvo un día al pasar y me contó que te habías vuelto loco. ¿Es verdad que hacías cosas censurables en tu rosaeda?

Robert sonrió con amargura.

-Ésa fue una de las trampas de Dios -dijo-. Te lo contaré.

Un día, cuando estaba quitando las hojas muertas de mis rosales, se me ocurrió hacer un acto simbólico. Esto no tiene nada de extraño. ¿Acaso no se yerguen los hombres muchas veces en la cima de un monte con los brazos extendidos, no se arrodillan a menudo en oración y se santiguan? Arranqué una rosa y la lancé al aire y cayeron sobre mi los pétalos como la lluvia. Era como si aquel acto resumiera y explicara toda la historia de mi vida en un gesto. Luego me dejó absorto la belleza de los pétalos blancos sobre la tierra negra y me olvidé del símbolo. Y lancé otra y otra más, hasta que el suelo quedó cubierto de blancos pétalos de rosa. Y alcé de pronto la vista y vi una docena de individuos que me miraban y se reían de mí. Habían venido de la iglesia. "Eh, -decían-, Robert ha perdido el juicio. Je, je, está completamente chiflado. ¡Jo! es como un chiquillo, lanzando pétalos de rosa." Parecía que sólo un dios demente podía permitir eso.

Merlín se agitaba con mudo regocijo.

- ¡Ay, Robert! ¿Por qué tienes que acusar al mundo cuando se protege de ti? Creo que para ti Dios y el mundo son la misma cosa.

Si abajo en el valle hubiera diez personas a las que les gustara ver los pétalos de las rosas en el suelo, no serías más que una persona muy rara, interesante y un tanto curiosa. Llevarían a los forasteros a tu casa los domingos por la tarde y te exhibirían. Pero como no hay ninguno, naturalmente eres un radical que ha de ser encerrado y ahorcado. Juzgar loco a un hombre es como ahorcar su mente. Si se murmura que su mente divaga, nada de lo que diga importará a nadie ya nunca, más que como motivo de risa.

¿No comprendes, Robert? La gente se ha visto con tanta frecuencia herida y atrapada y torturada por ideas y enredos que no comprendía que ha llegado a creer que todo lo que desborda su comprensión es depravado y malo, cosas que ha de extirpar y destruir el primero que llegue. No hacen más que protegerse del daño espantoso que pueden causar las cosas pequeñas cuando crecen.

-Lo sé -dijo Robert-. Todo eso ya lo sé y no me quejo. Lo único que lamento en realidad es que la única posesión que llevo conmigo es un saco de pérdidas. Soy el único propietario del recuerdo de las cosas que tuve. Quizá esté bien... pues parece que las aprecio más ahora que ya no las tengo. Pero no entiendo cómo puede nacer esa suerte escondida en unos cuantos elegidos. Mi propio hijo conquista e impone todos sus deseos, si los vientos no mienten.

-Tenias un hijo, Robert; ahora lo recuerdo. Yo le profeticé que gobernaría algún mundo si no crecía.

-Y así es. Un viento suave y leve trae noticias tuyas del sur. El rumor tiene alas de murciélago. Dicen que manda una raza de piratas feroces; que ha tomado pueblos y saqueado ciudades. Los ingleses están entusiasmados y le llaman héroe y patriota..., también yo, a veces. Pero me temo que si fuera español le consideraría sólo un ladrón con suerte. He oído (aunque no lo creo; no quiero creerlo) que ha torturado a los prisioneros.

-Así que se ha convertido en el gran hombre que él creía que deseaba ser -dijo Merlín pensativo-. Si eso es cierto, entonces no es un hombre. Sigue siendo un niño pequeño que quiere la luna.

Supongo que eso debe hacerle muy desdichado. Los que dicen que los niños son felices olvidan su propia infancia. No sé cuánto tiempo podrá mantener a raya la edad viril.

"Robert, ¿has visto esas grandes hormigas negras que nacen con alas? Vuelan uno o dos días, y luego las alas se les caen y ellas caen a tierra para arrastrarse por ella toda la vida. No sé cuándo se le caerán las alas a tu hijo. ¿No es extraño, Robert, que se venere tanto entre los hombres este arrastrarse, el que los niños luchan tanto por arrancarse las alas para poder permitirse ese magnífico arrastrarse?"

-¿Qué es lo que hace que los muchachos se conviertan en hombres? -preguntó Robert-. ¿Qué circunstancias descomponen sus fatales alas?"

-Bueno, muchos no tienen alas nunca, y algunos se las arrancan ellos mismos. A veces, son cosas imprevistas y otras muy tediosas. No las conozco todas, pero en mi caso fue el ridículo, una especie de burla de mí mismo. Amaba a una muchachita del valle; creo que era hermosa. Creo que yo era también guapo. Le hice una canción y la llamaba la Novia de Orfeo. Así que me imaginaba a mí mismo Orfeo. Pero ella consideraba el matrimonio con una deidad una especie de crimen contra natura. Me sermoneaba. Todo hombre, según ella, le debía a algo (la familia o la comunidad o a sí mismo, he olvidado exactamente qué) el triunfo, el tener éxito. Fue imprecisa en cuanto a la naturaleza del éxito, pero explicó muy claramente que aquella canción no era un pedestal del triunfo. Y aborrecía a las deidades, sobre todo a las paganas. Había un hombre que poseía tierras y casas que era tranquilizadamente humano.

Aún en mi vejez creo malévolamente que era deplorablemente humano. Así que se casaron, y el ridículo carcomió mis alas.

"Pensé en el asesinato y el suicidio y en los campos de gloria para combatir este pequeño ridículo doloroso. En mi vergüenza, pensé retirar mis canciones del mundo para que jamás volviera a oír las nadie. El mundo ni siquiera se dio cuenta de que yo me había ido. Nadie vino a suplicarme que volviera..., y yo le había prometido al ridículo que lo harían. Mis alas corroídas se cayeron; y yo era un hombre ya y no quería la luna. Y cuando intenté cantar de nuevo, mi voz era ronca y mis canciones estaban preñadas de prevenciones y proyectos.

-Me pregunto cómo crecería yo -dijo Robert-. No lo recuerdo. Tal vez mi juventud se alejó de mí junto con el dinero..., o tal vez viva en las tierras con las que yo soñaba. Pero Henry está sumergido en sus sueños y a veces me da mucha envidia.

"¿Sabes, Merlín?, hay algo que me resulta extraño. Mi madre, Gwenliana, creía poseer el don de la clarividencia y le seguíamos la corriente porque le complacía muchísimo. Y la noche antes de la partida de Henry, esbozó un cuadro de su vida. Merlín, casi todo lo que dijo ha resultado cierto. ¿Pudieron ocurrírsele estos pensamientos como una serie de pinturas brillantes? Es extraño e improbable.

-Tal vez interpretara el deseo del muchacho, Robert, y sintiera su fuerza. Yo enseñé a la vieja Gwenliana muchas cosas relacionadas con la magia; tenía muchas dotes para leer los signos... y los rostros.

El viejo Robert se levantó y se desperezó.

-En fin..., tengo que irme ya. La bajada será lenta y agotadora para un viejo. Cuando llegue a casa será de noche. Aquí llega William con su pico, un apéndice congénito en él. Bajaré un trecho en su compañía y me enteraré de cómo van las cosas en Londres. Tienes que amar las palabras, Merlín, para hacer tantas; y yo tengo que amar el dolor, para engendrarlo en contra de mí mismo.

"Merlín, creo que eres un embustero y un farsante; siempre me despidió de ti convencido de que has dicho cosas grandiosas; y sin embargo, cuando lo pienso luego, nunca puedo recordar ninguna.

Creo que realizas un conjuro sutil con tu voz suave y con tus arpas.

Mientras Robert caminaba sendero abajo, las arpas colgadas canturreaban tras él. Adiós del Hechicero.

XVI

En 1670, cuando Henry Morgan decidió destruirla, Panamá era una hermosa y gran ciudad; una ciudad rica, fuerte, llamada la Taza de Oro con toda justicia. Ningún otro lugar de aquel bisoño Nuevo Mundo podía comparársele en belleza ni en riqueza.

Hacia aproximadamente un siglo, Balboa había llegado a la costa de un nuevo océano. Se puso una armadura limpia y entró en el Pacífico hasta que las suaves aguas le llegaron a los muslos.

Luego se dirigió al mar con firmeza en una oración y proclamó que todas las tierras cuyas costas bañaba pertenecían a la corona de Castilla y Aragón.

Detrás de Balboa, en tierra, se acurrucaba un pueblecito indio cubierto de hierba llamado Panamá. En lengua nativa significaba "lugar de buena pesca". Cuando los soldados españoles prendieron fuego al montón de cabañas de los nativos y construyeron una nueva ciudad en su lugar, conservaron el nombre antiguo. Y su significado no tardó en justificarse, pues desde aquella pequeña población, España echó las redes hacia los cuatro puntos cardinales.

Pedrarías llevó las redes al norte y cogió en ellas las ciudades de los antiguos mayas. Pudo enviar como productos de su pesca serpientes extrañamente labradas e ídolos espantosos y diminutos insectos grabados, todo de oro, a Panamá. Cuando ya no quedaban más objetos y los templos eran cajas de piedra vacías, Pedrarías echó las redes españolas sobre la población y la llevó a las minas a golpe de látigo.

Pizarro tomó rumbo sur, con caballos y hombres armados, y la poderosa nación inca se rindió ante él. Mató a sus gobernantes y arrebató la vida a toda una estructura de gobierno. Y envió a Panamá los diamantes, las placas de los muros del templo, los símbolos del sol, de oro, y los dorados escudos ceremoniales. Y obligó a la población inca expoliada a ir a las minas a golpe de látigo.

Cien capitanes llevaron pequeños grupos de soldados al este y el sureste, donde los feroces indios de Darien habitaban en cuevas y árboles. Allí hallaron los españoles anillas en las narices y ajorcas en los pies y palos sagrados y plumas de águila llenas de oro. Y lo metieron todo en sacos que enviaron a lomos de mulo a Panamá. Y una vez saqueadas todas las tumbas de objetos de oro, hasta los indios salvajes excavaban la tierra por la autoridad del látigo.

Los barcos españoles descubrieron hacia el oeste pequeñas islas en cuyas bahías poco profundas podían encontrarse perlas sólo con zambullirse a la profundidad adecuada; y, al poco tiempo, los torpes habitantes de las islas tuvieron que zambullirse en un mar de tiburones. Y las bolsas de perlas siguieron su camino rumbo a Panamá.

Todas las obras grandes, los objetos preciosos de artesanía, llegaban al final a Panamá, donde los crisoles los recibían como glotones ávidos y los transformaban en gruesas barras de oro. Los almacenes se llenaban hasta el techo de barras de oro, a la espera de que la flota del tesoro zarpara rumbo a España. Podían verse a veces barras de plata amontonadas en las calles, por falta de espacio de almacenaje; pesaban tanto que no había peligro de robo.

Y entretanto la ciudad fue convirtiéndose en algo esplendoroso.

La riqueza de las naciones esclavizadas se empleó en la construcción de miles de casas magníficas con los tejados rojos y con pequeños patios interiores donde crecían extrañas flores misteriosas. Todas las artes coloristas y todas las comodidades de la vieja Europa afluían al oeste para embellecer las casas panameñas al reclamo de las barras de oro.

Los primeros españoles que invadieron el país eran ladrones crueles y avariciosos; pero eran también soldados a quienes no asustaba ninguna perspectiva sangrienta. Pequeños grupos de estos soldados conquistaron el Nuevo Mundo con pocas fuerzas más que su espíritu intrépido. Pero cuando las poblaciones de Nicaragua y Perú y Darien se convirtieron en cuadrillas de esclavos gemebundos, cuando ya no había peligro, llegó a vivir a Panamá una nueva casta de hombres: los mercaderes, muy decididos a la hora de arrebatar una granja a su propietario apoyándose en la ley, o cuando los colonos extranjeros

subían el precio de los alimentos, pero timoratos y cobardes cuando se oía el repiqueteo de acero contra acero.

La clase de los mercaderes dominó pronto todo el istmo. En cuanto a los soldados, unos habían muerto; otros no soportaban la seguridad y habían partido hacia nuevas y peligrosas tierras, dejando la batalla de los comestibles y los lujos extravagantes en manos de los mercaderes que distribuían harina y vino y recibían a cambio piedras preciosas y barras de oro para sus arcas. Los mercaderes se pusieron de acuerdo para que todos tuvieran que pagar los mismos altos precios por los alimentos; y con los beneficios se construyeron sus casas de cedro, con tejados de tejas rosadas; vestían a sus mujeres con sedas extranjeras y recorrían las calles seguidos de un séquito de esclavos.

Una compañía de traficantes de esclavos genoveses llegó a la ciudad y construyó un gran almacén para su mercancía. Las jaulas se alineaban en él con los hombres negros sentados en ellas hasta que los sacaban, para exhibirlos y subastarlos.

Panamá era una ciudad maravillosa. Dos mil mansiones de cedro se alineaban en sus calles principales, y lejos del centro había cinco mil viviendas más pequeñas para los empleados y los emisarios y soldados del rey. Apiñadas en los arrabales había innumerables cabañas de paja en las que se alojaban los esclavos. En el centro de la ciudad había seis iglesias, dos conventos, y una gran catedral, todas con servicios de oro y vestiduras cargadas de pedrería. Ya habían vivido y muerto en Panamá dos santos... tal vez no fuesen santos muy destacados, pero sí lo bastante para que sus huesos fueran valiosos.

Toda una zona de la ciudad estaba ocupada por las casas y los establos y cuarteles del rey. Allí se almacenaba un décimo de todo lo que producía la tierra, a la espera de que llegara la flota de la plata; se transportaba entonces a lomos de caballerías cruzando el istmo para cargarlo en los barcos. Panamá estaba sosteniendo el reino de España... pagando los nuevos palacios del rey y sus guerras. En pago del dinero que aportaba a su tesorería, el monarca español concedió a Panamá sede de dignidad. Recibió un nombre soberbio: La Muy Noble y Muy Leal ciudad de Panamá. Se la igualaba así en categoría a Córdoba y Sevilla, pues, ¿no llevaban sus funcionarios las cadenas de oro de su cargo al cuello? Y el rey otorgó a la ciudad un flamante escudo de armas: un escudo con un campo de oro al lado izquierdo y al derecho dos carabelas y un haz de flechas grises. Y coronándolo todo, la estrella polar de descubrimiento, con los leones y castillos de los dos reinos españoles rodeándolo todo. Panamá era sin duda una de las ciudades más grandes del mundo.

El centro de la Taza de Oro era una amplia plaza pavimentada, en medio se alzaba un templete donde tocaban música por la noche. La gente paseaba entonces por la plaza demostrando su posición por las personas con quienes hablaban; la aristocracia mercantil era muy orgullosa. Un hombre podía discutir el precio de la harina como un judío durante el día, pero de noche, en la plaza, se inclinaba muy tieso saludando a los conocidos no tan ricos como él y adulaba discretamente a los más ricos.

La seguridad fue ablandando a los habitantes de Panamá. La ciudad se consideraba inexpugnable. El mar la protegía por un lado y en el mar del sur no había buques extranjeros; y hacia el interior, había murallas y un pantano que podía inundarse en caso de peligro, convirtiendo a la ciudad en una auténtica isla. Además, el ejército que la atacara tendría que abrirse paso a través de la selva del istmo por estrechos pasos serpeantes que un reducido grupo de hombres podía defender sin problema. Nadie creía posible que un capitán en su sano juicio soñara siquiera con conquistar Panamá.

Y así, cuando Campeche y Puerto Bello y Maracaibo se rindieron a los bucaneros, los mercaderes de la Taza de Oro se encogieron de hombros y siguieron con sus asuntos. Era una desgracia, por supuesto; era lamentable sin duda que expoliaran y trataran así a sus compatriotas..., pero ¿qué podían esperar? Sus ciudades estaban en el mal océano. Panamá no tenía por qué pensar en estos contratiempos más que con lástima. Dios era bueno y el negocio..., en fin, era terrible; ya no había dinero, y los campesinos se aferraban a sus mercancías como ladrones.

Don Juan Pérez de Guzmán era el gobernador de la Taza de Oro; era un noble tranquilo que había consagrado su vida a ser un caballero cabal y nada más. Instruía a su pequeño ejército, cambiaba de uniforme y velaba por los matrimonios de sus parientes.

Había sido soldado toda la vida... tal vez no fuera un buen combatiente pero sí un militar sumamente gallardo. Los comunicados que escribía a sus subordinados eran magníficos. Su estilo cuando pedía la rendición de un pueblo indio era absolutamente irreprochable. La población amaba a su gobernador. Vestía tan bien; era tan orgulloso, y complaciente sin embargo. Le aclamaban a diario cuando recorría la calle seguido de un escuadrón de caballería. Si hubiera existido la menor sospecha de

ataque, sin duda la gallarda figura de don Juan habría tranquilizado a la gente. No había en la ciudad sangre más noble ni almacenes más ricos que los suyos.

Así vivían, tranquilos y felices, los ciudadanos panameños, yendo a los fértiles campos del interior cuando llegaba el calor y volviendo a los bailes y recepciones de la ciudad en la estación de las lluvias. Y así era la Taza de Oro cuando Henry Morgan decidió destruirla.

Un día llegó a Panamá la noticia de que el temible Morgan iba a ir a conquistarla. Al principio, la noticia provocó una incredulidad jocosa, pero cuando llegaron más mensajeros con la misma noticia, la ciudad se entregó a una actividad frenética. Todos corrían a las iglesias, se confesaban, besaban las reliquias y volvían corriendo a casa. Cientos de sacerdotes recorrieron las calles en procesión con la Sagrada Forma. Los disciplinantes se flagelaban y arrastraban la pesada cruz para que todos lo vieran. No se arreglaron las murallas rotas; no se sustituyeron los cañones cubiertos de herrumbre. Don Juan oía una misa tras otra, hablaba con la gente enloquecida y sugirió una procesión de todos los sacerdotes de la ciudad.

Empezaron a propagarse historias espantosas: que los bucaneros no eran hombres en realidad, sino animales con cabeza de cocodrilo y garras de león. Los hombres serios discutían tales posibilidades en las calles.

-Muy buenas, don Pedro.

-Que la Virgen le acompañe, don Guillermo.

-¿Qué piensa de esos ladrones?

Ay, qué espanto, don Guillermo, qué espanto! ¡Dicen que son demonios!

-Pero usted cree que es posible lo que me han contado? ¿Que Morgan tiene tres brazos y lleva una espada en cada mano?

Quién sabe, amigo mío, quién sabe! Mayores poderes que esos tiene el diablo, sin duda. ¿Y quién sabe hasta dónde llegan los poderes del diablo? Sacrilegio es considerarlo.

Y después:

-Y dice usted que se lo dijo don Guillermo? Seguro que él no daría por cierta una cosa que fuese dudosa... un hombre de su posición...

-Yo me limito a repetir lo que me dijo él... que Morgan podía disparar balas por las yemas de los dedos..., que echaba por la boca llamas de azufre. Don Guillermo estaba seguro.

-Tengo que contárselo a mi esposa, don Pedro.

Y así fueron creciendo las historias hasta que la gente estaba medio enloquecida. Se evocaban los relatos de las crueldades cometidas en las otras ciudades capturadas y los mercaderes que antes se habían encogido de hombros, palidecían ahora. No podían creerlo; y, sin embargo tenían que creerlo, pues los piratas habían zarpado ya rumbo a Chagres y su objetivo declarado era la conquista y el saqueo de la Taza de Oro. Al final, bajo presión, don Juan salió de la iglesia el tiempo suficiente para enviar quinientos soldados a preparar una emboscada en la ruta que cruzaba el istmo. Un joven oficial solicitó audiencia.

-Y bien, joven ¿qué desea? -preguntó el gobernador.

-Si tuviéramos toros, señor... si tuviéramos muchos toros bravos... -gritó nervioso el oficial.

-¡Consígalos! ¡Registre todo el país y encuéntrelos! Que los hombres reúnan mil cabezas! ¿Pero qué quiere hacer con ellos, dígame?

-Lanzarlos contra el enemigo provocando una estampida, señor.

- ¡Excelente plan! ¡Es usted un oficial magnifico! Ay, mi querido amigo... ¿mil toros? ¿Mil? Bromeaba. Haga que los hombres reúnan diez mil toros de los más bravos.

El gobernador mandó formar a sus soldados... dos mil soldados del rey... pasó revista a las tropas y luego volvió a la catedral a hincarse de rodillas. Don Juan no temía el combate, sólo que, como general prudente que era, estaba reforzando su segunda línea de defensa. Además, algo que costara tanto como lo que él había pagado por las misas, tenía que producir algún efecto.

Aquel primer rumor progresivo acabó convirtiéndose en un monstruo. Los temblorosos ciudadanos empezaron a enterrar la plata de las casas. Los clérigos echaron los cálices y los candelabros en las cisternas por seguridad y emparedaron sus más preciosas reliquias en pasadizos subterráneos.

Balboa hubiera reforzado las murallas y anegado el acceso. El ejército de Pizarro habría salido al encuentro de los bucaneros para cortarles el paso en el camino del istmo. Pero aquellos tiempos intrépidos habían pasado ya. Los mercaderes de Panamá sólo pensaban en sus posesiones, sus vidas y

sus almas (por este orden preciso). Ni siquiera pensaron en ponerse la espada al cinto ni en reparar las desmoronadas murallas. Aquello debían hacerlo los soldados del rey, a los que pagaban buen dinero para que protegieran a los ciudadanos. El gobernador era quien debía hacerse cargo de la defensa.

Don Juan había pasado revista a las tropas; eso, según él, era todo lo que podía hacer cualquier general. El uniforme era una prueba contra las críticas y sus soldados habrían desfilado con honor en cualquier plaza de armas de Europa. Entretanto, otra misa no empeoraría las cosas.

XVII

Mientras los bucaneros derrochaban los ahorros del saqueo de Maracaibo, Henry Morgan se concentraba en los planes de la nueva empresa. Exigiría más hombres de los que se habían reunido nunca anteriormente. Los mensajeros del capitán Morgan partieron hacia los cuatro extremos del Mar de las Antillas. Sus palabras llegaron a Plymouth y a New Amsterdam. Hasta las islas selváticas en la que los hombres vivían como simios llegó su invitación para el gran saqueo.

"Si triunfamos, todos los hombres serán ricos -decía el mensaje-. Será el mayor golpe que ha dado jamás la Hermandad. Llevaremos el terror a lo más profundo de España. Nuestra flota se agrupará en la zona sur de Tortuga en octubre." Las embarcaciones y los hombres empezaron a llegar en seguida al lugar de encuentro. Grandes bajeles de velas blancas y proas talladas, embarcaciones erizadas de cañones brillantes, viejos barcos carcomidos con el casco tan lleno de algas que se deslizaban por el agua como troncos. Llegaron corbetas y grandes chalupas y barcazas a las que se hacía avanzar esforzadamente con remos largos. Había incluso almadías que se dirigían al punto de reunión, con velas tejidas de palma.

Y los hombres, toda la jactanciosa Hermandad de Tortuga; los viejos y expertos piratas de Gonave; franceses, holandeses, ingleses, portugueses: los proscritos del mundo en orden de batalla; llegaron en canoas esclavos que habían escapado de los españoles a unirse a aquella expedición arrastrados por el ansia de derramar la sangre de sus amos. Los esclavos eran caribes y negros y febriles blancos. Aparecían pequeños grupos de cazadores en las playas de las islas selváticas que zarpaban rumbo a la zona sur de Tortuga.

Entre las embarcaciones principales había fragatas y galeones capturados en antiguas batallas. Cuando llegó el momento de la partida, el capitán Morgan tenía a su mando treinta y siete naves y dos mil combatientes además de los criados y marineros. Entre la multitud de embarcaciones había tres pulcras y esbeltas corbetas de Nueva Inglaterra. No habían ido a luchar sino a comerciar: pólvora por botín, whisky por oro. Pólvora y whisky eran las dos armas principales de la ofensiva. Y además, comprarían los barcos viejos e inservibles para aprovechar el hierro y el cordaje.

El capitán Morgan había enviado cazadores a los bosques en busca de ganado y los buques al continente a robar grano. Cuando todos regresaron, había comida para el viaje.

De todo aquel conglomerado políglota de hombres que habían acudido a la llamada para la conquista, únicamente Coeur de Gris y Henry Morgan sabían cuál iba a ser la presa. Nadie se imaginaba hacia dónde iban a zarpar ni con quién tendrían que enfrentarse al final del viaje. El ejército de ladrones valerosos había acudido por el nombre de Morgan, confiando ávidos en su promesa de un botín inmenso.

Henry Morgan no se había atrevido a comunicarles su destino.

Aquel objetivo inexpugnable.

Pese a la fuerza de su nombre, los bucaneros habrían retrocedido ante sí, se les daba tiempo para pensar en Panamá, habrían corrido a casa aterrorizados, pues durante más de medio siglo se habían propagado de boca en boca por todas las islas historias sobre las murallas y las fuerzas que defendían la Taza de Oro. Panamá era una ciudad nebulosa, un lugar fantástico, casi sobrenatural, armado con relámpagos. También había quien creía, claro, que tenía las calles empedradas de oro y las ventanas de una iglesia esculpidas en esmeralda auténtica. Estas leyendas les habrían atraído, si no hubieran tenido tiempo de considerar también los riesgos.

Una vez carenados y dispuestos los buques, remendadas todas las velas, revisados y probados los cañones, llenas las bodegas de provisiones, Henry Morgan convocó a todos sus capitanes a fin de firmar las reglas solemnes y de distribuir y disponer el mando de la flota.

Los treinta capitanes que habían llevado naves para aquella empresa se reunieron en el camarote de roble del almirante. La fragata del capitán Morgan era un excelente buque de guerra español.

Había sido mandado por un duque antes de que cayera en manos de los piratas. El camarote parecía un salón; tenía paneles de roble oscuro y las paredes ligeramente combadas en la parte superior.

Cruzaban el techo gruesas vigas; con enredaderas y tenues y delicadas hojas talladas. En una de las paredes había estado pintado el escudo de armas español, pero lo habían raspado con una daga y apenas se distinguía.

El capitán Morgan se sentaba tras una gran mesa cuyas patas eran leones tallados; sentados en taburetes a su alrededor estaban los treinta jefes de su flota y ejército. Aguardaban con impaciencia su comunicado.

Allí estaba el capitán Sawkins, un individuo bajo, serio, en cuya mirada ardía el fervor puritano. Justificaba con las Escrituras sus asesinatos y ofrendaba plegarias de acción de gracias desde un armón de artillería después de culminar un saqueo.

Allí estaba el negro Grippio, viejo ya, hundido bajo el peso de sus insignificantes infamias. Había llegado finalmente a considerar a su Dios como un paciente policía al que podría engañar. Había llegado a la conclusión de que descargaría sus pecados con una confesión general y una reconfirmación en su madre iglesia y así se proponía hacerlo en cuanto una última expedición le procurara un candelabro de oro para llevárselo a modo de prenda de paz al sacerdote que le confesara.

También estaban presentes Holbert y Tegna, Sullivan y Meyther. En un rincón oscuro había dos individuos, conocidos en toda la Hermandad como inseparables. Les llamaban simplemente "El Borgoñón" y "El Otro Borgoñón". Era el primero un individuo rechoncho con cara rubicunda de sol hinchado. Era nervioso e irritable. La mínima atención le provocaba un ataque de timidez.

Cuando le dirigían la palabra enrojecía aún más y parecía una sabandija buscando frenéticamente una tabla bajo la que esconderse. Su compañero, "El Otro Borgoñón", era su guía y protector.

Era más alto y más corpulento, aunque le faltaba el brazo izquierdo hasta el codo. Ambos paseaban siempre juntos, se sentaban siempre juntos. Casi nunca hablaban, pero El Otro Borgoñón rodeaba siempre con su brazo sano los hombros de su rechoncho amigo en actitud protectora.

El capitán Morgan adoptó un tono de voz bronco y frío. Todos le escucharon en absoluto silencio. El hombre que mandaba un barco recibiría tal y tal cantidad; un carpintero con herramientas cobraría tanto; se reservarían tales sumas para los que dependían de los que muriesen. Leyó a continuación las recompensas que corresponderían al primer hombre que avistara al enemigo; al primero que matara a un español; al primero que entrara en la ciudad. Terminó de leer las normas.

-Ahora, firmad -pidió el capitán Morgan; y los hombres arrastraron los pies hasta la mesa y estamparon su nombre o su señal.

Cuando todos volvieron a sus asientos, tomó la palabra Sawkins.

-Las recompensas son cuatro veces mayores que lo estipulado por la costumbre. ¿Por qué? -la experiencia había hecho a Sawkins aborrecer el despilfarro.

-Los hombres necesitarán mucho valor -dijo con calma Henry Morgan-. Necesitarán un acicate... porque vamos a Panamá.

-¡Panamá! -la contestación fue casi un gemido.

-Sí, Panamá. Habéis firmado las normas... y yo cuelgo a los desertores. Tenéis que animar a vuestros hombres. Sabéis la riqueza que hay en Panamá... la suficiente para azucar su avaricia; y yo conozco bastante bien los peligros y sé que son superables.

-Pero... Panamá -empezó a decir Sawkins.

-Cuelgo a los desertores -dijo el capitán Morgan; y salió del camarote. Coeur de Gris se quedó para escuchar. Informaría sobre talante de los hombres.

Hubo un prolongado silencio. Todos recordaban lo que habían oído de Panamá.

-Es peligroso -dijo al fin Sawkins-, peligroso pero succulento. Y el capitán ha jurado que conoce la disposición de la ciudad y los peligros que plantea su toma.

Estas palabras les tranquilizaron a todos. Si el capitán Morgan estaba seguro, no había por qué temer. Morgan era infalible. La estancia se llenó de una conversación animada y nerviosa.

-¿Dinero? Caminan sobre él. Me han contado que la catedral...

-Pero la selva es infranqueable.

-Y tienen buen vino en Panamá. Yo lo probé una vez.

Y de pronto, parecía que todos pensaban en la Santa Roja.

-Bueno, esa mujer está allí..., la Santa Roja.

-Sí, es cierto. Está allí. ¿Quién creéis que la conseguirá?

-El capitán no es hombre de mujeres en absoluto. Creo que será Coeur de Gris aquí presente. Es el mejor dotado de todos.

-Muy bien. Coeur de Gris está destinado a que algún hombre le mate de una puñalada por celos. No me importaría matarle, porque si no lo hago yo lo hará cualquier otro. Sí, podría ser mi puñal.

¿Y qué harías tú con una mujer como ésa? Supongo que el extremo de una sogá no sería la solución.

-Bueno, a decir verdad, esos doblones gruesos siempre me han parecido los instrumentos de violación más perfectos. Relumbran tanto...

-Pero fíjate bien. Casi todas las mujeres volverían a comprar sus diamantes con su honra. Cuando tienes la segunda, es fácil readquirir los primeros.

-¿Qué opina de esto el viejo Manco, eh, Otro Borgoñón? ¿Tomarás tú a la Santa Roja para tu amigo?

El Otro Borgoñón bajó la cabeza.

-No sería necesario -dijo-. Mi amigo es muy capaz. La verdad, podría contaros una historia -se volvió al Borgoñón: -¿Me das permiso, Emil?

Parecía que el Borgoñón quisiera atravesar la pared, pero consiguió asentir con la cabeza.

-Entonces os contaré una historia, caballeros -empezó el Otro Borgoñón-. Había en Borgoña cuatro amigos; tres de ellos exprimían un poco de leche agria de las ubres del arte; y el cuarto tenía propiedades. Había también en Borgoña una muchacha preciosa; bella, diestra, una auténtica Circe, la más hermosa de la región. Y los cuatro amigos se enamoraron de tan dulce primor.

"Cada uno de ellos le dio los obsequios que le eran más caros.

El primero plasmó su alma en un soneto y lo puso a sus pies. El segundo llenó una viola con su nombre; y... quiero decir el tercero... pintó la rosada imagen de su rostro. Así luchábamos los artistas por ella con toda amabilidad entre nosotros. Pero el verdadero artista era el último de los cuatro amigos. Era callado, sutil.

¡Qué gran actor! La ganó con un gesto extraordinario. Abrió la mano... así... y en ella, sobre el cojín de su palma, apareció una risueña perla rosada. Se casaron.

"Y al poco de la boda, Delphine dio muestras de virtudes superiores a las que nadie hubiera imaginado. No sólo era un dechado de perfección como esposa, sino también como discreta y deliciosa amante... no de uno sino de los tres amigos de su marido. Y a Emil, su esposo, no le importaba. Él estimaba a sus amigos. ¿Por qué no?

Aunque pobres, eran verdaderos amigos.

"Pero ¿dónde hay fuerza tan ciega, tan estúpida, como la opinión pública? Esta vez causó dos muertes y un destierro. La hira de la Opinión Pública... ¡Juzgad vosotros mismos lo que hizo!

Obligó a Emil a desafiar a sus tres amigos. Aun así, todo podría haber concluido con el beso, el abrazo, "mi honor está íntegro de nuevo, mi querido amigo", de no haber sido por la deplorable costumbre de Emil de dejar la punta de su sable en carne putrefacta.

Dos de aquellos hombres murieron y yo perdí el brazo.

"Bien, y aparece de nuevo la Opinión Pública, como un buey torpe y poderoso. Después de imponer aquellos duelos, obligó al vencedor a salir de Francia. Él es Emil, aquí a mi lado... amante, espadachín, artista, hacendado. La Opinión Pública..., pero llevado por mi odio a tan terrible fuerza, me he desviado de la historia.

Lo que quería decir es que Emil no pide consideración, ni tregua.

Sé que parece que un enjambre de hormigas voraces se haya estado cebándose en su ánimo; pero esperad que esa gran belleza se le ponga delante, dejad que la Santa Roja se mire en esos ojos y comprenderéis y recordaréis lo que digo. Es callado; es sutil; es un artista. Mientras que otros hombres gritan "¡Virilidad! ¡Fuerza!

¡Violación! Emil lleva una perla rosa en el bolsillo como afrodisíaco.

XVIII

Un ejército de lanchas flotaban en el río Chagres, todas esforzándose hasta el límite de su capacidad con los hombres de la Hermandad Libre. Había franceses con gorros de listas y anchos pantalones largos; franceses que habían zarpado de St. Malo o Caíais en tiempos y que ya no tenían tierra patria a la que volver. Algunas barcazas iban llenas de hombres de los barrios bajos de Londres, hombres sucios en su mayoría, con los dientes negruzcos y aspecto de rateros. Había austeros y silenciosos piratas holandeses, repantingados en sus embarcaciones, que contemplaban con empañados ojos glotones el curso del Chagres. Caribes y cimarrones impulsaban a pértiga las pesadas barcazas cuadradas; eran hombres jubilosamente violentos que amaban tanto la guerra que aceptaban doblar sus brillantes hombros y trabajar si la recompensa era la sangre. Toda una sección del desfile de la piratería estaba formada por negros que habían escapado hacia poco de la esclavitud española. Las bandoleras les cruzaban el pecho desnudo como heridas.

El jefe, un negro enorme con cara de alce feroz, no llevaba más ropa que un ancho cinturón amarillo y un sombrero de caballero, cuya pluma caía lánguidamente y se le enroscaba bajo un mentón negro relumbrante.

La larga hilera de embarcaciones subía bordeando el río. Los ingleses cantaban salmodias discordantes balanceando el cuerpo para mantener el ritmo; los franceses cantaban suavemente sobre los amores que podrían haber tenido; y los cimarrones y los negros parlotaban en monólogos interminables que no iban dirigidos a nadie en concreto.

Y el Chagres serpeaba en vueltas y enormes revueltas. El agua amarillenta acariciaba tímidamente los cascos de las embarcaciones como una mujer leprosa asustada. En aquel río podías impulsar con pértiga tu embarcación durante todo el día y acampar por la noche a menos de un kilómetro en línea recta del punto de partida. Era un río lento, indiferente, con muchos bajíos en los que la brillante arena resplandecía al sol. El Chagres era un diletante en el oficio eterno y supuesto de los ríos: el de llegar al océano con el mínimo problema y el menor esfuerzo. El Chagres recorría el campo soñando, reacio, al parecer, a perder su lánguida individualidad en el inquieto mar.

Al cabo de un tiempo, las embarcaciones llegaron a una zona en la que la selva cerrada llegaba hasta la misma orilla y se interrumpía en una cresta curvada, como una ola congelada de verdor. Tigres moteados caminaban entre los árboles y miraban a los hombres con una triste curiosidad. De vez en cuando, una enorme culebra se deslizaba del cálido tronco en el que había estado dormitando al sol y flotaba en el agua con la cabeza levantada para contemplar aquella procesión insólita. Familias de nerviosos monos correteaban entre las enredaderas, simulando odiar el alboroto.

Aullaban indignados y lanzaban hojas y palos a los barcos. Mil cuatrocientos seres estrafalarios habían invadido la santa Madre Selva; el mono más sarnoso de la tierra tenía, como mínimo, derecho a protestar.

El calor del día había llegado como un hálito febril, denso y sordamente desconcertante. En las barcazas, los cantos se hicieron más lentos y cesaron como si hubieran caído sobre los hombres mantos de calor. Los bucaneros permanecían sentados y aletargados en los bancos. Pero los esforzados indios seguían avanzando con un firme y alegre movimiento de la pértiga. Los músculos de sus brazos perfectos, se tensaban y se distendían en torno a los hombros como inquietas serpientes. En sus cerebros meditabundos habitaba la veneración a la matanza, un delicioso sueño sangriento. "¡Adelante!" decía su mente. "¡Adelante! ¡Uf!, la batalla está dos pasos más cerca. ¡Adelante! ¡Uf! Panamá, las

sabanas de sangre están dos pasos más cerca." La larga hilera de embarcaciones se retorció río arriba como una gigantesca serpiente articulada.

El largo y caluroso día iba entrando despacio en la noche y no se había visto ni un ser humano a lo largo de la ribera. Esto era grave, pues no llevaban comida en las barcas. No había espacio para la comida. Era necesario hasta el último milímetro para los hombres y las armas. En realidad, el agua lavaba las cubiertas bajas de las balsas artilladas. Era bien sabido que había muchas plantaciones a las orillas del río, en las que podía alimentarse un ejército hambriento; por eso habían partido los piratas sin alimentos hacia Panamá. Habían buscado durante todo el día una plantación y sólo habían visto la verde selva enmarañada.

La primera embarcación llegó por la noche a un desembarcadero de palos. Una lánguida estela de humo se alzaba tras una hilera de árboles plantados. Los bucaneros saltaron al agua entre gritos de alegría y caminaron hasta la orilla. Blasfemias y desesperación; habían prendido fuego a los edificios y los habían abandonado. El humo salía de la negra pira de lo que había sido un granero; no quedaba grano comestible. Las huellas profundas que se perdían en la húmeda selva les indicaron hacia dónde se habían llevado el ganado; pero las huellas eran de hacia unos dos días.

Los hombres hambrientos regresaron al río. Muy bien. Hoy pasarían hambre. El hambre era parte de la guerra, algo con lo que había que contar y que había que soportar. Seguro que al día siguiente divisarían casas en las que encontrarían vino fresco y delicioso; corrales donde las vacas gordas cabecearan estúpidamente esperando que las sacrificaran. Un bucanero, un auténtico bucanero, daría la vida por un vaso de vino agrio o un poco de conversación con una de las mujeres morenas de España. Ésas eran las alegrías de la vida, y no importaba que le apuñalaran a uno antes de terminar la bebida o la conversación; pero el hambre... bueno, seguro que al día siguiente encontrarían comida.

Pero el sol volvió a salir: una blanca úlcera febril en el cielo. El río seguía con sus recodos disparatados y, en las orillas, granjas abandonadas y ni rastro de comida. La noticia de la invasión les había precedido como un espantoso mensaje de peste. No quedaban hombres ni animales para recibir a los bucaneros.

Al tercer día, encontraron un montón de cueros de vaca recientes y los machacaron entre piedras para ablandarlos y poder comerlos. Algunos hombres se habían comido a medias los cinturones. En una ocasión, encontraron un poco de maíz quemado en un granero que todavía estaba ardiendo y algunos piratas murieron entre grandes dolores por engullirlo a toda prisa.

Cazaron en la selva, buscando entre los árboles cualquier ser vivo que pudieran comer. Pero hasta los monos y los felinos parecían aliados de España. La selva estaba silenciosa, no había ni una criatura. No quedaban más seres vivos que los insectos voladores.

De vez en cuando, algún pirata conseguía atrapar una culebra y la asaba vigilándola hosco. Algunos atraparon ratones y se los comieron inmediatamente por miedo a que se los robaran.

A los cuatro días de viaje, el río se hizo demasiado poco profundo para seguir en balsa. Llevaron a tierra los cañones; desde allí los arrastrarían los hombres por el estrecho sendero. Los bucaneros se dispersaron en una columna desordenada mientras delante iba un enjambre de afanosos indios, animados por su sueño sanguinario, abriendo paso y despejando el camino a través de la selva con sus pesados machetes. Vieron alguna partida de españoles que escaparon y, de vez en cuando, pequeños grupos de indios españoles salían de la espesura como nidadas de codornices; pero ningún enemigo se detuvo el tiempo suficiente para luchar. En una ocasión descubrieron junto al sendero un lugar preparado para una emboscada; un muro de tierra y cenizas de muchas fogatas. Estaba abandonado. El terror había dominado a los soldados enviados a luchar y habían huido.

Los hombres avanzaban penosamente, acercándose a Panamá.

Su entusiasmo por la conquista se había apagado; maldecían a su jefe por no haber llevado víveres. Seguían avanzando por la pura fuerza del ejemplo del capitán Morgan.

Les había guiado desde el principio, pero ahora, a la cabeza de las exhaustas tropas, hasta el mismo Henry Morgan estaba empezando a dudar si deseaba ir a Panamá hasta tal extremo. Intentó recordar la fuerza que le había impulsado a seguir aquel camino, el imán de la belleza desconocida. La Santa Roja se había ido borrando de su imaginación a medida que aumentaba su hambre.

No podía recordar su deseo con claridad. Pero tenía que seguir aunque perdiera todo el deseo. Un fallo, un momento de indecisión, dispersaría sus victorias como palomas.

Coeur de Gris estaba a su lado, como lo había estado desde el principio, un Coeur de Gris ojeroso ahora, que se tambaleaba un poco al caminar. El capitán Morgan contempló con orgullo y piedad

a su segundo. Vio sus ojos como cristal poco profundo y en ellos un brillo intenso, como de locura inminente. El capitán Morgan se sentía menos solo con el joven a su lado. Sabía que Coeur de Gris se estaba convirtiendo en una parte de si mismo.

El calor del sol caía del cielo como lluvia ardiente. Golpeaba la tierra y se alzaba luego lentamente, impregnado de humedad y del aroma nauseabundo de hojarasca y raíces en descomposición.

Coeur de Gris cayó de rodillas abatido por el calor, pero se incorporó de inmediato y siguió caminando penosamente. Henry Morgan advirtió su paso tambaleante y miró indeciso el camino que les faltaba.

-Quizá debiéramos descansar aquí-dijo-. Los hombres están agotados.

-No, no. Tenemos que seguir -repuso Coeur de Gris-. Si nos detenemos ahora, luego los hombres estarán aún más débiles para reemprender la marcha.

-No sé a qué tanto afán de seguir adelante -dijo Henry Morgan pensativo-. Insistes en seguir cuando incluso yo empiezo a vacilar. ¿Qué es lo que esperas encontrar en Panamá, Coeur de Gris?

-No espero encontrar nada -repuso el joven-. ¿Trata de atraparme en una declaración de deslealtad? Sé que la presa es suya antes de que lleguemos. Lo admito, capitán. Pero, compréndalo, soy como una gran piedra lanzada monte abajo, ésa es la única razón que tengo para ir a Panamá. Usted, señor, me puso en movimiento.

-Es extraño que desee tanto Panamá -dijo Henry Morgan.

Coeur de Gris se volvió hacia él con el rostro encendido por la furia.

-No desea usted Panamá. Es la mujer lo que quiere, no Panamá -su tono era tan amargo como sus palabras; se apretaba las sienes con las palmas.

-Es verdad -murmuró el capitán-. Es cierto que deseo a la mujer; pero eso es aún más extraño.

¿Extraño? -estalló Coeur de Gris furioso. Gritó: ¿Extraño? ¿Por qué es extraño desear a una mujer que todo el mundo sabe que es hermosa? ¿Llamaría usted extraños a todos estos hombres, llamaría extraños a todos los varones de la tierra? ¿O es que está usted dotado de un anhelo divino? ¿Tiene el cuerpo de un Titán? ¡Extraño! Sí, seguramente, mi capitán; ¡el coito y el deseo son cosas absolutamente únicas entre hombres!

-Pero creo que es más que lujuria -dijo-. No puedes comprender mi anhelo. Es como si me afanara por una paz inconcebible. Y esta mujer es el puerto de toda mi búsqueda. No pienso en ella como hembra con brazos y pechos, sino como un momento de paz tras el tumulto, un perfume tras la fetidez rancia. Sí, me parece extraño. Cuando pienso en los años que han pasado me asombra mi actividad. Me creé graves complicaciones por estúpidos objetos dorados. No conocía el secreto que hace de la tierra un camaleón gigantesco. Mis pequeñas guerras me parecen las confusas peleas de una persona ajena a mí, de alguien que ignora cómo hacer cambiar de color al mundo. Antes lloraba cuando cada satisfacción moría en mis brazos. ¿No es extraño que todas mueran? No conocía el secreto. No, tú no puedes entender mi anhelo.

Coeur de Gris se apretaba las doloridas sienes con las manos.

-¡No entiendo! -gritó despectivamente-. ¿Cree que no entiendo? Lo sé; para usted sus sentimientos son cosas nuevas, revelaciones importantísimas. Sus fracasos son inauditos. Esa gigantesca vanidad le impedirá comprender que este londinense que va detrás de usted..., si, el que a veces se retuerce en el suelo con un ataque...

pueda sentir la misma esperanza y desesperación que usted. No puede creer que estos hombres sientan tan intensamente como usted. Supongo que desbordaría sus suposiciones más desenfrenadas el que le dijera que deseo a la Santa Roja tanto como usted y que podría decirle frases dulces quizá mejor que usted.

Ante esta avalancha de palabras el capitán Morgan se había sonrojado. No lo creía. Era monstruoso pensar que aquellos hombres sintieran como él. De alguna forma, tal comparación le hacía indigno.

-¿Se pregunta por qué digo estas cosas? -prosiguió Coeur de Gris-. Se lo explicaré. El dolor me ha enloquecido y voy a morir.

Se alejó en silencio un breve trecho. Luego, dio un grito y cayó pesadamente al suelo.

El capitán Morgan se quedó mirándole durante todo un minuto. Una violenta oleada pareció abrirse paso entonces en su pecho. Supo en aquel instante hasta qué punto había llegado a estimar al joven, supo que no soportaría perderle. Se arrodilló junto al silencioso cuerpo del muchacho.

¡Agua! -gritó al bucanero más próximo, y cuando el hombre se quedó mirándole sin hacer nada, repitió-: ¡Agua!... trae agua. ¡Agua!

Tiraba histéricamente con una mano de la pistola del cinto. Le trajeron agua en un sombrero. Todos los piratas vieron al duro capitán, arrodillado en el suelo, acariciando a Coeur de Gris el cabello empapado y brillante.

El joven abrió lentamente los ojos e intentó incorporarse.

-Lo siento, capitán. El dolor de cabeza, ¿sabe?... El sol me ha hecho perder el juicio. ¡Tiene que levantarse, señor! Los hombres le perderán el respeto si le ven aquí arrodillado.

-¡No te muevas, muchacho! ¡Estate tranquilo! Todavía no debes moverte. Tengo miedo. Por un momento, creí que estabas muerto y todo el mundo se marchitó. ¡Quédate echado tranquilo!

Ahora estoy contento. No debes moverte. Tomaremos juntos la Taza de Oro y será un cáliz de dos asas.

Alzó entonces a Coeur de Gris y lo llevó a la sombra de un gran árbol. Mientras recobraba las fuerzas, los bucaneros descansaron en el suelo.

Recostado en el árbol, Coeur de Gris sonreía al capitán con un extraño afecto femenino.

-¿Soy como ese londinense, eh? -preguntó Henry Morgan, con cierta tristeza- ;¿ como el londinense al que le dan ataques?

Coeur de Gris se echó a reír.

-No sabe absolutamente nada de ese individuo. Podría estar orgulloso de parecerse a él. Se lo explicaré, porque sé que le considera un muñeco de palo que cumple órdenes. Se llama Jones.

Siempre ha querido predicar el Evangelio. Creía que sus ataques eran visitas del Espíritu Santo, que le probaba así para alguna misión divina. La guardia le detuvo cuando hablaba a la gente en una esquina en Londres. Le declararon vagabundo y le embarcaron para las islas.

"Y cuando terminó la condena, se hizo pirata para no morir de hambre. Y una vez, en el reparto del botín le tocó una esclava, una española con sangre negra. Se casó con ella para salvar su honra.

No sabía lo poco que había que salvar. Verá, señor, su esposa es católica. Y no le deja leer la Biblia en casa. Y, ¿sabe, señor? Él cree verdaderamente que la condición de ladrón le ha robado el éxito.

No el éxito como lo entendemos usted y yo, sino el que procede del especial favor de Dios. Cree que podría haber sido un Savonarola protestante.

-Pero los ataques -dijo Henry Morgan-... esos horribles ataques... los he visto.

El joven volvió a reírse.

-¿Los ataques? Ah, los ataques son un don... una reliquia familiar.

-¿Y crees que siente?

-Sí, tal vez. Recuerde, se casó con ella para salvar su honra, y la mantuvo a su lado después de descubrir cuál era su honra. Y cuando se reparta el botín, le verá pedir tímidamente un crucifijo.

Le llevará un crucifijo de Panamá. ¡Piénselo! Es un cismático que se ha apartado de la iglesia. ¡Aborrece los crucifijos!

XIX

Los bucaneros prosiguieron la marcha hacia Panamá. Habían comido cuero y raíces amargas de la selva, roedores y culebras y monos. Tenían las mejillas hundidas bajo los pómulos; los ojos les brillaban, febriles. Ahora que había desaparecido el entusiasmo, les mantenía en marcha la fe en la infalibilidad de su capitán. Morgan no podía fracasar porque nunca había fracasado. Seguro que tenía un plan que les llenaría los bolsillos con el dinero del Nuevo Mundo. Y la palabra oro, aunque había perdido su significado real, era más importante que la palabra hambre.

A la octava mañana del viaje, un explorador se presentó al capitán Morgan.

-El camino está bloqueado, señor. Han levantado un pequeño terraplén y colocado cañones.

A una orden, la vanguardia de la culebreante columna se desvió a la izquierda y empezó a abrirse paso entre la maleza más tupida.

Por la noche llegaron a la cima de una pequeña loma y allá abajo divisaron la ciudad de Panamá, bañada por la luz dorada del sol poniente. Los hombres se volvían a mirarse unos a otros para comprobar que no se trataba de una alucinación personal.

Un pirata avanzó hasta el borde mismo de la colina. Allí se detuvo y gritó frenético; sus compañeros le vieron entonces echar a correr colina abajo, enarbolando la espada. En la hondonada pastaba un rebaño de ganado, abandonado seguramente por algún español descuidado. En un segundo, los mil cuatrocientos hombres corrían loma abajo. Mataron las vacas con las espadas; arremetieron contra los despavoridos animales y los acuchillaron. Pronto, muy pronto, la sangre goteaba por las barbas de los hombres famélicos, las gotas rojas les caían sobre las camisas. Durante la noche se atiborraron hasta perder el sentido.

Al amparo de la oscuridad, los exploradores piratas recorrieron el llano como hombres lobos; se deslizaron hasta las murallas y contaron los soldados que había ante la ciudad.

Y por la mañana temprano, el capitán Morgan levantó a sus hombres y los reunió para darles las órdenes para la batalla. Henry Morgan conocía muy bien el alma del bucanero. Les lavó el cerebro y los dispuso para la batalla. Conjuró sus temores:

-Hay nueve días de viaje hasta la desembocadura del río, donde están las naves..., nueve días, y ni rastro de comida. Aun en el caso de que quisierais escapar no conseguiríais llegar a los barcos. Y ahí está Panamá. Mientras vosotros dormíais como puercos, los exploradores hicieron su trabajo. Delante de la ciudad están formados cuatro mil soldados, con caballería a los flancos. No se trata de campesinos con pistolas y cuchillos; son soldados adiestrados, con casacas rojas. Y eso no es todo. Tienen toros preparados para echárnoslos encima... a vosotros, cazadores de ganado.

Una risotada recibió sus últimas palabras. Muchos de aquellos hombres habían vivido en la selva y habían subsistido cazando ganado salvaje.

El capitán reavivó su avaricia:

-Hay oro y joyas sin cuento en la ciudad. Todos seréis ricos si triunfamos.

Y su apetito:

-Pensad en las carnes asadas, en los barriles de vino que habrá en las bodegas, en los embutidos especiados. ¡Imaginadlos!

Su lujuria:

-Y hay en la ciudad esclavas y miles de mujeres, ¡sólo Dios sabe! Vuestro único problema será decidir cuáles elegir entre la multitud que se rendirá ante nosotros. Y no se trata de sucias campesinas, sino de grandes damas que yacen en lechos de seda.

¿Cómo sentiréis la piel en camas como éstas? ¿Lo imagináis?

Y, por último, como los conocía muy bien, alzó los estandartes de su vanidad:

-El nombre de los que participen en la lucha subirá los peldaños de la historia. Esto no es pillaje sino una guerra gloriosa. Imaginaos a la gente de Tortuga señalándoos y diciendo: "Ese hombre estuvo en la batalla de Panamá, ese hombre es un héroe, y es rico".

Pensad cómo os perseguirán las mujeres de Gonave cuando volváis a casa. Ante vosotros tenéis la Taza de Oro. ¿Queréis huir? Hoy morirán muchos en el campo de batalla, pero los que sobrevivan se llevarán el oro de Panamá a casa en los bolsillos.

Un bronco vitoreo siguió a estas palabras. Los franceses le tiraban besos con la mano; los caribes parloteaban y revolvían los ojos.

Los holandeses contemplaban embotados la blanca ciudad.

-Una cosa más -dijo el capitán-. El escuadrón se desplegará formando una línea, conozco a estos capitanes españoles. Les gusta hacer la mayor exhibición posible. La orden es disparar, que disparéis al centro, todos. Y una vez debilitado el centro, cargáis y los dividís.

Salieron al llano, formando una compacta multitud. Iban en vanguardia doscientos tiradores y el resto se agrupaba detrás.

Y don Juan, el gobernador de Panamá, estaba con su ejército, una larga hilera de soldados de infantería formando en compañías de dos en fondo. Contempló la burda formación del enemigo con desprecio. Dio la señal para el primer avance casi jovial.

La caballería española osciló, girando y dando vueltas por el llano. Ahora formaban una V, ahora un cuadrado. Moviéndose a un trote rápido, hicieron todas las intrincadas maniobras de una parada; formaron triángulos, tes. En determinado momento, todas las espadas brillaban a la luz del sol, que desapareció luego mediante giros de muñeca y relumbró luego otra vez. Don Juan gemía de admiración.

-Miradlos, amigos míos; mirad a Rodríguez, ¡mi querido capitán Rodríguez!, ¿verdaderamente te he enseñado yo todo eso?

¿Es posible que sea éste el Rodríguez al que tuve en mis brazos hace tan poco tiempo? Era un minuto entonces y hoy es un hombre y un héroe. Mirad la fila, la seguridad, la precisión. Mirad a Rodríguez con su compañía, amigos míos. ¿Cómo podrían esas bestias de bucaneros vencer a jinetes como los míos?

A la cabeza de su compañía, Rodríguez parecía oír las alabanzas del gobernador. Tensó los hombros. Se irguió en los estribos y dio la señal de cargar. Las cornetas sonaron entusiastas. Los cascos levantaron un sonido hueco al correr sobre la hierba. Su avance era como una ola roja de cresta plateada. Rodríguez se volvió en la silla y contempló con orgullo a los hombres de su compañía que le seguía con arrojo, cumpliendo sus órdenes como si fueran los múltiples miembros de un gran organismo regido por su cerebro. Cada sable se alineaba paralelo al pescuezo del caballo. Rodríguez se volvió a contemplar una vez más su amada Panamá antes del choque.

Y entonces, la compañía en pleno cayó de bruces en la ciénaga. Sabían que estaba allí, pero con el entusiasmo del momento y la emoción de sus figuras lo habían olvidado. En un instante, la caballería de Panamá era un amasijo informe de hombres y animales caídos.

Eran moscas atrapadas en un papel matamoscas verde.

Don Juan contempló aturdido el montón de cuerpos magullados y retorcidos de la llanura y se echó a llorar, sollozaba como el niño que contempla su precioso juguete destrozado en el camino.

No sabía qué hacer. El disgusto le embotaba la mente. Dio la vuelta y se encaminó lenta y pesadamente a casa. Iría a oír misa a la catedral, pensó.

Los funcionarios y los oficiales españoles estaban frenéticos.

Uniformes dorados y rojos se apresuraban en todas direcciones.

Los oficiales daban órdenes a gritos. El joven teniente que había ideado lo del ganado consiguió al fin hacerse oír.

-Soltemos los toros..., los toros -gritaba una y otra vez, hasta que los demás empezaron también a gritarlo. Los indios que sujetaban los toros les quitaron los aros de los ollares y agujonearon a los enormes animales con las agujadas. El rebaño salió lentamente al llano. Un monstruo rojizo inició una lenta carrera y acto seguido toda la manada estaba corriendo.

-Aplastarán a esos filibusteros en la hierba -dijo sabiamente un oficial español-. Cuando hayan pasado sólo quedarán en el suelo ensangrentado botones y fragmentos de armas.

Los toros trotaron lentamente hacia la desordenada línea de bucaneros. De pronto, los doscientos tiradores se arrodillaron y dispararon... dispararon rápidamente, como cazadores. Un muro pateante y mugiente pareció alzarse en el camino de los animales que corrían. Los que no estaban heridos se detuvieron en su carrera, olfatearon la sangre, giraron y salieron aterrados de estampida en la otra dirección, hacia las filas españolas. El oficial tenía razón. Sólo dejaron a su paso botones, armas rotas y hierba ensangrentada.

Los bucaneros habían cargado en el horror de la estampida.

Ahora se precipitaron en el hueco que habían dejado los toros y atacaron a los defensores divididos a derecha e izquierda. Se oyeron algunos gritos de guerra, pero aquellos soldados continentales no podían entender semejante tipo de lucha. Aquellos espantosos vagabundos se reían y atacaban y mataban a los hombres con ambas manos. Los hombres de España resistieron un poco; pero luego se les achicó el corazón bajo las hermosas casacas rojas y corrieron a ocultarse en la selva. Pequeños grupos de bucaneros les persiguieron, disparando a los que caían agotados. Las tropas de defensa no tardaron en dispersarse. Algunos hombres se subieron a los árboles y se ocultaron entre el follaje; otros se perdieron en las montañas y no aparecieron jamás. La Taza de Oro se extendía desvalida ante Henry Morgan.

Una muchedumbre de hombres vociferantes cruzó la puerta indefensa de la ciudad y avanzó por la calle mayor. Parte de las filas cambiaban de rumbo en los cruces de las calles, como un río que cambiara su curso y desembocara en sus afluentes. De vez en cuando, una partida se separaba del cuerpo principal y se encaminaba a una de las imponentes mansiones. Patadas en la puerta, alboroto; la puerta se combaba hacia dentro como la tapa de un enorme libro. Los hombres se amontonaban para entrar: gritos y algún que otro chillido. Una vieja se asomó a una ventana y miró con curiosidad a los invasores. La decepción se dibujó en su rostro.

- ¡Eh! -gritó a otra ventana del otro lado de la calle-. Mirad esto, ¿queréis? Estos ladrones se parecen muchísimo a nuestros españoles. No tienen nada de diablos, sólo son hombres.

Parecía lamentar la humanidad de los bucaneros. Movi6 la cabeza como si renunciara a ellos por ser solamente hombres.

A primera hora de la tarde, se declar6 un incendio. Las llamas alanceaban el cielo. Se incendi6 un barrio, una calle. Media ciudad estaba ardiendo.

Henry Morgan se encamin6 al palacio del gobernador para establecer all6 el cuartel general; y all6, a la entrada, estaba don Juan P6rez de Guzm6n, con el sable desenvainado en la mano.

XX

-Soy el gobernador -dijo entrecortadamente-. Mi pueblo confiaba en que le defendiera de esta plaga. He fracasado..., pero quiz6 consiga matarle.

Henry Morgan baj6 la vista. Aquel individuo hist6rico ten6a algo que le intimidaba.

-Yo no provoqu6 el incendio -dijo-. Supongo que lo ha hecho alguno de sus esclavos para vengarse.

Don Juan avanz6 hacia 6l con el sable en la mano.

-¡En guardia! -grit6.

El capit6n Morgan no se inmut6.

La espada del gobernador cay6 al suelo.

-Soy un cobarde, un cobarde -grit6-. ¿Por qu6 no atacu6 sin hablar? ¿Por qu6 no se defendi6? ¡Soy un cobarde! Esper6 demasiado tiempo. No deb6a haber hablado, s6lo clavarle el acero en la garganta. Hace un momento deseaba morir..., morir como una especie de expiaci6n por mi fracaso... y llevarle conmigo, como una ofrenda de paz a mi conciencia. Panam6 ha muerto... y yo tambi6n debo morir. Es como si un dedo siguiera viviendo cuando el cuerpo ha muerto. Pero ya no puedo morir. No tengo valor. Y no puedo matarle. Comprendo que fing6a. ¡Ay, si al menos hubiera actuado con rapidez! Si no hubiera hablado...

Se encamin6 a la puerta de la ciudad y al campo abierto. Henry Morgan se qued6 mir6ndole; le vio alejarse de la ciudad caminando tambaleante.

Lleg6 la noche. Casi toda la ciudad estaba en llamas, era un huerto de fuego rojo. La torre de la catedral se derrumb6 lanzando al aire un firmamento de chispas. Panam6 mor6a en un lecho de llamas y los bucaneros mataban a la poblaci6n en las calles.

El capit6n Morgan pas6 toda la noche sentado en la sala de audiencia, en tanto que sus hombres iban amontonando all6 el bot6n.

Echaron en el suelo como leña las barras de oro, tan pesadas que hac6an falta dos hombres para transportar una con dificultad. Hab6a montoncitos de joyas como pilas de heno resplandeciente, y, apiladas en un rinc6n, las preciosas vestiduras eclesiales, los art6culos de un antiguo mercado de ropa celestial.

Henry Morgan se hab6a sentado en una silla alta con lo que parec6an serpientes talladas.

-¿Hab6is encontrado a la Santa Roja?

-No, se6or. Las mujeres de la ciudad m6s bien parecen diablos.

Llevaban a su presencia a los prisioneros para someterlos a tortura con unas empulgueras que hab6an sacado de una prisi6n espa6ola.

-¡De rodillas! ¿Tus bienes? [Silencio] ¡Da la vuelta, Joe!

-¡Piedad! ¡Piedad! Os guiar6; lo juro. En una cisterna cerca de mi casa.

Otro:

-¡De rodillas! ¿Tus bienes? ¡Da la vuelta, Joe!

-Os guiar6.

Eran constantes, implacables e insensibles como maestros matarifes de un corral de vacas.

-¿Hab6is encontrado a la Santa Roja? ¡Os colgar6 a todos si le hacen da6o!

-Nadie la ha visto, capit6n. Casi todos los hombres est6n borrachos.

A lo largo de toda la noche... los prisioneros salían en cuanto confesaban hacia el lugar en que habían ocultado sus bienes, acompañados por una partida de porteadores que no tardaban en regresar, con vajillas y copas de plata, joyas y ropa de seda de colores. El resplandeciente tesoro de la sala de audiencia se estaba convirtiendo en un montón enorme.

Y el capitán Morgan, insistía cansinamente:

-¿Habéis encontrado a la Santa Roja?

-No la hemos encontrado, capitán, pero seguimos buscando y preguntando por toda la ciudad. Quizá a la luz del día, señor...

-¿Dónde está Coeur de Gris?

-Creo que está borracho, señor, pero... -el hombre apartó la vista del capitán.

-¿Pero qué? ¿Qué quieres decir? -gritó el capitán.

-Nada; no quiero decir nada en absoluto, señor. Es casi seguro que está borracho. Pero hacen falta tantos galones de vino para que se emborrache y a lo mejor entretanto ha encontrado una amiga.

-¿Le habéis visto con alguien?

-Sí, capitán, le vi con una mujer y ella estaba borracha. Juraría que Coeur de Gris también lo estaba.

-¿Crees que la mujer podría ser la Santa Roja?

-Ah, no, señor; estoy seguro de que no era ella. Sólo una de las mujeres de la ciudad, señor.

La vajilla de oro arrojada al montón resonó con estruendo.

XXI

Un alba amarillenta asomó por las pequeñas colinas pintadas de Panamá, cobrando fuerza a medida que avanzaba por el llano. El sol resplandecía tras un picacho; sus rayos dorados buscaban la ciudad. Pero Panamá había muerto, había cedido a la rápida destrucción del fuego en una noche roja. Pero como el sol es una esfera veleidosa, sus anhelantes rayos se regocijaron con la novedad. Iluminaron las pobres ruinas, atisbaron los rostros vueltos hacia arriba de los muertos, recorrieron las calles en desorden, cayeron de plano en los patios destrozados. Y llegaron al blanco palacio del gobernador, saltaron por las ventanas de la sala de audiencias y acariciaron el dorado montón del suelo.

Henry Morgan estaba dormido en la silla de las serpientes. Tenía la chaqueta morada manchada de barro del llano. Su sable de vaina gris yacía en el suelo a su lado. Estaba solo, pues todos los hombres que habían contribuido a mondar los huesos de la ciudad durante la noche, se habían ido a beber y a dormir.

Era una habitación amplia, de techo alto, con paneles de cedro barnizado en las paredes. Las vigas del techo eran tan negras y pesadas como hierro viejo. Había sido sala de juicios, salón de banquetes de boda, lugar donde se agasajaba o se asesinaba a los embajadores. Una puerta daba a la calle; la otra, una entrada amplia, en forma de arco, daba a un precioso jardín interior. En el centro del jardín, una pequeña ballena de mármol lanzaba un surtidor constante en un estanque. Había plantas enormes en macetas rojas vidriadas, plantas de hojas purpúreas y flores cuyos pétalos tenían puntas de

flecha o corazones o cuadrados morados. Había arbustos, alineados con firme tracería de los rabiosos colores de la selva.

Un mono no más grande que un conejo revolvía y examinaba la tierra del sendero buscando semillas.

En uno de los asientos de piedra del jardín estaba sentada una mujer. Partía en trocitos una flor amarilla mientras cantaba fragmentos de una canción tierna y absurda:

-Deshojaré la flor del día para ti, mi amor, donde crece en el amanecer.

Tenía los ojos negros, pero opacos; del negro suave y brillante de las alas de una mosca muerta; y bajo los párpados se le marcaban pequeñas arrugas. Podía alzar los párpados inferiores y sus ojos brillaban sonrientes aunque su boca permanecía severa y plácida. Tenía la piel muy pálida, y el cabello liso y negro como obsidiana.

Miraba ora la inquisitiva luz del sol, ora a la puerta arqueada de la sala de audiencia. Guardó silencio. Prestó atención un momento; prosiguió luego el suave canto. Sólo se oía el lejano crujir del fuego que seguía ardiendo entre las cabañas de palma de los esclavos en los arrabales de la ciudad. El monito recorrió el sendero en un alegre trotecillo tortuoso. Se paró junto a la mujer y alzó las manos negras sobre la cabeza como si estuviera rezando.

La mujer le habló con suavidad:

-Has aprendido bien la lección, Chico. Tu maestro fue un castellano con un mostacho horrendo. Le conozco bien. ¿Sabes, Chico? Quiere lo que considera mi honra. No se dará por satisfecho hasta que haya añadido mi honra a la suya, y entonces será casi jactancioso. No tienes idea del tamaño y el peso de esta honra tal como es. Pero tú te conformarías con una nuez, ¿verdad, Chico?

Echó un trocito de su flor al diminuto animal, que lo agarró, se lo metió en la boca y lo escupió con repugnancia.

-¡Chico, Chico, olvidas a tu maestro! Eso está muy mal. Así no conseguirás la honra de ninguna mujer. Ponte la flor sobre el corazón, bésame la mano con un chasquido sonoro y luego corre como una oveja furiosa en busca de los lobos.

Se echó a reír y volvió a mirar hacia la puerta. Aunque no se oía nada, se levantó y se encaminó de prisa a la sala de audiencia.

Henry Morgan se giró levemente en la silla y al hacerlo el sol le dio en los párpados. Se incorporó súbitamente y miró a su alrededor. Contempló satisfecho el botín. Luego, su mirada cayó de lleno en los ojos de la mujer que estaba bajo el amplio arco de la entrada del jardín.

-¿Ha destruido nuestra pobre ciudad a su plena satisfacción? -le preguntó la mujer.

-Yo no incendié la ciudad -se apresuró a decir Henry-. Seguro que lo hizo algún esclavo español.

Era como si le hubieran arrancado las palabras. Recordó que estaba sorprendido. Preguntó:

-¿es usted?

Ella dio un paso hacia el interior de la sala.

-Me llamo Ysobel. Me dijeron que me buscaba.

-¿Que la buscaba?

-Sí. Algunos jóvenes necios me llaman la Santa Roja -dijo ella.

-¿es la Santa Roja?

Él se había hecho una idea, había dispuesto la imagen mental de una joven de ojos azules, seráficos, que se bajarían ante la mirada fija de un ratón. Pero aquellos ojos que tenía delante no se bajarían. Tras su suave superficie negra, parecían reírse de él, no tomarle en serio. Aquella mujer tenía el rostro afilado, casi de halcón. Era hermosa, ciertamente, pero era la suya la belleza dura y peligrosa del relámpago. Y tenía la piel blanca... nada rosada.

-¿Es usted la Santa Roja?

No estaba preparado para este cambio de idea. Le sorprendía semejante agresión a sus ideas previas. Pero su pensamiento le recordaba que más de mil doscientos hombres se habían abierto paso por la selva y habían caído sobre la ciudad como una ola brutal.

Cientos de seres humanos habían muerto entre los dolores de las heridas, cientos de ellos estaban lisiados, la Taza de Oro era una ruina; y todo para que Henry Morgan pudiera conquistar a la Santa Roja. Con semejantes preámbulos, tenía que ser cierto que la amaba. No habría ido allí si no la amara. Por mucho que le sorprendiera su aspecto no podía eludir el hecho racional de que la amaba. Tenía que ser cierto. Él siempre había pensado en la "santa" de su nombre; y ahora advertía la razón del adjetivo. Pero le dominaba ahora un sentimiento extraño... un sentimiento, sin duda alguna, nada racional. Recordaba aquellas sensaciones de un tiempo muy lejano; aquella mujer le atraía, le repelía

luego, y Podía percibir su capacidad de confundirle. Morgan cerró los ojos y la figura de una niñita esbelta de dorado cabello se alzó en la oscuridad de su cerebro.

-Es como Elizabeth -dijo, en el tono torpe y monocorde del sueño-. Es igual y a la vez no se parece en nada. Quizá domine el poder que ella sólo estaba empezando a aprender a manejar. Creo que la amo, pero no lo sé. No estoy seguro.

Había entrecerrado los ojos y cuando los abrió no vio ante sí a la fantasmal Elizabeth sino a una mujer real. Una mujer que le miraba con curiosidad y tal vez, pensó, con cierto afecto. Era extraño que acudiera a él sin que nadie la hubiera obligado. Tenía que estar fascinada. Buscó en su memoria las frases que había elaborado en el camino a través del istmo.

-Tiene que casarse conmigo, Elizabeth... Ysobel. Creo que la amo. Tiene que venir conmigo y vivir conmigo y ser mi esposa bajo la protección de mi nombre y de mi mano.

-Pero yo ya estoy casada -dijo ella-, bastante satisfactoriamente casada.

Él ya lo había previsto. Durante las noches de la marcha había planeado esta campaña tan cuidadosamente como si fuera una batalla.

-¿Pero es acaso justo que dos que se encuentran y arden inflamados, tengan que separarse para la inmensa eternidad, que deban distanciarse en el vacío infinito; que cada uno de ellos dos tenga que llevar las negras ascuas de un fuego que no se ha consumido? ¿Hay algo bajo el cielo que nos impida este arder? El cielo nos dio el combustible inmortal. Los dos ardemos de amor por el otro. Ay, Ysobel... niéguelo o huya de tan molesto conocimiento si lo desea. Vibrará a mi contacto como el cuerpo perfecto de un viejo violín.

"Creo que tiene miedo. Hay en su mente un profundo recelo hacia el mundo; el mundo entremetido, el mundo malévolo. Pero no tema, pues le digo que este mundo es un ciego gusano achacoso, que sólo conoce tres pasiones: envidia, curiosidad y odio. Y es fácil vencerlo, basta con hacer del corazón un universo en sí mismo. El canalla que carece de corazón no puede entender cómo funciona.

Yace desconcertado por las estrellas de este nuevo sistema.

"¿Por qué le digo estas cosas, Ysobel... sabiendo que las comprenderá? Tiene que comprenderlas. Quizá lo sé por la dulce música oscura de sus ojos. Quizá leo los palpitantes latidos de sus labios. Su palpitante corazón es un pequeño tambor que me insta a combatir sus temores. Sus labios son como pétalos gemelos de un hibisco rojo.

"¿Y he de temer acaso, si la hallo hermosa, una circunstancia aciaga? ¿He de ocultar mis pensamientos a quien más interesan aparte de a mí mismo? No nos alejemos llevando las ascuas apagadas de una llama que no se ha consumido.

Al empezar él a hablar, ella había escuchado atentamente sus palabras; luego, un leve dolor fue cubriendo su rostro; pero cuando terminó, los ojos de la mujer sólo expresaban regocijo... regocijo y una burla oculta. Ysobel reía suavemente.

-Sólo olvida una cosa, señor -dijo-. Que yo no ardo. No sé si volveré a hacerlo alguna vez. No está enamorado de mí... y esperaba que lo estuviera. Vine a comprobarlo. He oído las mismas palabras tantas y tantas veces en París y en Córdoba que me aburren, me aburre oír siempre lo mismo. ¿Hay acaso un libro para instruir a los amantes en ciernes? Los españoles dicen las mismas cosas, pero sus ademanes son más diestros y por ello algo más convincentes. Tiene mucho que aprender.

Guardó silencio. Henry miraba al suelo. Su confusión había levantado una niebla de torpeza en su cerebro.

-Tomé Panamá por usted -dijo en tono lastimero.

-Oh... ayer deseaba que lo hiciera. Ayer soñaba con que lo hiciera, pero hoy... lo siento -hablaba con suavidad y con una gran tristeza-. Cuando oí hablar de usted y de sus hazañas a un lado y otro del océano, pensaba en usted, de alguna forma, como en el único realista de la tierra de la vacilación. Soñaba que llegaría algún día, armado de una lujuria trascendente, muda, y que forzaría mi cuerpo con brutalidad. Ansiaba una brutalidad irracional y muda. El pensar en ello me sostenía cuando mi esposo me exhibía.

Él no me amaba. Sólo le halagaba la idea de que yo le amase a él.

Eso le daba importancia y encanto a sus propios ojos, cualidades que no poseía. Me paseaba por las calles y su expresión decía:

"¡Mirad con lo que me he casado! ¡Ningún hombre vulgar se casaría con una mujer así; pero yo no soy un hombre vulgar." Me tenía miedo... un hombrecillo que me tenía miedo. Me decía, por ejemplo: "Con tu permiso, querida mía, ejerceré la prerrogativa de un ,esposo." ¡Oh, cómo le desprecio!

"Y anhelaba fuerza, fuerza ciega, irracional... y amor, no amor por mi alma ni por alguna supuesta belleza de mi mente, sino amor por el blanco fetiche de mi cuerpo. No deseo suavidad. Yo soy suave. Mi marido se pone lociones perfumadas en las manos antes de tocarme y tiene los dedos como gruesos caracoles mojados. Yo deseo sentir la presión de músculos duros y fuertes, el dolor delicioso de pequeñas heridas.

Escrutaba su rostro como buscando una vez más una cualidad que había desaparecido.

-Pensaba mucho en usted en tiempos. Llegó a convertirse en una imagen cínica de la noche. Y ahora... me parece un charlatán, un charlatán que habla de dulzura, que usa palabras consideradas y que es bastante torpe. No me parece realista en absoluto, sino sólo un fantasioso chapucero. Desea casarse conmigo... protegerme.

Todos los hombres que he conocido, a excepción de uno solo, han querido protegerme. Soy más capaz de protegerme sola, en todos los sentidos, que usted. Desde la mañana de mi primer recuerdo me ha puesto mala la palabrería. Me han vestido con epítetos, alimentado con palabras tiernas. Los otros hombres, como usted, no decían lo que deseaban. Ellos, como usted, juzgaban necesario justificar ante sí mismos su pasión. Ellos, como usted, tenían que convencerse a sí mismos, tanto como a mí, de que me amaban.

Henry Morgan había bajado la cabeza, parecía avergonzado.

Alzó ahora la vista hacia ella.

-Pues entonces la forzaré -gritó.

-Demasiado tarde. Pensaría en usted ahí plantado declamando sus remilgadas palabras. Mientras me arrancara la ropa, le imaginaria halagándome, soltando sus lindas frases. Y me temo que me echaría a reír. Podría incluso protegerme... y usted, que debe ser una especie de autoridad en violación, ha de conocer las consecuencias. No, ha fracasado... y lamento su fracaso.

-La amo -dijo él en tono lastimero.

-Lo dice como si se tratara de algo nuevo y grandioso. Me han amado muchos hombres; cientos de hombres me han dicho que me amaban. ¿Pero qué va a hacer conmigo, capitán Morgan? Mi esposo está en Perú y allí está también mi patrimonio.

-No... no lo se.

-¿Pero tengo que ser esclava..., me hará prisionera?

-Sí; tengo que llevarla conmigo. Los hombres se reirían de mí... si no. Destrozaría la disciplina.

-Pues si he de ser esclava-dijo-, si tengo que abandonar mi país, espero ser su esclava... suya, o propiedad de un joven bucanero encantador que conocí anoche. Aunque no creo que usted me lleve, capitán Morgan. No, no creo que me obligue a marcharme, pues tal vez le hundiría en el pecho mi cuchillo.

Henry Morgan sintió interés.

-¿Quién era ese joven bucanero? -preguntó malhumorado.

-Vaya, ve el cuchillo -dijo Ysobel-. ¿Y cómo voy a saberlo?

Pero era encantador y me gustaría volver a verle.

Los ojos del capitán brillaban de furia.

-La encerraré -dijo con aspereza-. Permanecerá en una celda hasta el momento de volver al Chagres. Y ya veremos si el cuchillo del que habla es lo bastante afilado para mantenerla en Panamá.

Mientras le seguía por el jardín hacia su prisión, se oyó su risa clara resonante.

-Capitán Morgan, acaba de ocurrírseme... empiezo a comprender que gran número de hombres distintos son iguales como maridos.

-Entre en la celda -le ordenó.

-Ah, capitán Morgan, encontrará a una anciana en la escalinata del palacio. Es mi dueña. Enviémela aquí, por favor. Y ahora, adiós de momento, señor; he de atender a mis devociones. El pecado que hay que eliminar, capitán Morgan, es la veracidad. Mala cosa es para el alma la verdad.

El capitán volvió lentamente a su silla de la sala de audiencia.

Le embargaba una especie de vergüenza por su hombría. Era como si aquella mujer le hubiera sacado el sable de la vaina y le hubiera hecho un corte en la cara con él mientras él se quedaba ante ella indefenso. Le había derrotado sin el menor esfuerzo visible. Le acobardaba ahora imaginar la risa de sus hombres cuando se enteraran de su azoramiento. Se reirían de él en cuanto se diera la vuelta.

Los piratas guardarían silencio cuando él pasara y cuando se fuera romperían en risotadas. Esta burla oculta le espantaba. Sus odios empezaron a alzar la cabeza: no era aborrecimiento por Ysobel, sino

por sus hombres, que se reirían de él; por los habitantes de Tortuga, que contarían la historia en las tabernas; por toda la costa india.

De la pequeña celda del otro lado del jardín, le llegaba una voz estridente que rezaba a la Virgen. Aquel sonido penetrante llenó todo el palacio de una resonancia ferviente. Henry Morgan prestó atención con el oído agudizado por la vergüenza, buscando la burla en las palabras o en el tono; pero no la encontró. Sólo un Ave Maria estridente tras otro; en un tono de pecador temeroso, suplicante:

Ora pro nobis. Un mundo destrozado y el esqueleto negro de una ciudad dorada: Ora pro nobis. Ni el menor vestigio de burla, sólo arrepentimiento dolorido, que registraba su pobre testimonio en las cuentas del rosario. La aguda voz femenina, penetrante, insistente..., parecía descubrir un pecado tremendo, irremediable. Según le había dicho, era el pecado de la veracidad.

-He vivido una existencia sincera y negra mentira es eso en el alma. Perdona la humanidad de mi cuerpo. Perdona a mi mente, que sabe sus limitaciones. Perdona a mi alma por estar sujeta este breve tiempo a ambos. Ora pro nobis.

El interminable rosario demencial ulceraba el cerebro de Henry. Por último, tomó el sable y el sombrero y salió precipitadamente a la calle. Tras él quedó el tesoro, risueño bajo el sol sesgado.

El fuego no había llegado a las calles próximas al palacio del gobernador. El capitán Morgan recorrió el camino pavimentado hasta que llegó a la zona destruida. Allí los muros negros habían derramado sus piedras en el camino. Montones de cenizas humeantes señalaban el lugar que habían ocupado las casas de madera de cedro. Se veían aquí y allá cuerpos de ciudadanos asesinados mostrando al cielo la mueca de su dolor postrero.

"Tendrán la cara negra antes de que llegue la noche -pensó Henry Morgan-. Habrá que retirarlos de aquí o cundirá la enfermedad." Revoloneantes nubes de humo se alzaban aún de la ciudad, impregnando el aire de un olor enfermizo a objetos húmedos quemados. Henry Morgan contempló incrédulo las verdes colinas del otro lado de la llanura. Las contempló detenidamente y se volvió a contemplar la ciudad. Aquella destrucción, que durante la noche le había parecido tan completa, tan espantosa, en realidad no era más que una pequeña destrucción lastimosa y limitada. No se le había ocurrido que las colinas seguirían alzándose allí, verdes. Así que aquella conquista era más o menos insignificante. Sí, la ciudad estaba destruida. Había destruido la ciudad, pero la mujer que le había llevado a la Taza de Oro le esquivaba. Se le escapaba mientras se hallaba aún en su poder. Su impotencia le estremecía; le espantaba que los demás se enteraran.

Algunos bucaneros escarbaban las cenizas, buscando objetos metálicos que pudieran haber pasado por alto durante la noche. Al volver una esquina, Henry se topó con Jones y advirtió que éste se apresuraba a esconder algo en el bolsillo. Una llamarada de furia dominó al capitán Morgan. Coeur de Gris había dicho que no existía diferencia entre aquel enano epiléptico y Henry Morgan. ¡Ninguna diferencia, en realidad! Aquel hombre era un ladrón. La furia se convirtió en imperioso deseo de herir a aquel hombrecillo, de ultrajarle, de exponerle al ridículo como le habían expuesto a él, a Henry Morgan. El capitán apretó con furia los labios.

-¿Qué tienes en el bolsillo?

-Nada... nada, capitán.

-Déjame ver lo que tienes en el bolsillo -el capitán le apuntaba con una pesada pistola.

-No es nada, señor... ¡sólo un pequeño crucifijo! Me lo encontré -sacó una cruz dorada, tachonada de diamantes, con un Cristo de marfil-. Verá, señor, es para mi mujer -le explicó.

-¡Vaya, es para tu mujer española!

-Es medio negra, señor.

-¿Sabes cuál es el castigo por ocultar botín?

Jones miro la pistola y se quedó lívido.

-Usted no... Oh, señor, no debería... -empezó a decir, en tono entrecortado. Y entonces, como si unos gigantescos dedos invisibles le atenazaran, dejó caer los brazos rígidos a los costados, abrió la boca y una luz apagada, lela, empañó sus ojos. Los labios se le llenaron de espuma. Y todo su cuerpo se retorció como un muñeco de madera que baila movido por un resorte.

El capitán Morgan disparó.

El hombrecillo pareció achicarse un momento. Encogió los hombros hasta cubrirse casi el pecho con ellos, como alas cortas.

Apretó los puños y luego, todo su cuerpo contraído cayó a tierra, agitado por las convulsiones, como un montón de espesa gelatina animada. Abrió la boca mostrando los dientes con un último gruñido de idiota.

Henry Morgan movió el cuerpo con el pie y un cambio agitó su mente. Había matado a aquel hombre. Era derecho suyo matar, quemar, saquear... y no porque fuera ético, ni siquiera porque fuera inteligente, sino porque era fuerte. Henry Morgan era el dueño de Panamá y de toda su gente. Allí no había más voluntad que la voluntad de Henry Morgan. Podía asesinar a todos los humanos del país si decidía hacerlo. Todo aquello era cierto. Nadie lo negaría. Pero allá en el palacio había una mujer que despreciaba su voluntad y su poder y el desprecio de ella era un arma más fuerte que la voluntad de él. Ella se defendía de su azoramiento y le conmovía a su conveniencia. ¿Pero cómo podía ser?, se preguntaba. Él era el único dueño de Panamá y para demostrarlo acababa de matar a un hombre. Ante este razonamiento, el poder de Ysobel declinó y desapareció lentamente. Regresaría al palacio. La forzaría como le había prometido. Aquella mujer había recibido un trato demasiado considerado. No comprendía el significado de la esclavitud, ni conocía el poder de Henry Morgan.

Dio la vuelta y se encaminó hacia el palacio. En la sala de audiencia, se deshizo de las pistolas, pero el sable gris permaneció a su costado.

Ysobel estaba arrodillada ante una estampa sagrada en la pequeña celda encalada cuando Henry Morgan se lanzó hacia ella.

La seca dueña se acurrucó en un rincón al verle, pero Ysobel se quedó mirándole fijamente; advirtió su rubor y la furia de sus ojos semicerrados. Oyó su respiración pesada y se puso de pie con una sonrisa comprensiva. Su risa resonó burlona mientras sacaba un alfiler del corpiño y adoptaba la postura del espadachín: un pie adelantado, el brazo izquierdo atrás para mantener el equilibrio, y en la mano derecha el alfiler a modo de florete.

-¡En garde! -gritó.

El capitán se abalanzó entonces sobre ella. Le rodeó los hombros con los brazos y empezó a rasgarle el vestido. Ysobel se quedó quieta, aunque movía una mano precipitadamente con el alfiler (golpeando, golpeando), como una diminuta serpiente blanca. En las mejillas y en el cuello de Henry brotaron manchitas de sangre.

-A continuación serán sus ojos, capitán -le dijo con serenidad, y le hundió tres veces el alfiler en el pómulo. Henry la soltó y retrocedió, limpiándose la sangre de la cara con el dorso de la mano. Ysobel se echó a reír. Un hombre puede golpear, puede someter a cualquier violación a una mujer que llora y corre, pero estar indefenso ante la que se resiste y se ríe.

-Antes oí un disparo -dijo ella-. Pensé que habría matado a alguien para justificar su hombría. Pero ahora su hombría se resentirá, ¿verdad? La noticia de nuestro encuentro se divulgará de un modo u otro; ya sabe cómo vuelan esas cosas. Se sabrá que le ha vencido una mujer con un alfiler en la mano.

Su tono era jactancioso y cruel.

Henry se llevó la mano a un costado y el pequeño sable se deslizó de la vaina como una serpiente congelada. La luz lamió perversamente la larga hoja. Lo sacó al fin del todo y el acero giró en su mano y apuntó al pecho de la mujer.

Ysobel palideció aterrada.

-Soy una pecadora -dijo. Y a continuación, un alivio creciente se dibujó en su rostro. Indicó a la anciana dueña que se acercara y le dijo algo en rápido y estruendoso español.

-Es cierto -le dijo la anciana-. Es cierto.

Cuando acabó de hablar con su dueña, Ysobel apartó la mantilla de fino encaje para que no se manchara de sangre. La dueña empezó a traducir.

-Señor, mi señora dice que una verdadera católica que muere a manos de un infiel va al cielo. Esto es cierto. Dice, además, que una mujer católica que muere protegiendo su sagrado voto matrimonial va directamente al cielo. Esto también es cierto. Por último, cree que una mujer así, podría, con el tiempo, ser canonizada. Estas cosas ya han sucedido. ¡Oh, señor! ¡Sea bueno, capitán! Permítame besarle la mano ahora, antes de descargar el golpe. ¡Qué gracia haber besado la mano de una santa viva! ¡Gran beneficio sería para mi alma pecadora!

Ysobel volvió a dirigirse a la dueña.

-Mi dueña le pide que aseste el golpe; es más, le insta a que lo haga, se lo ruega. Los ángeles se ciernen sobre su cabeza. Ve una gran luz y en sus oídos resuena la música celestial.

Bajó la punta del sable. Henry Morgan se dio la vuelta y salió al jardín bañado por el sol. El pequeño Chico corría por el sendero y se sentó en el umbral de la puerta abierta. El animalito unió las manos y las alzó sobre la cabeza como si rezara. El sable emitió un agudo sonido sibilante al volver a la vaina. Y el capitán Morgan se inclinó para recoger al monito. Y se alejó acariciando la cabeza de Chico con el índice.

Henry Morgan tomó una copa dorada del montón de botín. Era un precioso cáliz fino de asas alargadas y el borde de plata. En la parte exterior cuatro corderos grotescos se perseguían y, en la parte interior, al fondo, una muchacha desnuda alzaba los brazos en éxtasis sensual. El capitán le dio la vuelta. Luego, súbitamente lo tiró en la pequeña pirámide ardiente de diamantes. El pulcro montón de piedras preciosas se desparramó con un sonido seco susurrante.

Henry Morgan se dio la vuelta y volvió a su silla de las serpientes.

Pensaba en el pequeño Jones; pensaba en la mano fría de la epilepsia que le había atenazado en el último instante de vida. Aquella mano había estado siempre detrás de él, una mano gigantesca para estrujar el cuerpo del hombre hasta que las últimas gotas blancas de la agonía rezumaran de sus labios. Henry se preguntaba ahora por qué había deseado hacer daño a aquel hombrecillo, torturarlo y, por último, matarle. Un atormentador insomne había seguido a Jones toda la vida. Por supuesto, su asesinato había sido causado por las palabras de Coeur de Gris, que había dicho que Jones era como Henry Morgan. Si, ahora lo comprendía; y sentía una furiosa vergüenza por la estentórea acusación de robo. ¿Por qué no podía haberle matado sin explicación?

Y Coeur de Gris... ¿dónde estaría ahora? Había visto a Ysobel... eso era totalmente seguro... y ella se había fijado en él.

Quizá ella le amara, con su cabello claro y la curiosa atracción que ejercía entre las mujeres. ¿Y cómo podría impedir que el joven se enterara de su fracaso, de la aventura del alfiler y de la ignominiosa relación de Henry Morgan con la Santa Roja? La pistola con la que había matado a Jones estaba en el suelo. La recogió y se dispuso metódicamente a cargarla. No temía las burlas de Coeur de Gris; temía más bien su simpatía y comprensión.

Henry no deseaba comprensión ahora. Su segundo le miraría con compasión y lástima; y había algo insoportable en la lástima, algo vagamente irónico. Sería la lástima de un joven guapo que tolera el fracaso amoroso de un hombre no tan agraciado como él. Y además, Coeur de Gris era como una mujer en lo de percibir las cosas... parecido a Ysobel. Captaba información con un misterioso ojo oculto.

Y la Santa Roja. Henry tenía que llevársela, naturalmente. Era lo único que podía hacer. Quizá con el tiempo acabara enamorándose de él; aunque seguro que no por sus méritos personales. El desprecio de la mujer le había convencido de que carecía de méritos; de que era un ser monstruoso, separado de los demás hombres por su indescriptible fealdad. Ella no había llegado a decirlo, pero lo había dado a entender. No, no tenía las cualidades que atraen a una mujer cuando hay cerca otros hombres. Aunque tal vez, si ella no viera a otros hombres, podría ignorar las cualidades de las que él carecía. Podría llegar finalmente a ser algo que poseyera.

Pensó en la última escena con ella. Ahora que estaba tranquilo, su disparatada actitud le parecía la exhibición de un niño torpe.

¿Pero cómo podría haber actuado de otra forma un hombre? Ella había combatido la agresión con la risa..., una risa cruel y estridente que descubría sus motivos y se burlaba de ellos. Podría haberla matado. Pero ¿cómo podía matar un hombre a una mujer que deseaba que la mataran, que suplicaba que lo hicieran? Era imposible. Metió una bala en el cañón de la pistola.

Una figura desastrada y sucia cruzó el umbral. Era Coeur de Gris, un Coeur de Gris de ojos enrojecidos y manchado de barro, con la sangre de la batalla todavía en la cara. Se quedó mirando el montón del tesoro.

-Somos ricos -dijo, sin entusiasmo.

-¿Dónde has estado, Coeur de Gris?

-¿Estado? Bueno, he estado borracho. Es bueno emborracharse después de luchar -sonrió irónico y se lamió los labios-

Pero no lo es tanto dejar de estarlo. Es como el parto... necesario pero desagradable y nada decorativo.

-Te necesitaba a mi lado -dijo Henry Morgan.

- Me necesitaba? Tenía entendido que no necesitaba a nadie., que se sentía bastante pleno y feliz estando solo., así que me emborraché un poco. Verá, capitán, no deseaba recordar sus motivos para estar solo -hizo una pausa-. Me han dicho, señor, que la Santa Roja está aquí.

Coeur de Gris se echó a reír de la propia emoción mal disimulada. Tuvo que hacer un esfuerzo para cambiar de actitud. Adoptó un tono jocoso.

-Dígame la verdad, señor. Pequeño don es para un hombre saber lo que ha perdido. Muchas personas no tienen otro en toda la vida. Dígame, señor, ¿ha caído ya el dulce enemigo? ¿Ha capitulado el castillo de carne? ¿Flota ya el estandarte de Morgan sobre la torre rosada?

Henry enrojeció. Alzó en silencio la pistola que tenía en la mano, sostenida por una inexorable locura. Sonó un estruendo agudo, seguido de una blanca oleada de humo.

Coeur de Gris siguió como estaba. Parecía escuchar atentamente algún vibrante sonido lejano. Una mueca de terror cubrió luego su rostro. Exploraba con dedos frenéticos el pecho siguiendo el rastro de sangre hasta su origen, un pequeño agujero en el pulmón. Se metió el meñique en el agujero. Y sonrió de nuevo. Algunas cosas no le asustaban. Ahora que lo sabía, ya no estaba asustado.

El capitán Morgan miraba estúpidamente la pistola que tenía en la mano. Parecía extrañado de verla allí, espantado por su presencia.

Coeur de Gris reía ahora histérico.

-Mi madre le odiará -gritó con tristeza-. Le echará todas las antiguas maldiciones. Mi madre... - respiraba entrecortadamente-. No se lo diga. Invéntese alguna mentira brillante. Haga un minarete dorado de mi vida. No permita que acabe como una torre a medio terminar. Pero no, sólo tendrá que poner los cimientos. Si le da la base, ella completará la estructura de heroica memoria. Me hará una tumba de blancos pensamientos imprecisos -la garganta se le llenó de sangre-.¿Por qué lo ha hecho, señor?

El capitán alzó la vista.

¿Hacerlo? -vio los labios ensangrentados, el pecho herido; se levantó de la silla y se dejó caer de nuevo. El dolor le marcaba arrugas en torno a los ojos-. No lo sé -dijo-. Tendría que saberlo, pero lo he olvidado.

Coeur de Gris cayó lentamente de rodillas. Se aguantó apoyando los nudillos en el suelo.

-Son mis rodillas, señor. Ya no me aguantan -se disculpó.

Parecía escuchar otra vez a la espera del sonido vibrante. Alzó súbitamente la voz, quejándose con amargura-. Según dicen, los moribundos piensan en todo lo que han hecho. No... no... yo pienso en lo que no he hecho... en lo que podría haber hecho en los años que mueren conmigo. Pienso en los labios de las mujeres que no he conocido nunca... en el vino que duerme en la semilla de la uva...

en la rápida y cálida caricia de mi madre en Gonave. Y pienso sobre todo en que no volveré a pasear... nunca jamás caminaré al sol ni oleré los ricos aromas que la luna llena hace surgir de la tierra... Señor, ¿por qué lo ha hecho?

Henry Morgan estaba mirando otra vez fijamente la pistola.

-No lo sé -musitó malhumorado-. Tendría que saberlo, pero lo he olvidado. Una vez maté un perro... y acabo de matar a Jones. No sé por qué.

-Es usted un gran hombre, capitán -dijo con amargura Coeur de Gris-. Los grandes hombres dejan sus razones en las creadoras manos de sus apologistas. Pero yo... bueno, señor, yo ya no soy nada... nada. Hace un instante era un excelente espadachín; pero ahora mi ser... el ser que luchó y maldijo y amó... podría no haber existido, en realidad.

Le fallaron las muñecas y cayó de costado, tosiendo, por la obstrucción de la garganta. Luego, por un momento, no se oyó nada en la habitación más que su jadeo irregular luchando por respirar.

Pero súbitamente se incorporó apoyándose en un codo y se echó a reír; se reía de algún chiste cósmico, de alguna broma de las grandes esferas giratorias; se reía triunfalmente, como si hubiera solucionado un rompecabezas y comprendiera lo fácil que era. Una bocanada de sangre le anegó los labios al reírse y se atragantó. Su risa se convirtió en un suspiro borboteante; Coeur de Gris cayó lentamente de costado y se quedó inmóvil y silencioso; sus pulmones ya no alentaban.

Henry seguía mirando la pistola que tenía en la mano. Alzó lentamente los ojos hacia la ventana abierta. Los borboteantes rayos de sol hacían brillar el tesoro del suelo como un montón de metal

incandescente. Su mirada vagó hasta posarse en el cuerpo que había frente a él. Se estremeció. Y entonces se acercó a Coeur de Gris, lo levantó y lo sentó en una silla. Su cuerpo flácido cayó de un lado.

Henry lo enderezó y lo colocó bien erguido. Luego volvió a su silla de las serpientes.

-Alcé la mano así -dijo, apuntando con la pistola a Coeur de Gris-. Alcé la mano así. Tengo que haberlo hecho, Coeur de Gris está muerto. Así, la alcé... así... y apunté... ¿Cómo lo hice?

Bajó la cabeza y la alzó luego con una risilla.

-¡Coeur de Gris! -dijo-; ¡Coeur de Gris! Quería hablarte de la Santa Roja. Monta a caballo, ¿sabes? No tiene ningún recato femenino..., ninguno en absoluto... y su belleza no pasa de moderada.

Atisbó la figura apuntalada de enfrente. Coeur de Gris tenía los ojos entrecerrados, pero luego bajó los párpados y empezaron a hundírsele los ojos en la cabeza. Apareció en su rostro la distorsión de su última risa amarga.

-¡Coeur de Gris! -gritó el capitán. Se acercó rápidamente a él y le posó la mano en la frente-. Esto es una cosa muerta -dijo pensativo-. No es más que algo muerto. Atraerá moscas y enfermedad. Hay que sacarlo de aquí inmediatamente. La habitación se llenará de moscas, si no. Coeur de Gris, hemos sido burlados. Esa mujer se defiende como un hombre y monta a caballo a horcajadas.

¡Tanto esfuerzo en vano! Eso es lo que conseguimos por creernos todo lo que se cuenta... ¿eh, Coeur de Gris?..., pero eso no es más que algo muerto y esto se llenará de moscas.

Le interrumpió el ruido de pasos en las escaleras. Entró un

grupo de hombres suyos que traían en medio a un pobre español asustado..., un español aterrado, manchado de barro. Le habían arrancado el encaje del cuello y le manaba de una manga un pequeño reguero de sangre.

-Aquí hay un español, capitán -dijo el jefe-. Llegó a la ciudad con una bandera blanca. ¿Respetamos la bandera blanca, señor? Lleva plata en la silla. ¿Le matamos, señor? Tal vez sea un espía.

Henry Morgan ignoró la parrafada del bucanero. Señaló el cadáver de la silla.

-Eso es sólo algo muerto -proclamó-. No es Coeur de Gris.

Mandé fuera a Coeur de Gris. Pronto volverá. Pero eso es... alcé así la mano... ¿veis?..., así. Sé perfectamente cómo lo hice; lo he intentado una y otra vez. Pero eso es algo muerto. Hará que esto se llene de moscas. ¡Oh, sacadlo de aquí y enterradlo! -gritó.

Un bucanero dio un paso hacia el cadáver.

-¡No le toques! ¡No te atrevas a tocarlo! Déjalo donde está.

Está sonriendo. ¿Le veis sonreír? Pero las moscas... No, dejadle.

Yo mismo me ocuparé de él.

-Este español, capitán; ¿qué hacemos con él? ¿Le matamos?

-¿Qué español?

-Bueno, éste que ve aquí delante de usted, señor -empujó al hombre hacia delante. Henry pareció despertar de un sueño profundo.

-¿Qué quieres? -preguntó con aspereza.

El español se debatía con su terror.

-Es... es mi deseo y el deseo de mi amo hablar con un tal capitán Morgan, si tuviera la bondad de oírme. Yo soy un mensajero, señor, no soy un espía como insinúan estos... estos caballeros.

-¿Qué mensaje traes? -preguntó Henry, ahora en tono abatido.

Ante el cambio de tono, el mensajero cobró confianza.

-Vengo de parte de un hombre muy rico, señor. Tiene usted a su esposa.

-¿Tengo a su esposa?

-Estaba en la ciudad, señor.

-¿Su nombre?

-Doña Ysobel Espinoza Valdez y los Gabilanes, señor. Los ignorantes de la ciudad la llaman la Santa Roja.

Henry Morgan se quedó mirándole un buen rato.

-Si, la tengo -dijo al fin-. Está en una celda. ¿Qué desea su marido?

-Ofrece un rescate, señor. Es natural que quiera que su esposa vuelva con él.

-¿Qué rescate ofrece?

¿Cuál sugeriría Su Excelencia?

-Veinte mil piezas de a ocho -dijo Henry con presteza.

El mensajero se quedó pasmado.

-¿Vein... veinte mil? -tradujo la cantidad completa a su propia lengua para asegurarse bien. Entiendo que Su Excelencia también desea a la mujer.

Henry Morgan miró fijamente el cuerpo de Coeur de Gris.

-No -dijo-. Quiero el dinero.

El mensajero se relajó. Había estado dispuesto a considerar a aquel gran hombre un grandísimo idiota.

-Haré lo que pueda, señor. Estaré de vuelta en cuatro días.

-¡En tres!

-¿Pero y si no llego, señor?

-Si no llega en tres días, llevaré conmigo a la Santa Roja y la venderé en los muelles de los esclavos.

-Lo procuraré, señor.

-¡Atendedle bien! -ordenó el capitán-. ¡Que no se os ocurra maltratarle! Nos traerá oro.

Cuando ya se iban, uno de los hombres se volvió y acarició amorosamente el tesoro con la mirada.

-¿Cuándo será el reparto, capitán?

-¡En Chagres, estúpido! ¿Crees que voy a dividirlo ahora?

-Pero señor, nos gustaría disponer de un poquito... sólo por sentirlo en las manos, señor. Hemos luchado duro, señor.

-¡Largo! Ni siquiera lo tocaréis hasta que estemos de nuevo en los barcos. ¿Crees acaso que quiero que andéis tirándolo con las mujeres de aquí? Espera a dárselo a las mujeres de Gonave.

Los hombres salieron de la sala de audiencia rezongando un poco.

XXII

Los bucaneros estaban de parranda. Habían arrastrado barricas de vino hasta un gran almacén. Habían retirado los restos de mercancías del suelo y ahora estaban celebrando un baile frenético. Les acompañaban muchas mujeres que los habían seguido. Bailaban y fluctuaban al son de las chillonas flautas como si sus pies no resonaran en la tumba de Panamá. Ellas, caras economistas, estaban recuperando parte del tesoro, utilizando un arma más lenta, pero no menos segura que la espada.

Sentados en un rincón del almacén estaban El Borgañón y su protector manco.

-¡Mira, Emil! Mira ésa de allá... ¡fíjate bien qué caderas!

-Ya la veo, Tome, eres muy amable. No creas que no aprecio tu preocupación por mi placer. Pero soy lo bastante estúpido como para tener un ideal, incluso en el coito. Esto me demuestra que sigo siendo un artista, si es que no un caballero.

-Pero mira, Emil, fíjate un momento en la rotundidad de su pecho.

-No, Tome; no veo nada que ponga en peligro mi perla rosada. La conservaré un tiempo todavía.

-Pues de verdad creo, amigo mío, que has perdido el sentido de la belleza . ¿Dónde está la mirada meticulosa que tanto temíamos en nuestros lienzos?

-Aún la conservo, Tome. Aún la conservo. Es tu mirada poco aguda la que convierte en ninfas a yeguas morenas.

-Pues... entonces, Emil, ya que insistes en tu ceguera, tal vez te dignes prestarme tu perla rosada. Ah... te lo agradezco. Te la devolveré en seguida.

Grippa estaba sentado en el suelo en el centro, contando hoscamente los botones de la manga.

ocho, nueve... tenía diez. Algún cabrón me ha robado mi botón. ¡Oh, este mundo de ladrones! Es demasiado. Mataría por ese botón. Era mi botón favorito. Uno, dos, tres, cuatro... -a su alrededor, giraban los bailarines y la estridencia de las flautas hacia el ambiente insoportable.

El capitán Sawkins miraba ceñudo a los bailarines. Creía firmemente que el baile era un atajo para ir al infierno. A su lado, el capitán Zeigler veía correr el licor entristecido. Le llamaban el "Encargado de la Taberna del Mar". Era su costumbre, después de un ataque mantener a los hombres en el mar hasta que se gastaban su parte del botín comprando el ron que él les vendía. Contaban que una vez tuvo que enfrentarse a un motín porque se pasó tres meses circunnavegando una isla. No tuvo otro remedio. Los hombres aún tenían dinero y él aún tenía ron. Esta noche estaba triste por aquellos barriles de licor que se estaban bebiendo sin que resonaran en el mostrador las monedas. Le parecía monstruoso y perjudicial para él.

Henry Morgan estaba solo en la sala de audiencia. Apenas podía oír la resonante música del baile. Pequeñas partidas de hombres habían estado yendo allí durante todo el día llevando pequeñas piezas valiosas que habían desenterrado o sacado de cisternas con ganchos de hierro. Una anciana se había tragado un diamante para salvarlo, pero los buscadores también indagaban eso, y lo encontraron.

Un crepúsculo grisáceo llenaba ahora la sala.

Henry Morgan se había pasado el día sentado en aquella silla alta; aquel día le había cambiado. Sus ojos, aquellos ojos perspicaces que miraban un horizonte vivo se habían vuelto hacia el interior. Había estado contemplándose, examinando con perplejidad a Henry Morgan. En todos los años de su existencia y de su vida de bucanero, había creído tan plenamente en su objetivo, cualquiera que fuera en cada momento, que había dedicado muy poco tiempo a pensar en el asunto. Pero hoy se había estado observando el aspecto de Henry Morgan a aquella media luz grisácea le sobrecogía.

Henry Morgan no parecía digno, ni siquiera importante. Los deseos y ambiciones que había perseguido aullando a través del mundo como un sabueso eran cosas mezquinas ahora que miraba hacia su propio interior. Y el asombro le envolvía como el crepúsculo allí, sentado en la sala de audiencia.

Mientras seguía sentado en la penumbra, la vieja dueña entró sigilosamente y se detuvo a su lado. Tenía la voz como el sonido que hace el papel al arrugarlo.

-Mi señora desea hablar con usted -le dijo.

Henry se levantó y la siguió lentamente a la celda.

Una vela ardía ante la estampa de la pared. La virgen de la estampa era una gorda campesina española que miraba con triste asombro a un niño rechoncho que tenía en los brazos. El sacerdote que la había pintado habría querido infundir dignidad a su expresión. Sin embargo sólo había logrado hacer un buen retrato de su insulsa amante y su propio hijo. Cuatro reales le aportó el retrato.

Ysobel estaba sentada bajo la estampa. En cuanto entró Henry, se acercó a él.

-Dicen que van a rescatarme.

-Su marido ha enviado un mensajero.

-¡Mi marido! ¿Tengo que volver con él? ¿Con sus manos perfumadas?

-Sí.

Señaló una silla y obligó a Henry a sentarse.

-Usted no me comprendió -le dijo-. No podía comprenderme. Tiene que saber algo de la vida que he llevado. Tengo que contárselo; así me comprenderá y entonces...

Esperaba despertar su interés. Henry guardó silencio.

-¿No quiere saberlo? -le preguntó ella.

-Sí.

-Bien, abreviaré. Mi vida ha sido breve. Pero querría que usted me comprendiera y entonces...

Le miró intensa y fijamente a la cara. Henry tenía los labios fruncidos como en un gesto de dolor. Sus ojos contemplaban el asombro. Nada dijo cuando ella hizo una pausa.

-Verá, sucedió así -empezó ella-. Nací aquí, en Panamá, pero mis padres me mandaron a España de pequeña. A un colegio

de monjas de Córdoba. Vestía uniforme gris y velaba ante la virgen en las noches consagradas a la adoración. A veces me dormía mientras tenía que estar rezando. He sufrido por aquella negligencia.

Cuando llevaba allí bastantes años, los indios bravos atacaron la plantación de mi padre, aquí en Panamá, y mataron a toda mi familia. No me quedó ningún pariente más que mi abuelo. Estaba sola, y estaba triste. Durante un tiempo no me quedé dormida velando ante la virgen.

"Me convertí en una joven hermosa, y lo sabía, pues una vez un cardenal que visitaba el colegio me miró y le temblaron los labios y se le marcaron las venas de las manos cuando le besé el anillo. Me dijo: "La paz sea contigo, hija mía. ¿Deseas confesar algo en privado?"

"Oía gritar a los aguadores tras el muro y el forcejeo de una pelea. Una vez vi a dos hombres luchar con espadas, pues me apoyaba en un palo y miraba por encima del muro. Y una noche, un joven

llevó a una muchacha al abrigo del portal y allí se tendió con ella, a dos pasos de donde yo estaba. Les oí cuchichear, ella expresaba sus temores y él la tranquilizaba. Yo me acariciaba el vestido gris preguntándome si aquel muchacho intentaría convencerme también a mi si me conociera. Cuando le conté a una de las hermanas, me dijo: "Es malo escuchar esas cosas y peor aún pensar en ellas. Tienes que hacer penitencia por tus oídos curiosos. ¿En qué puerta dijiste?"

"El pescadero gritaba siempre: "Venid, angelitos grises, y mirad mi cesto de pesca. Salid de vuestra santa prisión, angelitos grises".

"Una noche, salté por el muro y me marché de la ciudad. No le explicaré mis viajes, le contaré sólo el día que llegué a Paris. El rey desfilaba por las calles y su séquito era reluciente y dorado. Me empujé de puntitas entre la multitud y vi desfilar a los cortesanos. Entonces, de repente, se me plantó delante un rostro oscuro y una mano fuerte me agarró del brazo y me arrastró a un portal lejos del gentío.

"Verá, capitán; me pegó con una correa de cuero duro que tenía sólo para eso. Había en su expresión, muy a flor de piel, una ferocidad animal. Pero era libre..., era un ladrón libre y valiente. Antes de robar, mataba... mataba siempre. Y vivimos en los portales y en el suelo de las iglesias y en el lecho seco de un río bajo un puente y éramos libres..., libres de ideas y libres de temores y preocupaciones. Pero una vez se marchó de mi lado y le encontré colgado del cuello en una horca... era una gran horca festoneada de hombres colgados por el cuello.

"¿Lo entiende usted, capitán? ¿Lo ve como lo vi yo? ¿Y significa algo para usted? -le ardían los ojos.

"Volví caminando a Córdoba, llegué con los pies destrozados.

Hice penitencia hasta desgarrarme el cuerpo, pero no podía expulsar el mal de mí. Me exorcizaron, pero el mal estaba en lo más profundo de mi ser. ¿Lo comprende, capitán?

Miró fijamente a Henry, escrutó su rostro, y se dio cuenta de que no había estado escuchándola. Se puso de pie a su lado y le acarició el cabello gris.

-Ha cambiado -le dijo-. Alguna luz se ha apagado. ¿Qué temor le agobia?

Él salió del ensimismamiento.

-No lo sé.

-Me dijeron que mató a su amigo. ¿Es eso lo que le amarga?

-Le maté.

-¿Y ahora llora por él?

-Tal vez. No lo sé. Creo que lloro por alguna otra cosa que ha muerto. Quizá él fuera una parte vital de mí mismo, que, al morir, me deja como medio hombre. Hoy he sido como un siervo sobre una blanca losa de mármol con los viviseccionadores reunidos a mi alrededor. Me consideraban un siervo sano, pero los escalpelos descubrieron que padezco una enfermedad llamada mediocridad.

-Lo lamento -dijo ella.

-¿Lo lamenta? ¿Por qué lo lamenta?

-Creo que lo lamento por esa luz que se ha apagado en usted; porque ha muerto el niño brutal y valeroso que había en usted... el niño presuntuoso que se burlaba y creía que su burla hacía tambalearse el trono de Dios; el niño seguro de sí mismo que permitía graciosamente que el mundo le acompañara a través del espacio.

Ese niño ha muerto y yo lo lamento. Me iría con usted ahora, si creyera posible hacer volver a ese niño a la vida.

-Qué extraño -dijo Henry-. Hace dos días planeaba arrancar un continente del orden establecido y coronarlo con un capitel de oro para usted. Construí en mi mente un imperio para usted e ideé la diadema que llevaría. Y ahora sólo recuerdo vagamente a la persona que pensaba esas cosas. Es un ser extraño y enigmático en un mundo tambaleante.

"Y usted... me produce sólo una leve inquietud. Ya no la temo.

Ni la deseo ya. Siento una inmensa nostalgia por mis montañas negras y por el habla de mi gente. Deseo sentarme en una galería a escuchar la conversación de un anciano que conocía. Estoy cansado de tanta sangre derramada y de luchar por cosas que no permanecerán, por objetos que no conservarán su valor en mis manos. Es espantoso -gritó-. Ya no deseo nada. No siento apetitos, mis deseos son apagados y confusos. Siento solamente un vago anhelo de paz y de tiempo para meditar sobre los imponderables.

-Ya no tomará más tazas de oro -dijo ella-. No volverá a convertir los vanos sueños en conquistas insatisfactorias. Lo lamento por usted, capitán Morgan. Y se equivoca en lo del siervo.

Estaba enfermo, ciertamente, pero no era la suya la enfermedad que ha mencionado. Aunque supongo que son grandes sus pecados. Todos los hombres que rompen las barreras de la mediocridad cometen pecados espantosos. Rezaré por usted a la santísima Virgen y ella intercederá por usted ante el trono divino. ¿Pero qué voy a hacer yo?

-Supongo que volver con su marido.

-Si, volveré con él. Me ha envejecido usted, señor. Ha destrozado el sueño sobre el que flotaba mi pesado espíritu. Me pregunto si, en los años venideros, no me culpará de la muerte de su amigo.

Henry Morgan se ruborizó.

-Estoy intentando hacer algo de ese tipo ahora-dijo-. No me parece que merezca la pena seguir mintiendo y eso sólo es una prueba más de la muerte de la juventud. Pero adiós, ahora, Ysobel.

Desearía amarla hoy como creía amarla ayer. Vuelva a las manos perfumadas de su esposo.

Ella sonrió y alzó los ojos hacia la estampa de la pared.

-Que la paz le acompañe, querido tonto -murmuró-. Ay, también yo he perdido la juventud. Soy vieja..., vieja..., pues no puedo consolarme con la idea de lo que ha perdido usted.

XXIII

Henry Morgan estaba de pie en el umbral de la puerta de la sala de audiencia contemplando al pequeño grupo de españoles que recorrían a caballo las calles en dirección al palacio. Multitud de bucaneros los rodeaban por todas partes. A la cabeza iba el mensajero, aunque un mensajero distinto: ahora vestía de seda escarlata. La pluma de su sombrero y la vaina de su espada eran blancas, en señal de paz. Le seguían en sus monturas seis soldados con petos plateados y cascos españoles, que parecían medias semillas de mostaza. El último soldado tiraba de una yegua sin jinete, con arreos carmesí y una hilera de campanillas doradas en la correa color castaño. La tela blanca de la silla casi tocaba el suelo. Seguían a esta yegua seis mulas cargadas con pesadas bolsas de cuero; otros seis soldados protegían al grupo por retaguardia.

El desfile llegó al palacio y se detuvo. El mensajero saltó de la montura e hizo una reverencia a Henry Morgan.

-Traigo el rescate -dijo.

Parecía preocupado y cansado. La carga de su misión pesaba demasiado en su ánimo. A una orden suya, los soldados transportaron las bolsas de cuero a la sala de audiencia; hasta que no las dejaron todas junto al botín, no desapareció la angustia de su rostro.

-Bueno -dijo-. Está bien. Es el tesoro. Veinte mil piezas de a ocho... no hemos perdido ni una sola por el camino. Le invito a contarlas, señor -se sacudió un poco de polvo del pie-. Si pudieran tomar algo mis hombres, señor.... vino -indico.

-Sí, si -Henry se dirigió a uno de sus hombres-. Encárgate de que den a estos hombres comida y bebida. Y sé amable si estimas la vida.

Luego se acercó a las bolsas para contar el rescate. Hizo torrecitas con las brillantes monedas y las deslizó por el suelo. El dinero era luminoso, pensó. No podrían haberlo cortado de forma más preciosa, además. Un cuadrado no valdría, y tampoco una elipse.

Y en realidad el dinero valía más que dinero. Tiró una torre y volvió a hacerla. Era tan extraordinariamente seguro..., el dinero. Uno sabía con antelación lo que conseguiría con el dinero si lo ponía en movimiento; al menos lo sabía hasta cierto punto. Pasado ese punto, poco importaba lo que consiguiera el dinero. Uno tenía el vino. Y si el empleado de un mercader mataba a su amo por las mismas monedas, mala suerte. Sería, tal vez, el destino o algo parecido, pero uno tenía su vino, de todas formas.

Y todo aquel montón de vasijas de oro, cruces y candelabros y vestiduras de perlas, serían también dinero como éste. Aquellas barras de oro y plata se cortarían en hojuelas redondas y en cada

hojuela se grabaría una imagen. Como el beso de un santo, la imagen dotaría de poder a la hojuela; la imagen le daría carácter y un alma curiosa, imponente. Amontonó las monedas y se dispuso pacientemente a colocarlas de nuevo formando torres. ¡Suficientes torres para Jerusalén!

Ysobel entró del patio y se quedó de pie a su lado.

-¡Qué montón de dinero! -dijo-. ¿Es mi rescate?

-Sí, es el oro que la compra.

- ¡Pero hay que ver cuantísimo! ¿Cree que valgo tanto?

-Su marido si lo cree. Lo ha pagado por usted -colocó diez torres en hilera.

-Y para usted... ¿cuánto valgo para usted? ¿Cuántos de esos pedacitos de oro?

-Debía valer también esta cantidad para mi. Yo fijé el precio.

-¡Qué bien saltarían en el agua! -dijo ella-. ¡Cómo saltarían! ¿Sabe? Puedo tirar como un muchacho, con el brazo doblado.

-Se decía que era usted capaz -proclamó él.

¿Pero valgo realmente tanto?

-Aquí está el dinero y usted tiene que irse. Es el pago por usted. Las cosas han de valer lo que se paga por ellas o no habría comercio.

- ¡Está bien! -dijo ella-. Es reconfortante saber exactamente lo que vale uno. ¿Tiene usted idea de su propio valor, capitán?

-Si alguna vez me capturaran y pidieran un rescate por mí -dijo Henry Morgan-, no valdría ni un penique de cobre. Estos perros míos se reirían y se encogerían de hombros. Conseguirían otro capitán que les guiara y yo... bueno... mis capturadores harían conmigo lo que quisieran y creo que puedo suponer lo que querrían.

Como ve, he estado reconsiderando mi propio valor en los últimos días. Tal vez tenga algún valor para los historiadores porque he destruido algunas cosas. El constructor de la catedral de Panamá ya ha sido olvidado, pero a mi, que la quemé, quizá me recuerden durante unos cien años. Y eso algo debe decir de la humanidad.

-¿Pero qué tengo yo que valga todo este oro? -insistió ella-.

¿Cree que serán mis brazos? ¿Mi cabello? ¿O será tal vez que soy la encarnación de la vanidad de mi marido?

-No lo sé -dijo Henry-. Con mi propia revalorización, ha cambiado todo el sistema económico de emociones y personas. Si tuviera que pedir hoy un rescate, quizá no se sintiera halagada.

- ¿Tanto me odia, capitán Morgan?

-No, no la odio; pero es usted una de las estrellas de mi firmamento que ha resultado ser un meteorito.

-Eso no es galante, señor. No se parece en nada a sus palabras del otro día -comentó ella con despecho.

-No. No es galante. Creo que en el futuro sólo seré galante por dos razones: dinero y progreso. Antes procuraba ser galante por el aspecto puro y alegre de las cosas. Verá, era sincero conmigo mismo antes y soy sincero conmigo mismo ahora. Ambas sinceridades son antitéticas.

-Está resentido.

-No; ni siquiera estoy resentido. Ya no tengo lo que alimenta el resentimiento.

-Me voy -dijo ella, con suavidad y tristeza-. ¿No tiene nada más que decirme de mí misma? ¿No tiene nada más que preguntarme?

-Nada -respondió él; y siguió amontonando las monedas.

Llegó el mensajero de la calle. Había bebido mucho, pues el haberse librado de la carga de su misión le había alegrado. Saludó a Ysobel y a Henry Morgan con una inclinación; una inclinación cauta, atento a mantener el equilibrio.

-Tenemos que irnos, señor -anunció sonoramente. El camino es largo.

Llevó a Ysobel hasta la yegua blanca y la ayudó a montar.

Luego, a una señal suya, la columna inició la marcha calle abajo.

Ysobel se volvió a mirar atrás una vez, cuando iniciaron la marcha.

Parecía haberse contagiado del humor de Henry Morgan, pues asomó a sus labios una sonrisa perpleja. Pero luego inclino la cabeza sobre el pescuezo de su yegua; estudiaba fijamente la blanca crin del animal.

El mensajero se había quedado a la puerta con Henry. Contemplaban juntos la fluida hilera de jinetes que avanzaban balanceantes; el sol brillaba en la armadura de los soldados. En el centro de la compañía, la yegua blanca parecía una perla en un engaste de plata.

El mensajero apoyó una mano en el hombro de Henry.

-Sabemos entendernos, los dos somos hombres con responsabilidades -dijo beodamente-. No es como si fuéramos niños con secretos. Somos hombres, hombres valientes y fuertes. Podemos confiar el uno en el otro. Puede revelarme su más profundo anhelo si lo desea, señor.

Henry se sacudió del hombro la mano del individuo.

-No tengo nada que decirle -dijo con brusquedad.

-Pues yo le diré algo, sin embargo. Quizá le haya extrañado que el marido de esta mujer estuviera dispuesto a pagar por ella tan inmensa suma. No es más que una mujer, dirá usted. Hay muchas mujeres que se pueden conseguir por menos... algunas por uno o dos reales. Su marido es idiota, dirá usted. Pero no quiero que piense eso de mi amo. No es idiota. Le explicaré: El abuelo de ella aún vive y es el dueño de diez minas de plata y de cincuenta leguas de fértil tierra en Perú. Doña Ysobel es su heredera. Y claro, si a ella la mataran ola raptaran... Ya me entiende, señor... ¡Puf! ¡La fortuna en manos del rey! -se echó a reír ante la transparencia del razonamiento-. Nosotros dos nos entendemos, señor. Tenemos la cabeza firme... no blanda como los pollos. Veinte mil... no es nada comparado con diez minas de plata. Ay, si; usted y yo nos entendemos bien, los dos somos hombres con responsabilidades.

Subió a su montura y se alejó, todavía riéndose. Henry Morgan le vio unirse a la ondulante cabalgata; en el engaste de plata, había ahora un rubí junto a la perla.

El capitán Morgan volvió junto al tesoro. Se sentó en el suelo y cogió las monedas con ambas manos. "El más humano de todos los rasgos humanos es la incongruencia -pensó-. Es un choque comprenderlo. Casi tan duro para un hombre como la comprensión de su humanidad. ¿Y por qué tenemos que aprender esto último? En toda la disparatada incoherencia la pesada estupidez de la vida, me siento al fin anclado con seguridad en mí mismo. Pese a las vacilaciones de los demás, me creía tremendamente firme. Y héme aquí, arrastrando un cable deshilachado y sin ancla. No sé si cortaron el cable o si sencillamente se gastó, pero he perdido el ancla. Y navego sin rumbo alrededor de una isla en la que no hay hierro." Dejó caer las monedas entre los dedos. "Tal vez sea éste mi hierro para hacerme un ancla nueva -pensó-. Es duro y pesado. Su valor puede fluctuar algo en las corrientes económicas, pero al menos tiene un propósito y sólo uno. Es una garantía absoluta de seguridad. Sí, quizá esto sea un ancla auténtica; la única de la que un hombre puede estar totalmente seguro. Sus ganchos se aferran con fuerza a la comodidad y la seguridad. Y curiosamente, siento un gran deseo de ambas." "Pero una parte de ese oro le corresponde a los otros hombres", apuntó una parte de su mente.

"No, mi querida conciencia; hemos llegado ya a un punto decisivo. Me he puesto cristales nuevos; más bien se han cerrado en torno a mi cabeza y he de ordenar mi vida de acuerdo al mundo que veo a través de estas nuevas lentes. Veo que la sinceridad (la sinceridad pública) puede ser una escala hacia un crimen más alto, más valioso; veracidad como medio para un disimulo más sutil.

No; estos hombres no tienen derechos que puedan hacer valer. Estos hombres fueron demasiado despreocupados con los derechos de los demás para merecer consideración. -Tropezó encantado con esta idea.- Ellos roban y por eso se les robará su botín."

"Pero dije que había acabado con las evasiones y el embotamiento. ¿Qué tengo que ver ahora... con el derecho, o la lógica o la conciencia? Quiero este dinero. Deseo seguridad y comodidad y en mi mano está el tomar ambas. Quizá no sea el ideal de la juventud, pero creo que ha sido la práctica del mundo desde el principio.

Afortunadamente, quizá, la juventud no rige el mundo. Y además -dijo-, estos idiotas no merecen nada. Lo derrocharían en los burdeles en cuanto volviéramos a casa."

XXIV

Los bucaneros partieron de la destrozada ciudad de Panamá.

Transportaron todo el tesoro a lomos de mulas por el istmo.

Cuando al fin llegaron a Chagres estaban agotados; se fijó el día siguiente para el reparto. Y para que resultara más fácil, se concentró todo el botín en un solo barco, el gran galeón que había navegado al mando de un duque antes de que lo capturaran los piratas. Allí se haría el reparto.

El capitán Morgan estaba de buen humor. El viaje había terminado, les dijo a los hombres, y era tiempo de divertirse. Llevó hasta la playa cuarenta barriletes de ron.

Por la mañana temprano, un pirata soñoliento abrió los ojos enrojecidos y miró hacia la mar. Donde había estado el galeón, vio sólo agua. Llamó a sus compañeros; en un instante, la costa se llenó de hombres indignados que escrutaban anhelantes el horizonte.

El galeón se había hecho a la mar durante la noche, llevándose consigo toda la riqueza de Panamá.

Los bucaneros estaban furiosos. Saldrían inmediatamente en su persecución; atraparían al fugitivo y torturarían al capitán Morgan. Pero no podían hacerlo; los barcos estaban inutilizados. Algunos descansaban en el fondo arenoso con grandes agujeros a los costados; y los mástiles de los otros habían sido serrados casi por completo.

La playa se llenó de maldiciones y de violencia. Juraron hermandad en nombre de la venganza. Planearon el horror del justo castigo. Y se dispersaron. Algunos murieron de hambre; otros acabaron torturados por los indios. Los españoles capturaron y dieron garrote a algunos; e Inglaterra ahorcó virtuosamente a unos cuantos.

XXV

Una muchedumbre variopinta se aglomeraba en la playa de Port Royal. Todos habían ido a ver al capitán Morgan, que había saqueado Panamá. Habían acudido grandes damas, vestidas con sedas de la China, ya que, después de todo, Henry Morgan procedía de una buena familia..., pues era sobrino del pobre y querido vicegobernador que había sido asesinado. Y había marineros porque el capitán Morgan era marinero; y niños pequeños, porque el capitán Morgan era pirata; y jovencitas, porque era un héroe; y hombres de negocios, porque era rico; y grupos de esclavos, porque aquel día tenían fiesta. Había prostitutas con zumo de bayas en los labios, que buscaban con ojos inquietos la mirada de los hombres sin compañía; y había niñas que albergaban la pequeña esperanza sagrada de que el gran hombre sencillamente miraría en su dirección y hallaría la comprensión que sin duda anhelaba.

Había entre la multitud marineros cuyo orgullo estribaba en el hecho de haber oído maldecir al capitán Morgan; sastres que se habían puesto calzas. Todo hombre que había conocido al capitán Morgan y le había oído hablar arrastraba a un grupo de admiradores. Estos afortunados habían conseguido un poco de la grandeza del gran hombre por su contacto con él.

Los esclavos negros, libres del trabajo del campo durante aquel día de curiosidad y alborozo, contemplaban con enormes ojos vacíos el galeón que avanzaba hacia el puerto. Los hacendados paseaban entre el gentío hablando a voces de lo que le dirían a Henry Morgan cuando le invitaran a

cenar y de lo que le aconsejarían. Hablaban ligera y descuidadamente, como si fuera su práctica habitual agasajar a los saqueadores de Panamá. Algunos taberneros habían abierto barricas de vino en la playa y servían gratuitamente a cuantos lo pedían. La ganancia llegaría más tarde, con la verdadera sed que ahora sólo estimulaban.

En un pequeño embarcadero esperaban los representantes del gobernador; jóvenes encantadores con encajes y hebillas de platas con una patrulla de lanceros que les daba el toque oficial. El mar lanzaba sobre la playa suaves olas que no llegaban a romper. Era última hora de la mañana y el sol, un crisol resplandeciente en el cielo; pero nadie sentía el calor; la gente sólo tenía ojos y sentimientos para el galeón que entraba en el puerto.

Era ya mediodía cuando Henry Morgan, que había estado observando la playa con el catalejo, decidió desembarcar. Su teatralidad no era pura vanidad. Por la noche había llegado un pequeño bote con la noticia de que podrían arrestarle por luchar contra los enemigos del rey. Henry creía que la aprobación de la población sería un tanto a su favor. Y la había visto crecer durante toda la mañana al tiempo que la multitud se excitaba más y más.

Bajaron el gran bote y los marineros ocuparon sus puestos.

Cuando se acercaba a tierra, la muchedumbre reunida estalló en gritos y en vítores concertados. Lanzaban los sombreros al aire, saltaban, bailaban, gesticulaban, procuraban entablar conversaciones unos con otros. En el embarcadero, la gente tendía las manos para tocar las de Henry antes de que bajara. Y en cuanto saltó a tierra, los lanceros formaron en torno al grupo oficial y, con las armas bajadas, abrieron paso entre los espectadores que se empujaban y estiraban el cuello.

Henry miró receloso a los soldados que le rodearon.

-¿Es que estoy detenido? -preguntó al que caminaba a su lado.

¡Detenido! -el hombre se echó a reír-. ¡No podríamos arrestarle si tuviéramos que hacerlo! Esta muchedumbre nos despedazaría. Y si pese a todo consiguiéramos arrestarle, arrancarían las piedras de la cárcel con sus propias manos para liberarle. No sabe lo que significa usted para esta gente, capitán. Hace días que no hablan más que de su llegada. Pero es que el gobernador desea verle en seguida, capitán, y, por razones obvias, no podía venir él mismo a recibirle.

Llegaron a la mansión del gobernador.

-Capitán Morgan -dijo el gobernador Moddyford cuando les dejaron a solas-. No sé si será una buena o una mala noticia:

Ha llegado a oídos del rey su conquista. Y he recibido órdenes de que vayamos los dos a Inglaterra.

-Pero yo cumplí una misión -dijo Morgan.

El gobernador agitó la cabeza y los gruesos hombros en una triste negativa.

-Yo en su lugar ahora no mencionaría la misión, capitán, aun cuando yo mismo la encomendé. Hay cláusulas en su misión que podrían provocar críticas para ambos. Tal como están las cosas podrían colgarnos; pero no se... la verdad. Aunque ahora haya paz entre España e Inglaterra, no existe entre ambas la menor amistad, por supuesto. El rey está furioso con nosotros, pero yo creo que unos miles de libras distribuidas correctamente aplacarían su furia.

Los ingleses están entusiasmados con la conquista. No se preocupe por eso, capitán; desde luego yo no me preocupo -miró fijamente.

a Henry a los ojos-. Espero que, llegado el momento, pueda prescindir de esos cuantos miles, capitán.

Henry dijo en tono oficial:

-He procurado servir al espíritu de los deseos de mi soberano, no al juego exterior de su política. - Y añadió: -Desde luego, sir Charles; tendría suficiente para comprar el favor del rey, aunque costara medio millón. Dicen que el rey es buena persona y buen juez de las mujeres hermosas, y nunca conocí un hombre así que no necesitara dinero.

-Hay otra cosa, capitán -dijo nervioso el gobernador-. Su tío fue asesinado hace tiempo. Su hija está aquí en mi casa. Sir Edward murió casi arruinado. Como usted comprenderá, nos gustaría que se quedara siempre con nosotros, pero no creo que sea muy feliz aquí. Parece preocuparle lo que considera caridad. Usted velará por su bienestar, claro. Sir Edward murió noblemente; fue alabado por el rey, pero en realidad la alabanza de la Corona no puede gastarse.

Henry sonrió.

-Mi tío tenía que morir noblemente. Estoy seguro de que este tío mío lo hacía absolutamente todo... sí, incluso cortarse las unas... como si la nobleza en pleno estuviera observándole dispuesta a

hacer comentarios críticos. ¿Cómo murió? ¿Haciendo una breve y adecuada oración? ¿O apretando sus malditos labios finos como sí censurara a la muerte por razones sociales? ¡Ay, qué hombre! Su vida fue un buen papel, un papel sencillo y lo interpretó con exactitud -dijo Henry riéndose-. Yo le odiaba, sí, odiaba a mi tío. Creo que me daba miedo. Era una de las pocas personas que me daban miedo. Pero cuénteme cómo murió.

-Se rumoreaba que gimió una vez. Yo rastree el rumor y descubrí que un sirviente había estado escondido tras una cortina. A buen seguro que fue él quien lo contó.

-¡Oh qué fatalidad! Qué vergüenza cruel manchar la vida perfecta de un hombre con una exhalación. Pero ahora ya no le tengo miedo. Si gimió es que era humano y débil. Le desprecio, pero le estimo por ello. En cuanto a mi prima, me haré cargo de ella, no se preocupe usted. La recuerdo vagamente como una niña alta de cabello rubio (una niña que tocaba el arpa espantosamente); al menos a mí me pareció abominable, aunque quizá no sonara tan mal.

Moddyford abordó entonces el tema que estaba deseando plantear:

-Me han dicho que conoció usted a la Santa Roja en Panamá y que la dejó en libertad mediante rescate. ¿Cómo ocurrió? Decían que era la perla del mundo.

Henry enrojeció.

-Bueno -dijo-, yo diría que la leyenda exageraba. Sin duda era hermosa; y no diré yo que no impresionara a algunos hombres.

Pero desde luego no era el tipo de mujer que admiro. Se expresaba de forma bastante libre, ya sabe... hablaba de cosas no femeninas, en mi opinión. Además, montaba a horcajadas y hacía esgrima. En resumen, que carecía de esa modestia que nosotros buscamos en las mujeres bien educadas.

-Pero como amante... seguro que como amante.

-Bueno, le diré. Me dieron setenta y cinco mil piezas de a ocho por ella. Considero que es más de lo que vale ninguna mujer del mundo.

-¿Tan elevado rescate? ¿Cómo pudieron dar tanto por ella?

-Verá, hice unas averiguaciones y descubrí que era una heredera. Y como le he dicho, era hermosa, aunque la leyenda exagerara.

Entretanto, en otra estancia, lady Moddyford hablaba animosamente con Elizabeth.

-Creo que debo hablarte como una madre, cariño, como una madre que se preocupa por tu futuro. Es indudable que tu primo velará por ti; ¿pero serías feliz así? (quiero decir, simplemente dependiendo de su dinero.) Mira otro aspecto de él. Es rico, bien dotado. Comprende, cariño, que no es posible ser delicada en esto, y no sé si sería deseable serlo aunque fuera posible. ¿Porqué no te casas con él? Al menos serías la única mujer de la tierra que no podría criticar a los parientes de su marido.

-¿Pero qué me insinúa, lady Moddyford? -exclamó Elizabeth humildemente-. ¿No es una especie de delito el matrimonio entre primos.

-No lo es en absoluto, cariño. Ni la Iglesia ni el Estado lo prohíben; yo misma apoyaría ese matrimonio. Sir Charles y tu primo han sido llamados a Londres. Sir Charles cree que podrían conseguir un nombramiento de caballero. Así que serías lady Morgan y serías rica.

-Sólo le he visto una vez -dijo Elizabeth pensativa-, y creo que no me gustó nada. Estaba nervioso y azorado. Pero fue muy respetuoso y amable. Creo que quería ser mi amigo, pero mi pa....., ya sabe cómo era papá. Tal vez resultara un buen marido.

-Vamos, cariño, cualquier hombre resulta buen marido si sabes vigilarle bien.

-Sí, quizá fuera lo mejor. Estoy harta de que me compadezcan por mi pobreza. Pero ¿cree que se fijaría en mí con lo famoso que es ahora? Tal vez sea demasiado orgulloso para casarse con una prima sin dinero.

-Querida Elizabeth -dijo lady Moddyford con firmeza-, ¿es que no sabes que prácticamente cualquier mujer puede casarse con casi cualquier hombre siempre que no se interponga ninguna otra mujer? Y ya me encargaré yo de que nadie se interponga en tu camino. Eso déjame a mí.

Elizabeth había tomado una decisión:

-Sí, ya entiendo; tocaré para él; dicen que la música conmueve a estos hombres violentos. Interpretaré mis nuevas piezas...

"Reunión de duendes" y "Dios da el descanso al alma fatigada".

-Oh, no -la interrumpió lady Moddyford-. Verás, yo que tú no lo haría. Quizá no le guste la buena música. Hay otros medios mejores.

-Pero usted dijo que esas piezas son muy bonitas; lo dijo usted misma. ¿Y acaso no he leído yo que la música calma a los hombres hasta que casi no pueden resistirlo?

-Está bien, cariño; pues toca para él, si quieres hacerlo. Tal vez..., pero toca para él. Esas cosas suelen ser de familia..., quiero decir que a lo mejor le gusta la música. Y recuerda que tienes que demostrar que le admiras y a la vez que le temes un poco. Hazle sentir que eres una pobre criatura desvalida totalmente acorralada por los tigres. Pero bueno, ya te las arreglarás sola. Tienes un buen punto de partida, ya que puedes pedirle protección desde el principio -suspiró-. No sé lo que haríamos sin protección. No sé cuándo me lo habría propuesto sir Charles. El pobre estaba mortalmente asustado. Una tarde, estábamos sentados en un banco y yo examinaba el paisaje buscando algo que me asustara. Llevábamos allí sentados unas tres horas cuando al fin vi a una culebrita de agua que avanzaba lentamente; salté aterrada a sus brazos. Ay, no sé qué haríamos sin protección. Sir Charles tiene siempre un hombre vigilando en el jardín por las culebras. Y el caso es que siempre me han gustado las culebras. Cuando era pequeña tenía tres con las que jugaba.

A la mañana siguiente, lady Moddyford les presentó y les dejó solos en cuanto pudo hacerlo airoosamente.

Elizabeth contempló tímidamente a su primo.

-Has hecho cosas grandes y terribles en el océano, capitán Morgan... tanto como para paralizarse al pensar en ellas -le dijo ella en tono entrecortado.

-No fueron grandes acciones, ni muy espantosas. Todo depende de cómo se cuente luego.

Él se decía: "Estaba equivocado respecto a ella... muy equivocado. No es nada arrogante... seguro que fue el diablo de su padre...

quien me dio una idea errónea de ella. Es muy agradable".

-Estoy segura de que las tuyas fueron grandes, si tu modestia te permitiera admitirlo -le decía ella ahora recatadamente-. ¿Sabes?, cuando oía las historias que contaban de ti temblaba y rogaba para que no estuvieras en apuros ni tuvieras problemas.

- ¿De veras? ¿Por qué? No sabía que te hubieras fijado siquiera en mí.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

-También yo he tenido problemas.

-Lo sé. Ya me lo contaron y lo lamento por ti, querida prima Elizabeth. Espero que me permitas ayudarte. ¿Por qué no te sientas aquí a mi lado? Ven.

Le miró con timidez.

-Si quieres tocaré para ti -le dijo.

-Ss... sí, bueno, hazlo -repuso él.

-Ahora interpretaré "Reunión de duendes". Escucha. Se oyen sus pasos en la pradera. Todo el mundo dice que es una pieza muy bella y muy tierna -rascueaba las cuerdas metódicamente.

Henry se quedó mirándole las manos; le parecían preciosas.

Contemplando sus manos olvidó la música. Eran como mariposas blancas, delicadas y aleteantes. Vacilarías antes de tocarlas porque al hacerlo podrías dañarlas y sin embargo deseabas acariciarlas. La pieza terminó con una nota grave fuerte. Había concluido.

-Tocas muy... con una gran precisión, Elizabeth -dijo él, cuando cesó la vibración de la última cuerda.

-Bueno, sigo la partitura -dijo ella-. Yo creo que el compositor conocía su trabajo mejor que yo.

-Lo sé, y es un consuelo escucharte. Es muy agradable saber que todo está en su sitio... incluidas las notas. Tú has eliminado una cierta libertad detestable que he advertido en la interpretación de algunas jóvenes. Ese tipo de interpretación es muy gracioso y espontáneo y humano, por supuesto, pero tiende al descuido en pro de la pasión. Sí, con los años, cada vez me complace más comprobar que sucede lo esperado. Las cosas inciertas son molestas. Lo imprevisto ya no me atrae como en otros tiempos. Era un estúpido, Elizabeth. Anduve navegando y navegando en busca de algo...

bueno, algo que quizá no existía. Y ahora que he perdido mis deseos inmencionables no puedo ser ya feliz pero me siento más satisfecho.

-Eso parece sabio y practico... y algo cínico -observó ella.

-Pero si es sabiduría, entonces la sabiduría es experiencia que barloventea en una mente ordenada. Y el cinismo es el musgo acumulado en un canto rodado.

-En cualquier caso, es inteligente -convino ella-. Supongo que has conocido a muchas de esas jóvenes de las que hablabas.

-¿Qué jóvenes, Elizabeth?

-Las que tocaban mal.

-Ah, sí, conocí a algunas.

-¿Y te... te gustaban?

-Bueno, las soportaba porque eran amigas de mis amigos.

-¿Y ninguna se enamoró de ti? Ya sé que no es delicado que te lo pregunte, pero eres mi primo, casi mí... mí hermano.

-Oh, sí, algunas sí... aunque me temo que lo que querían era mi dinero.

- ¡Seguro que no! Pero voy a interpretar otra pieza para ti. Esta es triste: "Dios da el descanso al alma fatigada". Creo que es mejor acompañar de seriedad la música más ligera.

-Sí -dijo él-. Sí; así es.

Ella volvió a atacar las cuerdas.

-Es muy hermosa, y triste -dijo Henry cuando termino-.

Me ha gustado extraordinariamente, pero ¿no te parece, Eliza..... no te parece que la sexta cuerda del final tendría que estar un poco... mas tensada?

- ¡Ah, por nada del mundo permitiría que la tocaran!

-gritó-. Antes de que nos fuéramos de Inglaterra, papá hizo que un hombre... un arpista... la repasara a fondo. Y sé que a él le molestaría que la anduvieran manoseando. No soportaba que las personas estropearan las cosas.

Después de esta explosión de ella, permanecieron sentados en silencio; al fin, ella le miró suplicante a los ojos:

-¿No te habrás enfadado conmigo por lo de la cuerda, verdad, primo Henry? Tengo ideas fijas como ésa, no puedo evitarlo.

-No, claro que no estoy enfadado -le contestó, pensando: "es tan pequeña, y se halla tan desvalida".

-¿Adónde piensas ir ahora que eres rico y famoso y te llenan de honores?

-No lo sé. Quiero vivir en un ambiente de seguridad.

-Oh, es exactamente lo que yo pienso -exclamó ella-. Creo que nos parecemos algo. Las cosas llegan a ti si no las buscas, digo yo. Yo casi siempre sé lo que me va a pasar porque lo deseo y luego me quedo sentada, inmóvil.

-Sí -dijo Henry.

-La muerte de papá fue un golpe terrible -dijo ella; y otra vez se le llenaron los ojos de lágrimas-. Es terrible quedarse solo y casi sin parientes ni amigos. Claro que los Moddyford han sido buenísimos conmigo, pero no pueden ser como mi propia gente. Ay, primo Henry, me he sentido tan sola... Me alegró tanto tu llegada, aunque no fuera más que porque eres de mi misma sangre -las lágrimas brillaban en sus ojos y le temblaba violentamente el labio inferior.

-No tienes por qué llorar -le dijo Henry, con dulzura-. Ya no tienes por qué preocuparte, Elizabeth. Estoy aquí para quitarte ese peso de los hombros. Te ayudaré y me ocuparé de ti. No sé cómo soportaste tanto dolor. Has sido muy valiente manteniendo la cabeza erguida cuando la desdicha abatía tu ánimo.

-Tenía la música -dijo ella-. Cuando el dolor era demasiado amargo me refugiaba en la música.

-Pues ahora ya no necesitas ni siquiera eso, Elizabeth. Vendrás conmigo a Inglaterra cuando me vaya, y conmigo estarás bien y a salvo siempre.

Ella se apartó de él de un salto.

-¿Qué es lo que insinúas? ¿Qué es lo que me estás proponiendo? -gritó-. ¿Acaso no es pecado... un delito..., que los primos se casen?

-¿Casarse?

-¡Oh! -Elizabeth enrojeció y volvieron a llenársele los ojos de lágrimas-. Oh, estoy avergonzada.

Su agitación era lastimosa.

"¿Por qué no, en realidad? -pensaba Henry-. Es bonita; estoy seguro de su familia; y además, es un símbolo claro de la seguridad que he estado buscando. Y si ella fuera mi esposa estaría seguro de no hacer nunca nada muy drástico. Y de verdad creo que deseo seguridad. Y además -concluyó-, no puedo permitir que sufra tanto." -Oh, pues claro que quería decir que nos casemos. ¿Qué otra cosa habías pensado? Ya sé que he sido brusco y torpe. Te he asustado y te he ofendido. Pero, querida Elizabeth, no

hay en ello pecado ni delito. Muchos primos se casan. Y nosotros lo sabemos todo el uno del otro y nuestra familia es la misma. Tienes que casarte conmigo, Elizabeth. Te quiero de veras, Elizabeth.

- Oh! -balbuceó ella-. ¡O-oh! No puedo pensar en eso.

Quiero decir, me encuentro... mal; quiero decir, me da vueltas la cabeza. Ha sido tan repentino, Henry... tan inesperado. Por favor, permíteme retirarme. Tengo que hablar de esto con lady Moddyford. Ella sabrá qué decir.

El rey Carlos II y John Evelyn estaban sentados en la pequeña biblioteca. Un fuego vivo crepitaba en el hogar y lanzaba sus destellos sobre los libros que llenaban las paredes. En la mesita a su lado, había botellas y vasos.

-Esta misma tarde le entregué el título de caballero -decía el monarca-. Ha conseguido el indulto y un título por dos mil libras.

-Bien, dos mil libras -murmuró John Evelyn-. Tal vez algunos comerciantes bendecirán su nombramiento.

-No es eso, John. Podía haber conseguido veinte. Sacó casi un millón de Panamá.

-Ah, bueno; dos mil libras...

-Le pedí que viniera hoy -dijo el rey-. Estos marinos y piratas a veces tienen alguna que otra historia que merece la pena. No te gustará. Es... creo que desmañado sería la palabra. Da la impresión de una gran masa plantada ante ti; y se mueve como si empujara delante su jaula invisible.

-Podéis crear un título -sugirió John Evelyn-. Parece un despilfarro dejar escapar un millón sin intentarlo siquiera.

Anunciaron a Henry Morgan.

-Pase, caballero, pase -el rey advirtió que tenía en la mano un vaso de vino. Henry parecía asustado. El monarca se bebió el vino de un trago.

-Buen trabajo el que hizo en Panamá -comentó el rey-.

Más vale quemar la ciudad ahora que después; y estoy plenamente seguro de que habríamos tenido que hacerlo después.

-Eso pensé cuando prendí la tea, Señor. Estos puercos españoles quieren dominar el mundo.

-Usted sabe, capitán, que la piratería (o, para ser delicados, el corso) nos ha beneficiado a nosotros y ha perjudicado a España.

Pero la institución se está convirtiendo en un fastidio. Tengo que dedicar la mitad de mi tiempo a presentar excusas al embajador español. Voy a nombrarle vicegobernador de Jamaica.

- ¡Señor! -¡No es nada! Actúo aconsejado por un proverbio. Hay que acabar con la piratería ya. Estos hombres ya han jugado durante bastante tiempo en pequeñas guerras.

-Pero, Señor, yo mismo fui bucanero. ¿Deseáis que cuelgue a mis propios hombres?

-A eso es a lo que voy, capitán. ¿Quién podría hacerlo mejor que usted que conoce todas sus guaridas?

-Ellos lucharon a mi lado, Señor.

-Vaya, ¿conciencia? Tenía entendido que era usted capaz de hacer lo que le viniera en gana con la conciencia.

-No es conciencia, Señor, sino compasión.

-La compasión está fuera de lugar en un funcionario y en un ladrón. Un hombre debe hacer aquello que es provechoso. Usted mismo ha demostrado dos de estas premisas. Veamos su labor con la tercera -dijo el rey con acritud.

-No sé si podré.

-Si lo duda es que puede -intervino John Evelyn.

El monarca cambió de actitud.

-¡Vamos! ¡Bebamos! -dijo-. Tenemos que animarnos..., y tal vez cantar luego. Cuéntenos alguna historia, capitán, y beba mientras nos la cuenta. El vino pone mayúsculas y asteriscos a un buen relato... a una historia verídica.

-¿Un relato, Señor?

-Claro. Algún relato sobre las mozas coloniales; algún breve intermedio en la piratería..., pues estoy seguro de que no robaba usted solamente oro -indicó a un sirviente que mantuviera lleno el vaso de Henry-. Me han hablado de una mujer de Panamá.

Cuéntenos cómo era.

Henry yació el vaso. Empezó a ruborizarse.

-Hay una historia sobre ella -dijo-. Era hermosa y era también una rica heredera. Confieso que la favorecí. Ella heredaría minas de plata. Su esposo ofreció por ella cien mil piezas de a ocho. No quería perder las minas, claro. La cuestión era la siguiente, Señor, y me pregunto cuántos hombres se habrán visto en la misma situación: ¿Debía conseguir a la mujer o las cien mil piezas de a ocho?

El rey se inclinó hacia adelante en su asiento.

-Qué fue lo que eligió, dígamelo en seguida.

-Me quedé un tiempo en Panamá -dijo Henry-. ¿Qué habría hecho Su Majestad en mi lugar? Ambas cosas. Quizá consiguiera aun más que eso. ¿Quién sabe si algún día mi hijo no heredará las minas de plata?

Yo habría hecho lo mismo -dijo el monarca-. Tiene razón.

Habría hecho exactamente lo mismo. Muy inteligente, caballero.

Un brindis, capitán: Por la previsión. Ya veo que su estrategia no sólo se aplica a la guerra sino también a otros asuntos. Dicen que jamás ha sido vencido en combate; pero, dígame, capitán, ¿lo ha sido alguna vez en el campo del amor? Es un hecho curioso, un hecho insólito, que un hombre admita que le han vencido en el amor. Admitir eso es absolutamente contrario a todo instinto masculino.

Otro vaso, señor, y hablemos de su derrota.

-Ninguna mujer lo consiguió, Señor..., pero una vez me derrotó... la muerte. Hay cosas que abrasan hasta tal punto el alma, que el dolor perdura toda la vida. Me habéis pedido una historia. A su salud, Señor.

"Yo nací en Gales, entre las montañas. Mi padre era noble. Un verano, siendo yo muchacho, llegó a nuestras montañas una princesita francesa. Llevaba un reducido séquito y como era vivaracha e inquieta y lista, se permitía ciertas libertades. Una mañana la sorprendí mientras se bañaba sola en el río. Estaba desnuda y no manifestó la menor vergüenza. En una hora (pues tal es la sangre apasionada de su raza) estaba en mis brazos. Señor, ni en todos mis viajes, ni en las hermosas mujeres que he visto ni en las ciudades que he tomado hallé nunca placer comparable al de los días de aquel jubiloso verano. Siempre que podía escaparse, jugábamos como pequeños dioses en las colinas. Pero esto no bastaba. Deseábamos casarnos. Ella renunciaría a su rango y nos marcharíamos a vivir en algún rincón de América.

"Entonces llegó el otoño. Y un día me dijo: "Están preparados ya para llevarme, pero yo no me iré". Al día siguiente la esperé en vano. Por la noche fui a su ventana y me lanzó una nota que decía:

"Estoy encerrada. Me han azotado".

"Volví a casa. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía enfrentarme a ellos, a los corpulentos soldados que la guardaban. Aquella noche muy tarde oí golpes y gritos en la puerta: "¿Dónde se puede conseguir un médico? ¡Rápido! ¡La princesita se ha envenenado. Henry alzó la mirada. El rey sonreía irónicamente. John Evelyn tamborileaba con los dedos en la mesa.

-¿Sí? -dijo el rey-. ¿De veras? -soltó una risilla.

-Ay, soy viejo..., viejo -gimió Henry-. Es mentira. Era la hija de un aldeano, una muchachita amable.

Se encaminó hacia la puerta, tambaleante. La vergüenza le encendía la cara.

-Capitán Morgan, olvida usted cómo ha de comportarse.

-¿Olvido..., cómo he de comportarme?

-Existe cierto protocolo. La costumbre exige que lo respete usted con nuestra persona.

-Le pido perdón, Señor. Y le pido permiso para marcharme.

Me encuentro... mal.

Hizo una reverencia y salió de la estancia.

El rey sonreía a través del vino.

-¿Cómo es posible, John, que tan gran soldado sea tan estúpido?

John Evelyn repuso:

-¿Cómo podría ser de otra forma? Si los grandes hombres no fueran estúpidos, hace mucho que el mundo habría sido destruido.

¿Cómo podría ser de otra forma? La locura y la visión distorsionada son los fundamentos de la grandeza.

-Quieres decir que mi visión está distorsionada?

-No, no es eso lo que quiero decir.

-Entonces, ¿das acaso a entender...?

-Deseo seguir con Henry Morgan. Su arte para la piratería le hace grande. Inmediatamente pasáis a imaginarle como un gran gobernante. Le nombráis vicegobernador del gobernador general.

En esto sois como la plebe, Majestad. Creéis que si un hombre hace magníficamente unas cosas habrá de hacer todas las cosas exactamente igual de bien. Si un individuo logra con gran éxito crear un sinfín de artilugios mecánicos de una cierta calidad, le consideráis capaz de guiar ejércitos y dirigir gobiernos. Creéis que porque sois buen monarca tenéis que ser igualmente un buen amante, o viceversa.

-¿Viceversa?

-Ésa es una alternativa irónica, Señor. Un ardid de la conversación para provocar una sonrisa..., sólo eso.

-Entiendo. Pero Morgan y su estupidez...

-Pues claro que es estúpido, Señor, de lo contrario estaría labrando la tierra en Gales o picando en las minas. Él anhelaba algo y fue lo bastante estúpido como para creer que podría conseguirlo. Y precisamente por su estupidez... lo consiguió, una parte de ello.

Recordad a la princesa.

El rey volvió a reírse.

-Nunca he conocido a ningún hombre que diga la verdad a una mujer o sobre una mujer. ¿Por qué será, John?

-Tal vez, Señor, si explicarais el arañazo que tenéis bajo el ojo derecho, lo comprenderíais. Anoche no lo teníais, y tiene todo el aspecto de...

-Sí... sí... una sirvienta torpe. Pero hablemos de Morgan.

John, tienes el don de ser sutilmente ofensivo. Y es algo que habrás de enmendar si deseas seguir en la Corte.

XXVI

Sir Henry Morgan estaba sentado en el banco del juez, en Port Royal. En el suelo delante de él se veía una plancha de luz solar blanca,

como un sepulcro deslumbrante. Una orquesta de moscas cantaba en la sala su sinfonía tediosa. Las monótonas voces del juicio eran sólo instrumentos más fuertes contra el zumbido de fondo. Los oficiales del juzgado actuaban dominados por la somnolencia, y los casos se sucedían.

-Fue el quince del mes, Señoría. Cartwright fue a la propiedad con la intención de determinar..., determinar a su satisfacción, Señoría, si el árbol correspondía a la descripción. Y mientras estaba allí...

El juicio prosiguió hasta su monótona conclusión. Sir Henry se agitaba adormilado tras la amplia mesa. Los alguaciles hicieron entrar en la sala a un vagabundo hosco, vestido con harapos de lona vieja.

-Se le acusa de robar cuatro galletas y un espejo, Señoría.

-¿La prueba?

-Le descubrieron, Señoría.

-¿Robó o no robó usted las cuatro galletas y el espejo?

El prisionero adoptó una expresión aún más hosca.

-Los robé.

-Señoría -apuntó el alguacil.

-Señoría.
 -¿Por qué robó esos artículos?
 -Los necesitaba.
 -Diga Señoría.
 -Señoría.
 -¿Para qué los necesitaba?
 -Las galletas para comer.
 -Señoría.
 -Señoría.
 -¿Y el espejo?
 -Necesitaba el espejo para mirarme.
 ¡-Señoría!
 ¡-Señoría!

Llevaron al acusado a su celda. Los alguaciles trajeron luego a una mujer delgada y pálida.
 -Acusada de prostitución e incontinencia, Señoría.
 -La incontinencia es ilegal -dijo sir Henry irritado-. Pero ¿desde cuándo se castiga la prostitución?
 -Señoría, el carácter de esta mujer.... La Salud Pública exige... Creímos que se entendería el caso.
 -Ah, comprendo. Hay que encerrarla. Llévensela de inmediato.
 La mujer se puso a llorar mohína.
 Sir Henry apoyó la cabeza en las manos. No levantó la vista para mirar a los siguientes acusados.
 -Acusados de piratería en el mar, Señoría; de perturbar la paz del rey; de un acto de guerra contra una nación amiga.
 Sir Henry miró rápidamente a los prisioneros. Uno de ellos era un hombrecillo rechoncho de ojos aterrados y el otro un individuo encorvado y canoso al que le faltaba un brazo.
 -¿Cuál es la prueba contra los prisioneros?
 -Cinco testigos, Señoría.
 -¿Tantos? ¡Hagan su declaración!
 El más alto había rodeado los hombros de su compañero con su único brazo.
 -Nos confesamos culpables, Señoría.
 -¿Se declaran culpables? -gritó sir Henry asombrado-.
 Pero ningún pirata se declara culpable. Es un caso sin precedentes.
 -Nos confesamos culpables, Señoría.
 Pero por que.

-Nos vieron en acción cincuenta personas, Señoría. ¿Para qué vamos a hacerle perder el tiempo negando lo que jurarán cincuenta personas? No, estamos resignados, Señoría. Estamos satisfechos, con nuestra última acción y con nuestra vida -apretó el brazo nervudo alrededor del pequeño y gordo bucanero.
 Henry permaneció sentado en silencio un rato. Alzó por último los ojos fatigados.
 -Les condeno a ser colgados.
 -¿Colgados, Señoría?
 -Colgados por el cuello hasta que mueran.
 -Ha cambiado usted, capitán.
 Sir Henry se inclinó hacia adelante y escrutó detenidamente a los prisioneros. Una sonrisa asomó entonces a sus labios.
 -Si -dijo con calma-. He cambiado. El Henry Morgan que conocisteis vosotros no es el sir Henry Morgan que os condena a muerte. Ya no mato violentamente, sino con frialdad y porque tengo que hacerlo -levantó la voz-. ¡Despejen la sala y guarden las puertas! Quiero hablar en privado con los prisioneros.
 Cuando estuvieron solos; les dijo:
 -Sé muy bien que he cambiado, pero decidme qué cambio veis vosotros.
 Los borgoñones se miraron.
 -habla tú, Emil.

-Ha cambiado usted de este modo, capitán: Antes sabía lo que estaba haciendo. Estaba seguro de sí mismo.

-Eso mismo -le interrumpió el otro-. Ahora no sabe... ya no está seguro de sí mismo. Antes era usted un solo hombre. Posiblemente un hombre. Pero ahora es usted muchos hombres. Si hubiéramos de confiar en uno de ellos, temeríamos a los otros.

Sir Henry se echó a reír.

-Es más o menos cierto, sí. No es culpa mía, pero es cierto. La civilización escinde el carácter y el que se niega a la escisión se hunde.

-Nosotros hemos olvidado la civilización, gracias a nuestra Madre -susurró Antoine furioso.

-¡Qué lástima colgaros!

- ¿Pero es tan necesario que nos cuelgue, capitán? ¿No podríamos escaparnos o ser indultados?

-No. Tenéis que ser colgados. Lo lamento, pero así ha de ser.

Es mi deber.

-Pero el deber para con sus amigos, capitán... para con los hombres que lucharon con usted, que mezclaron su sangre con la suya...

-Escúchame tú, el Otro Borgón; hay dos tipos de deber y tendrías que saberlo si recordaras tu Francia. Has mencionado uno, el más débil. El otro, el deber gigante... el que no se puede pasar por alto... y que podríamos llamar el deber de las apariencias. No os cuelgo porque seáis piratas, sino porque es lo que esperan de mí, que cuelgue a los piratas. Lo siento por vosotros. Me gustaría mandaros a vuestra celda con sierras en los bolsillos, pero no puedo.

Mientras haga lo que se espera de mí, seguiré siendo el juez. Y si, por el motivo que fuere, cambiara, también a mí me colgarían.

-Está bien, capitán. Recuerdo.

Se volvió a su amigo, que temblaba dominado por el terror.

-Compréndelo, Emil, las cosas son así. No le gusta decirnos esto porque le duele. Tal vez sea su forma de castigarse por algo que hizo o que dejó de hacer. Tal vez recuerde Chagres, Emil.

-¡Chagres! -Sir Henry se inclinó hacia adelante emocionado-. ¿Qué ocurrió después de irme yo? ¡Contádmelo!

-Se le maldijo, capitán, como a muy pocos hombres se les maldice. Los hombres imaginaron su tortura. Se regalaron con su corazón y enviaron su alma al infierno. Yo disfruté curiosamente con la escena, pues sabía que todos los hombres que le maldecían le envidiaban mientras le vilipendiaban. Yo me sentía orgulloso de usted, capitán.

-¿Y se dispersaron?

-Se dispersaron y murieron, los pobrecillos.

- ¡La verdad es que me habría fastidiado mucho hundirme con esos pobrecillos! Habladme -Sir Henry adoptó ahora un tono melancólico-, habladme de Panamá. Fuimos a Panamá, ¿no es cierto? Tomamos realmente la ciudad, ¿no es cierto? Y la saqueamos, ¿no? Y era yo quien os mandaba, ¿no es cierto?

-Sí que lo es. Fue una gran lucha y un inmenso botín..., aunque, en realidad, de lo último sabe más usted que nosotros.

-A veces llego a dudar de que este cuerpo mío fuera alguna vez a Panamá. Estoy seguro de que este cerebro no estuvo allí. Me gustaba quedarme y seguir hablando con vosotros de aquellos tiempos, pero mi esposa me espera. Y es capaz de enfadarse si llego tarde a comer -hablaba jocosamente-. ¿Cuándo queréis que sea la ejecución?

Los borgoñones cuchichearon entre sí.

-Ah, la dichosa ejecución otra vez. ¿Que cuándo queremos que nos cuelguen? Pues nunca, capitán. No queremos causarle molestias, pero si insiste..., cuando haya un hombre y una cuerda ociosa. Antoine se acercó a la mesa-. Emil desea hacerle un último obsequio. Es un regalo para su esposa... un regalo que sólo por su historia ya sería valioso. Emil lo ha atesorado hasta el final. Y de este talismán (pues talismán es ciertamente) ha recogido la cosecha. Pero Emil cree que su tiempo de servicio debería terminar, señor. Cree que de esta manera puede poner punto final a la serie de sucesos que su tesoro ha desencadenado. Y Emil, por desgracia, ya no podrá usarlo. Emil besa la mano de lady Morgan... le presenta sus respetos y sus solemnes cumplidos.

Dejó caer en la mesa una perla rosada y se retiró rápidamente.

Cuando se los llevaron, sir Henry siguió sentado en su banco mirando fijamente la perla. Luego se la guardó en el bolsillo y salió a la calle.

Llegó al blanco palacio achaparrado del vicegobernador. Estaba exactamente como lo había dejado sir Edward. A lady Morgan no le habría parecido bien que se cambiara un solo detalle. Recibió a Henry en la puerta.

-Vamos a cenar con los Vaughn. ¿Y qué voy a hacer con el cochero? Está borracho. Te he dicho y repetido que cierras con llave tu armario, pero no me haces ningún caso. Entró en la casa a hurtadillas y cogió una botella del estante. Tiene que haberlo hecho.

-Abre la mano, cariño. Tengo un regalo para ti.

Le puso en la palma de la mano la perla rosada.

Ella se quedó un momento mirando fijamente la esfera rosada; enrojeció de placer, pero escrutó recelosa el rostro de su marido.

-¿Qué has hecho?

-¿Hecho? Bueno, he estado celebrando juicio.

- ¡Supongo que lo conseguiste en el juzgado! -se le iluminó la cara-. ¡Ya sé! Sospechaste que estaría disgustada por tu comportamiento de anoche. Estabas prácticamente embriagado, si quieres que te diga la verdad; y todo el mundo te miraba y murmuraba. No digas nada. Los vi a ellos y te vi a ti. Y ahora quieres comprar mi buena opinión... mi decencia.

-¡Sospechar que estabas disgustada! Cariño, lo sospeché durante todo el camino de vuelta a casa contigo, y casi toda la noche después de llegar aquí. Tienes razón. Sospeché que estarías disgustada. En realidad estaba seguro de ello. Pero te diré la verdad sobre la perla.

-Me dirás la verdad sólo porque no puedes engañarme, Henry. ¿Cuándo renunciarás a la idea de que ignoro todos tus pequeños pensamientos?

¡-Pero si no traté de engañarte. No me diste tiempo.!

-Contar la verdad no lleva más tiempo que...

-Escúchame, Elizabeth, por favor. Esta mañana juzgué a dos piratas y ellos me la dieron.

Ella soltó una risilla desdeñosa.

-Ellos te la dieron, ¿eh? ¿Y por qué? ¿Les dejaste en libertad?

Te hubiera gustado liberarles. A veces creo que seguirías siendo uno de ellos si no fuera por mí. No te das cuenta, Henry, de que en realidad soy yo quien te ha hecho lo que eres... un caballero, un noble. Tú te hiciste bucanero. Pero dime, ¿dejaste en libertad a esos piratas?

-No; les condené a muerte.

-¡Ah! ¿Entonces por qué te dieron la perla?

-Cariño, me la dieron porque ya no les sirve de nada. Podrían habérsela regalado al verdugo, pero a cualquiera le cohibiría darle perlas al individuo que le coloca la cuerda alrededor del cuello. Yo diría que no es posible la amistad con el hombre que te ahorca. Así que me la regalaron a mí y yo... -una amplia sonrisa inocente apareció en su cara- yo te la doy a ti porque te amo.

-Bien, puedo enterarme con facilidad de lo de los piratas, y en cuanto a tu cariño..., me amas mientras te estoy mirando y nada más. Te conozco perfectamente. Pero me complace que les cuelguen. Lord Vaughn dice que son un claro peligro incluso para nosotros. Dice que en cualquier momento pueden dejar de luchar contra España y empezar a luchar contra nosotros. Dice que son como perros rabiosos que hay que exterminar lo antes posible. Cada vez que quitan de en medio a uno me siento un poco más segura.

-Pero cariño, lord Vaughn no sabe nada de los bucaneros, mientras que yo...

-Henry, ¿por qué me entretienes aquí con tu charla, sabiendo que he de ocuparme de miles de cosas? Como tú tienes todo el tiempo del mundo crees que yo puedo permitirme perderlo contigo. Ocupate del cochero, anda, pues me abochornaría muchísimo que no estuviera en buenas condiciones. A Jacobo no le iría nada bien su librea. ¿Te dije que está borracho? Haz que se despeje para esta noche aunque tengas que ahogarle para conseguirlo. Y ahora date prisa. No estaré tranquila hasta que no sepa que puede sentarse bien erguido.

Dio la vuelta para entrar en la casa; luego se giró y le besó en la mejilla.

-Es una perla realmente preciosa. Gracias, cariño -le dijo-.

Claro que pediré a Monsieur Banzet que la valore. Después de lo que dijo lord Vaughn, no me fío mucho de los piratas. Podrían haber intentado sobornarte con una falsa y tú nunca notarías la diferencia.

Sir Henry se dirigió a los establos. Ahora, como en otras ocasiones, se sentía levemente agitado por la inquietud. Le asaltaba de vez en cuando la sensación de que, pese a toda la perorata de Elizabeth de que le conocía a fondo, quizá le conociera realmente. Era inquietante.

XXVII

Sir Henry Morgan yacía en un inmenso lecho; un lecho tan amplio que bajo el cobertor su cuerpo parecía una montaña cubierta de nieve que dividiera dos grandes llanuras. Sus antepasados le observaban con ojos brillantes desde las paredes de la habitación. Las sonrisas de sus rostros decían: "¡Ah, sí! Un caballero, claro., pero nosotros sabemos que compraste el título". La atmósfera de la habitación era densa, cargada y sofocante. Como parece ser siempre el ambiente de la habitación de un moribundo.

Sir Henry tenía la vista clavada en el techo. Llevaba una hora mirando perplejo aquel techo misterioso. Nada lo soportaba en el centro. ¿ Por qué no se caería? Era tarde. Todos a su alrededor guardaban silencio. Se movían furtivamente por la habitación simulando ser espíritus, pensaba. Intentaban convencerle de que ya estaba muerto. Cerró los ojos. Se sentía demasiado cansado o demasiado apático para mantenerlos abiertos. Oyó entrar al médico y le sintió tomarle el pulso. Luego, su gran voz firme retumbó en la estancia:

-Lo lamento, lady Morgan. Ya no hay nada que hacer. Ni siquiera sé qué es lo que le pasa. Alguna antigua fiebre de la selva, quizá. Supongo que podría hacerle otra sangría, pero le hemos sacado ya mucha sangre y parece que no es eficaz. Pero lo intentaré otra vez si empieza a desmayarse.

-¿Entonces morirá? -preguntó lady Morgan. A Henry le pareció que con más curiosidad que dolor.

-Sí, morirá a menos que Dios intervenga. Sólo Dios puede estar seguro de sus pacientes.

Y entonces la habitación se despejó de personas. Henry vio a su esposa sentada junto a la cama. La oía llorar quedamente a su lado.

"Qué lástima -pensaba- que no pueda ir hacia la muerte en una embarcación de modo que ella pudiera prepararme la bolsa.

Le proporcionaría una gran satisfacción saber que entraría en el cielo con una provisión decente de ropa limpia."

-Ay, esposo mío... Ay, Henry, esposo mío.

Volvió la cabeza y la miró con curiosidad, su mirada penetró profundamente en los ojos de ella. Súbitamente le sobrecogió la desesperación.

"Esta mujer me ama" -se dijo-. Esta mujer me ama y nunca lo supe. No puedo entender este tipo de amor. Sus ojos... sus ojos...

es algo que queda muy lejos de mi comprensión. ¿Me habrá amado siempre? Volvió a mirarla. "Está muy cerca de Dios. Creo que las mujeres están más cerca de Dios que los hombres. No pueden explicarlo, pero ¡Cristo!, cómo brilla en sus ojos. Y me ama.

Pese a su intimidación, su acoso y su bravuconería, me ama... y yo nunca lo supe. ¿Pero qué habría hecho de haberlo sabido?" Se dio la vuelta. Este dolor era demasiado grande, demasiado ardiente y terrible para considerarlo. Es aterrador ver el alma de una mujer brillándole en los ojos.

Así que estaba muerto. Si la muerte era así, resultaba bastante agradable. Se sentía caliente y muy cansado. Pronto se quedaría dormido. Y aquello sería la muerte... Hermana Muerte.

Notó que alguna otra persona había entrado en la habitación.

Su esposa se inclinó sobre él hasta entrar en su campo de visión. Se hubiera molestado si supiera que podía volver la cabeza si quisiera.

-El vicario, cariño -le dijo-. Sé amable con él. Ay, ¡atiéndele! Podría ser una ayuda para ti... después.

¡Qué persona tan práctica era! Estaba intentando llegar a algún pacto con el Todopoderoso. Su cariño era una cosa eficaz, pero su amor (aquel amor que brillaba en sus ojos húmedos) era espantoso.

Henry sintió que una mano suave y cálida agarraba la suya.

Una voz dulce le hablaba. Pero era difícil escuchar. El techo oscilaba peligrosamente.

-Dios es amor -le decía la voz-. Has de depositar tu fe en Dios.

-Dios es amor -repitió Henry maquinalmente.

-Oremos -dijo la voz.

Henry recordó súbitamente un momento de su infancia. Le torturaba un dolor de oídos y su madre le tenía en brazos. Y le acariciaba la muñeca con la yema de los dedos. "Esto es un disparate completo", decía su madre. Recordó cómo lo decía. "Esto es absurdo. Dios es amor. Él no puede permitir que los niños pequeños sufran. Ahora repite conmigo: "El Señor es mi pastor. Nada me falta". Era como si le administrara una medicina. Habría ordenado en el mismo tono: "¡Vamos, toma este aceite!" Henry sintió los cálidos dedos del vicario deslizarse en su muñeca, frotándosela suavemente.

"El Señor es mi pastor. Nada me falta -dijo Henry soñoliento-. Me hace recostar en sus verdes pastos" -el vicario seguía frotándole la muñeca. Su voz era más alta e imperativa. Era como si tras años de paciente espera, la Iglesia hubiera agarrado a Henry Morgan en sus redes. La voz tenía un tono casi complacido.

-¿Se ha arrepentido de sus pecados, sir Henry?

¿Mis pecados? No, no había pensado en ellos. ¿Me arrepentiré de Panamá?
El vicario estaba desconcertado.

-Bien, Panamá fue una conquista patriótica. El rey lo aprobó.

Además, la población era papista.

-Pero entonces, ¿cuáles son mis pecados? -prosiguió Henry-. Sólo recuerdo los más agradables y los más dolorosos. En realidad no deseo arrepentirme de los agradables. Sería como faltar a la palabra. Fueron muy agradables. Y los pecados dolorosos portaban consigo la expiación como un cuchillo oculto. ¿Cómo podría arrepentirme, señor? Podría repasar toda mi vida, nombrando todos mis actos y arrepintiéndome de ellos, desde la rotura de mi primer chupete hasta la última visita a un burdel. Podría arrepentirme de todo si pudiera recordar, pero si olvidara un solo pecado todo el proceso sería completamente inútil.

-Se ha arrepentido usted de sus pecados, sir Henry?

-Entonces se dio cuenta de que no había hablado. Era difícil hablar. Sentía la lengua torpe e inerte.

-No -dijo-. No puedo recordarlos muy bien.

-Busque en su corazón la avaricia, la lujuria y el rencor. Tiene que expulsar de su corazón la maldad.

-Pero, señor, si no recuerdo haber sido nunca conscientemente malo. Hice cosas que después parecían malvadas, pero mientras las estaba haciendo siempre tenía algún objetivo bastante bueno en perspectiva.

Se dio cuenta otra vez de que no hablaba realmente.

-Oremos -dijo la voz.

Henry hizo un gran esfuerzo para hablar.

-¡No! -gritó.

-Pero antes rezo.

-Sí, antes recé... porque a mi madre le habría gustado. Habría deseado que rezara al menos una vez, más como prueba de sus enseñanzas que por ninguna otra razón, como confirmación de que ella había cumplido bien con su deber.

-¿Quiere morir como un hereje, sir Henry? ¿Es que no teme la muerte?

-Me siento demasiado cansado, señor, o demasiado perezoso, para considerar problemas de herejía. Y no tengo miedo a la muerte, no. He visto mucha violencia, y ningún hombre al que yo haya admirado tuvo nunca miedo a la muerte, únicamente a morir.

Verá, señor, la muerte es un asunto mental, pero morir es puro dolor. Y esta agonía mía es muy placentera hasta el momento. No, señor. Ni siquiera morir me da miedo. Es agradable, y sería tranquilo si consiguiera que me dejaran en paz. Es como si estuviera a punto de quedarme dormido después de haber realizado un gran esfuerzo.

Oyó de nuevo la voz del vicario. Pero aunque la mano cálida seguía acariciándole la muñeca, la voz le llegaba desde una enorme distancia.

-No me contestará -estaba diciendo el vicario-. Me siento desconcertado por su alma.

Oyó luego a su mujer, que le decía:

-Tienes que rezar, cariño. Todos lo hacen. ¿Cómo puedes ir al cielo si no rezas?

Allí estaba otra vez, decidida a hacer un contrato con Dios. Pero Henry no quería mirarla. Pese a lo ingenuo de su filosofía, sus ojos eran tan profundos y tan tristes como el cielo infinito. Deseaba decirle:

"No querré ir al cielo una vez muerto. No querré que me molesten". Cuánto revuelo organizaban por la muerte...

El médico había vuelto a entrar en la habitación.

-Está inconsciente -proclamó con su voz atronadora-. Creo que volveré a sangrarle.

Henry sintió el escalpelo penetrarle el brazo. Era agradable. Esperaba que le cortaran una y otra vez. Pero la ilusión era contradictoria. Más que sentir manar la sangre, sentía una extraña calidez que le recorría el cuerpo. El pecho y los brazos le hormigueaban como si un fuerte vino añejo le cantara en las venas.

Empezó a producirse luego un cambio extraño. Descubrió que podía ver a través de los párpados, podía ver absolutamente todo cuanto le rodeaba sin mover la cabeza. El médico y el vicario y su esposa e incluso la habitación, se alejaban de él.

"Se mueven -pensó-. Yo no me muevo. Yo estoy quieto. Soy el centro de todas las cosas y no puedo moverme. Soy tan sólido como el universo. Tal vez sea el universo." Un tono dulce y bajo penetraba en su conciencia un tono de órgano rico, vibrante, que le llenaba, parecía emanar de su cerebro, inundar su cuerpo y derramarse desde él hacia el mundo. Advirtió sin gran sorpresa que la habitación había desaparecido. Yacía en una inconmensurable gruta oscura a cuyos lados había hileras de gruesas columnas achaparradas hechas de algún tipo de cristal verde resplandeciente. Estaba inmóvil en posición yacente y la gran gruta se deslizaba dejándole atrás. El movimiento cesó de repente.

Le rodeaban extraños seres con cuerpo de niños y gruesas cabezas bulbosas, pero sin rostro. La piel donde deberían estar las caras era sólida y lisa. Aquellos seres hablaban y parloteaban con voces secas y estridentes. Henry estaba perplejo ante el hecho de que hablaran sin boca.

Fue dándose cuenta lentamente de que aquellos seres eran sus actos y sus pensamientos, que vivían con la Hermana Muerte.

Cada uno de ellos había pasado a vivir con la Hermana Muerte nada más nacer. Cuando supo su identidad, las pequeñas criaturas sin rostro se volvieron hacia él y se apiñaron en torno al lecho.

-¿Por qué me hiciste? -gritó una.

-No lo sé. No te recuerdo.

A ¿Por qué me pensaste?

-No lo sé. Tenía que saberlo, pero lo he olvidado. La memoria se me va en esta gruta.

Siguieron preguntándole insistentes, con voces cada vez más estridentes y ásperas, hasta aplastar el gran Tono.

-¡A mí! ¡Contéstame!

¡No! ¡Ami!

-Oh, dejadme. ¡Dejadme descansar! -decía Henry fatigado-. Estoy cansado y además nada puedo decirlos.

Vio entonces que los pequeños seres se aglomeraban ante una forma que se acercaba. Se volvieron hacia la forma y se encogieron y al final cayeron ante ella de rodillas con los brazos alzados en ademán suplicante.

Henry centró entonces su atención en aquella figura. Vaya, era Elizabeth; se acercaba a él... la pequeña Elizabeth de cabello dorado con una expresión juiciosa y juvenil. Estaba rodeada de azulinas y había en sus ojos un brillo y una perplejidad extraños.

Vio a Henry y la sorpresa la sobresaltó levemente.

-Soy Elizabeth -dijo-. No fuiste a verme antes de marcharte.

-Ya lo sé. Creo que me daba miedo hablar contigo. Pero me quedé en la oscuridad junto a tu ventana y silbé.

-¿De veras? -le sonrió alegremente-. Eso fue muy amable por tu parte. Pero no entiendo por qué me tenias miedo... mira que tener miedo de una niña pequeña. Qué tontería.

-No sé porqué -dijo él-. Me escapé. Me impulsaba una fuerza que emana de todos los mundos. Ahora estoy perdiendo uno a uno los recuerdos, se me escapan como una colonia de cisnes viejos que parten hacia alguna isla solitaria del mar para morir.

Pero te convertiste en una princesa, ¿no es cierto? -le preguntó ávidamente.

-Sí, tal vez. Espero que sí. Yo también olvido. Dime, ¿de veras estuviste allí en la oscuridad?

Henry había advertido algo extraño. Los seres sin rostro acurrucados desaparecían si los miraba fijamente de uno en uno. Se entretuvo mirando primero a uno y luego a otro hasta que desaparecieron todos.

-¿De veras estuviste allí en la oscuridad?
 -No sé. Quizá sólo pensara hacerlo -buscó a Elizabeth con la mirada, pero también ella había desaparecido. En su lugar, vio una brasa que se iba apagando poco a poco.
 -Espera, Elizabeth... espera. Dime cómo está mi padre.
 Quiero ver a mi padre.
 La brasa agonizante le respondió:
 -Tu padre ha muerto felizmente. Le daba miedo probar incluso la muerte.
 -Y Merlín, ¿entonces...? ¿Dónde está Merlín? Si al menos pudiera encontrarle.
 -¿Merlín? Debes saberlo. Merlín pastorea sueños en Avalon.
 La brasa se apagó con un fuerte chasquido seco. Ya no había luz en ningún sitio. Por un instante, Henry fue consciente de la dulce y profunda pulsación del Tono.

Fin

GRANDES ÉXITOS DE LA NOVELA HISTÓRICA

1. Memorias de Adriano. Marguerite Yourcenar
2. León el Africano. Amin Maalouf
3. Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros. John Stembeck
4. La dama del Nilo. Pauline Gedge
5. Fuego del paraíso. Mary Renault
6. Alamut. Vladimir Bartol
7. Esa dama. Kate O'Brien
8. El conde Belisario. El último general romano. Robert Graves
9. Espartaco. La rebelión de los gladiadores. Arthur Koestler
10. Juliano el Apóstata. Gore Vidal
11. Ciro, el Sol de Persia. Guy Rachet
12. Aníbal. (Primera parte). Gisbert Haefs
13. Aníbal. (Segunda parte). Gisbert Haefs
14. El faraón. Pauline Gedge
15. Tiberio. Allan Massie
16. Las memorias de lord Byron. Robert Nye
17. El muchacho persa. Mary Renault
18. Creación. (Primera parte). Gore Vidal
19. Creación. (Segunda parte). Gore Vidal
20. Yo, Claudio. Robert Graves
21. Urraca. Lourdes Ortiz
22. El puente de Alcántara. (Primera parte). Frank Baer
23. El puente de Alcantara. (Segunda parte). Frank Baer
24. La muerte de Atila. Cecelia Holiand
25. El samurai. Shusaku Endo
26. El vellocino de oro. (Primera parte). Robert Graves
27. El veflocino de oro. (Segunda parte). Robert Graves
28. El papiro de Saqqara. Pauline Gedge
29. Juegos funerarios. Mary Renault
30. El joven César. Rex Wamer
31. El corazón de piedra verde. (Primera parte). Salvador de Madariaga
32. El corazón de piedra verde. (Segunda parte). Salvador de Madariaga

33. Memorias de Agripina. La Roma de Nerón. Pierre Grimal
34. El bobo ilustrado. José Antonio Gabriel y Galan
35. Claudio el dios y su esposa Mesalina. (Primera parte). Robert Graves
36. Claudio el dios y su esposa Mesalina. (Segunda parte). Robert Graves
37. La guerra del fuego. J.-H. Rosny, Amé
38. Alexias de Atenas. Una juventud en la Grecia clásica. Mary Renault
39. César imperial. Rex Warner
40. El bosque de la larga espera. (Primera parte). Hella 5. Haasse
41. El bosque de la larga espera. (Segunda parte). Hella 5. Haasse
42. A la sombra del granado. Una novela de la España musulmana. Tariq Ah
43. La Taza de Oro. Vida de sir Henry Morgan. John Steinbeck

